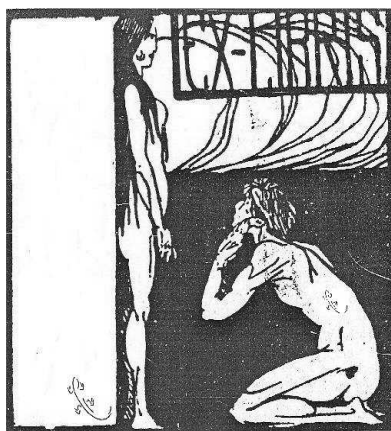




CARROÑA / GAC



CARROÑA / GAC

Gustavo Adolfo
VACA NARVAJA 

2013

Vaca Narvaja, Gustavo Adolfo
Carroña. Gac. - 1a ed. – Buenos Aires :
Ediciones de La Iguana, 2013.
350 p.; 20x14 cm.

ISBN 978-987-28412-4-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 13/04/2013

”CARROÑA / GAC”

© Gustavo Adolfo Vaca Narvaja

©Imagen portada: Hugo Salazar Chuquimango

©Obra logo de contratapa: Franz Xaver Messerschmidt, *busto*.

© EDICIONES DE LA IGUANA, 2013

Dirección: Gabriela Bruch

revlaiguana@yahoo.com.ar

Diseño gráfico: Antonio Medinilla

ISBN: 978-987-28412-4-9

Hecho el depósito legal que indica la ley 11.723



A modo de prólogo

La literatura, la buena literatura, debe ser un espejo explícito o tácito de su tiempo. El hundimiento de los valores y estructuras, en los que se apoyó el hombre occidental para cimentar un imperio donde se creyera seguro y a salvo ante dios, la sociedad y su propio destino; sitúa al hombre contemporáneo en una tesitura crítica. Los valores humanistas que, bajo los palios de la racionalidad y la libertad, situaron al individuo en el centro de su propio destino, se han desmoronado. La red tecnológica que nos une con todo y a nada nos ata, la competitividad, la soledad urbana, los conflictos originados en las grandes acumulaciones de capital y de poder bajo una estructura deshumanizada de la comunicación... es el marco donde el individuo levantará su mano para decir y crear. Una realidad hondamente conflictiva.

Este marco de derrumbes de modelos y desorientación existencial, llevará en la literatura a un correlato objetivo: la desaparición de las líneas divisorias de los géneros literarios y la fragmentación como signo propio de la voz de nuestro tiempo.

En **“Carroña-GAC”**, **Gustavo Adolfo Vaca Narvaja** cumple los grandes requisitos del *espejo*: la imprecisión de géneros y la fragmentación estructural. En verdad, así sucede entre sus páginas: versos, relatos, saltos temporales, grabaciones, retazos dramáticos, el conflicto entre el yo y los poderes fácticos, conforman una maraña donde el lector puede reconocerse e implicarse en su aventura.

Finalmente, triunfarán los valores esencialmente humanos: el amor, la traición, el crimen, la venganza, el horror o la bondad. Nada está limpio en la condición humana. Alegrémonos por ello: sin ello, este libro (y tantos otros) no sería posible. Disfruten de lo que somos.

Antonio Medinilla



Gustavo Adolfo VACA NARVAJA

*Las ciudades hacen hombres feroces, porque hacen hombres corrompidos. La
montaña y el mar, hombres salvajes que desarrollan el lado feroz, sin destruir el
lado humano.*

*Morir no es nada.
Lo espantoso es no vivir.*

Víctor Hugo



-CINCO CADÁVERES-

I



*¡Qué hay del alma!
¡Qué hay después que ella se desprende
involuntariamente
quedando sumisa a la nada!*

UN CADÁVER abandonado hace tres días en el departamento de un tercer piso en Recoleta, ya apestá. Permanece sentado en el sillón de cuero como muñeco de cera, el ex funcionario Alfonso E. Manssolvo, inerte, helado. El rostro levemente flexionado a la derecha y un orificio circular entre cejas, limpio. La expresión de la víctima no es de asombro; sí, tal vez, de resignación forzada. Sin embargo, el occiso guarda detalles reveladores. La mirada, la boca, las manos, el cuerpo inanimado... dicen *per se*, en silencio. El rostro limpio y sereno denota conocimiento de lo que presumiblemente sucederá. Las manos sobre el escritorio no demuestran crispación ni defensa. El cuerpo mantiene rigidez pareja y serena. La bala penetró sin dejar rastro alguno en la

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

piel. Encuentran un papel de borde irregular que alberga una sola palabra: **CORRUPTO**. Se calcula su muerte entre 48 a 72 hs. El escritorio está intacto, ordenado. No hay señal alguna de robo. Es más, en el bolsillo derecho del saco gris, la billetera mantiene intactos los documentos, dinero en efectivo y tres tarjetas de crédito. Manssolvó era un alto exfuncionario de gobierno de los años noventa, absuelto durante el mes anterior en un juicio por defraudación al fisco por monto millonario. “Inocente” dictaminó el Juez de turno Solletos, que en forma rápida y contundente devolvió la libertad a Alfonso. En la pared —a espaldas de la víctima— están escritas tres letras en aerosol rojo, cruzando dos cuadros con la foto de *Manssolvó* asumiendo funciones en el Ministerio.

Las tres letras en rojo dicen claramente: **GAC**.

2



*La muerte venció
las barreras de la vida.*

SIMULTÁNEAMENTE, en barrio Belgrano, el juez Augusto del Carmen Solletos —quien declaró inocente a Alfonso E. Manssolvo— permanece inmóvil en su cama matrimonial con un balazo entre cejas de iguales características. En el respaldar de la cama, tres letras en aerosol rojo: **GAC**. En la solapa del pijama, prendido con un alfiler de gancho, un papel común con una leyenda: **CORRUPTO**. La habitación está ordenada; en el perchero de roble, el saco azul del Juez con su billetera y varios cientos de dólares, cuatro tarjetas de crédito y su documento federal. Se calcula su muerte entre dos a tres días.

*Un cuerpo rígido y marmóreo
ha perdido su palabra,
ha sido condenado al silencio.*

3



*Los muertos no distinguen
la validez del agua.*

EN EL EXCLUSIVO country “Los sueños”, en una mansión ubicada en el centro del complejo, encuentran el empresario Maximiliano M. Barzzas en la bañadera, flotando con un balazo entre las cejas. En los azulejos tres letras rojas de aerosol dicen: **GAC**. De la bata blanca cuelga un papel prendido con alfiler de gancho que reza: **CORRUPTO**. La mansión no ha sido robada. En la habitación del empresario sobre la mesa de luz, descansa su rolex, más una abultada billetera, dólares y euros junto a su documentación personal. Calculan los forenses que su muerte se produjo entre dos a tres días.

4



*La esterilla artesanalmente tejida
mantiene un reposo obligado.*

EN PLENO CENTRO de Buenos Aires, Avenida Libertador al dos mil, el abogado Gustavo Argandaz, sentado en el living en una antigua reposera esterillada y aún con su ropa de gimnasia, permanece inmóvil. Otro cadáver. Un orificio de baja entre las cejas lo sorprende de regreso de su rutinaria marcha por el parque. En el espejo del comedor, tres letras con aerosol rojo: **GAC**. En el buzo gris, un papel prendido con alfiler de gancho sentencia: **CORRUPTO**. El departamento, intacto. La billetera y el reloj de oro, sobre la mesa del comedor. El policía calcula unos dos mil dólares prolijamente colocados junto a su documento de abogado. Calculan su muerte entre dos a tres días.

5



*No existe riqueza o pobreza en la muerte,
todos transitan igual camino.*

EN Villa Fiorito. En una humilde casa de barrio, Javier Llentias está sentado en la silla de su cocina. Sus dos manos sobre la mesa, la cabeza sobre ella lateralizada a la izquierda. Presenta un orificio de bala entre las cejas. Sobre la mesa, tres letras rojas de aerosol: **GNC**. En la camisa desgastada de Javier, un alfiler de gancho con un papel: **CORRUPTO**. Chófer del Juez Solletos, los forenses determinan que su muerte se produjo aproximadamente de dos a tres días.



MANSSOLVO había estado en funciones en los años noventa en la Aduana. El juicio llevaba casi ocho años de investigación interrumpida por trabas judiciales, peritajes rechazados, incidentes presentados y recusaciones al fiscal y juez, en tres oportunidades. El Juez Solletos había sido finalmente el único de los cuatro jueces intervinientes que no fue recusado. Se hizo cargo del caso completando la investigación, elevándolo rápidamente a juicio. Falló a favor del acusado decretando la inocencia de Manssolvo. El abogado Argandaz pertenecía a un gigantesco estudio jurídico de la capital, especializado en delitos económicos, bien relacionado con el poder político y judicial, por ende, garante de excarcelaciones y absoluciones. Los tres, junto con Barzzas y Llentias, habían contratado el estudio jurídico para defender a los imputados en el caso de la Aduana Paralela, donde se encontraban bajo investigación por contrabando, envío de drogas, lavado de dinero y coimas.



*La aduana,
playa de corrupción,
esperaba justicia.*

PRENSA

DIARIO LA VERDAD

La redacción recibe anónimamente un sobre lacrado color marrón, con un escueto texto, escrito en tinta roja: **CASO CERRADO. GAC**
Sin firma, acompañado con un dólar cortado por la mitad.

CÓMO SE INFORMÓ

al día siguiente de estos macabros hallazgos

a- En *página 3*, textualmente: “Hallaron al Juez Augusto del Carmen Solletos, asesinado en su propia casa. El juez recibió un balazo en la cabeza después de luchar arduamente con los asaltantes que se calculan en número de tres, y que lograron extraerle dinero, joyas y efectos personales. La investigación a cargo del Juzgado n.º 2 no reportó otro dato”.

b- En *página social*: “Se participa el fallecimiento del empresario Maximiliano Barzzas, acaecida en el día de ayer. Sus restos fueron velados en la unidad funeraria... etc.”.

c- En *página policial*: “Se informa que el abogado Dr. Gustavo Arganda fue asesinado por razones que aún se desconocen, pero fuertes indicios determinan que se trataría de un crimen por encargo, producto de una deuda abultada..., etc.”.

d- En *página 19*, en un pequeño ángulo, la noticia: “Trágico crimen en Fiorito: un humilde trabajador, Javier Llentias, fue asesinado por venganza de su ex mujer..., etc.”.

e- En *última página*: “Trágico accidente del ex funcionario menemista Alfonso Manssolvo. Su cuerpo fue retirado antes que los periodistas llegaran al lugar del hecho. Se considera que el ex funcionario, luego de volcar su vehículo, fue asaltado y despojado de bienes personales y documentos..., etc.”.

f- También, en *primera página*, una foto del Ingeniero Ignacio Funborg, denunciando una ola de inseguridad y convocando a una manifestación a plaza de Mayo para el 5 julio, 21 horas. “Estamos cansados y agotados de las respuestas insatisfactorias del gobierno, que nada hace por el cuidado de sus ciudadanos”. En el recuadro siguiente, debajo de la foto del Ingeniero, tres máximos dirigentes opositores adhieren a la convocatoria e instan a llevar pancartas y cacerolas como protesta. Se percibe el oportunismo político, pero de igual modo ofrecen sus rostros para la foto. “Todo vale”, dice una dirigente política, caracterizada por su virulencia opositora y permanentes vaticinios apocalípticos.



REUNIÓN PREVIA

entre la Corporación Mediática y el Bufete Jurídico

BARTOLOMÉ LLEITRAS (*Director del Diario La Verdad.*): ¡A ver si me entiende! Nosotros somos una asociación: la gran corporación de palabras y de imágenes. A su vez, poseemos subordinados con salario para nada despreciables, pero sin estabilidad. Nuestro poder va más allá de los estúpidos políticos. A ellos los votan cada cuatro o seis años. A nosotros nadie. Nos votamos entre cinco o seis empresarios protagónicos. Ellos dependen de nosotros, y gracias a nuestro poder mediático los hacemos perceptibles en la sociedad. Señáleme un solo político que exista sin prensa o televisión. Désígneme uno sólo, tan sólo uno, que pueda estar en radio sin quedar debiéndonos las gracias de existir. La política es un buen negocio para nuestra corporación. Ellos lo saben. También especulan, pero nuestro poder va más allá. Nosotros somos capaces de “crear” climas propicios para llevarlos al podio, o también para sepultarlos en lodo. Poder y dinero, es nuestra fórmula. A su vez nuestro dinero debe invertirse en tecnología y también en otros sectores que fomenten la economía. De esta manera acrecentamos nuestra influencia y acción. Disfrutamos el manejo del Papel gracias a negocios con las dictaduras. Más dinero, amigo; más negocios y beneficios. Y a nivel internacional, soy representante de la SIP. ¡Se da cuenta! (*Detiene su discurso y bebe un poco de agua.*)

A ver... ¿No sabe que es la SIP? Es una organización empresarial que habla de libertad de prensa, pero en realidad, la sometemos a nuestro arbitrio. Somos la corporación en Latinoamérica más poderosa. Poder y dinero. Fórmula del siglo. ¡Qué país!... Mire, los argentinos en democracia son todos contestatarios; demandan, exigen, reclaman, reprochan. En las dictaduras, se inclinan ante el poder. Lo justifican, se excusan y por suerte para nuestro sector, pierden la memoria. La curiosidad democrática transmutada a un vil trapo. ¡Y qué decirle de los políticos! El político teme los archivos como el animal al cazador. La corrupción señala al político de turno, pero disimula eternamente sus cómplices más beneficiados: la misma sociedad, madre de toda corrupción. Es difícil de asimilar, pero no lo podemos ignorar. Mire: el político puede pagar un medio de comunicación, y recibirá de él lo que quiera escuchar mientras haya dinero, pero cuando le falte, la empresa escribirá en su contra. La ambición de poder obsesiona al hombre y destella al más voraz especulador solapado. Y algo a tener en cuenta. No hay político sin historia, pues el poder es el afrodisíaco más excitante y siempre logra atraparlo, porque en definitiva, no nos avergüence decirlo, el poderoso es siempre el más débil. La lealtad en política se mide por antecedentes penales, ¡y cuántos metros de traiciones tiene! La única lealtad perdurable en política es la deslealtad. (*Ríe, estruendosamente.*) No espere entonces que aquellos que vivieron

aplaudiendo al poder, lo sigan haciendo en el ocaso. Serán como los guanacos: escupirán siempre. Y ojo... con las reelecciones, abren compuertas de ambiciosos y nos favorecen porque permiten especular con los medios. A ver si queda claro; la musculatura democrática se transforma en un vil trapo, cuando aparecen las botas.

DEL FRANCO (*Del buffet jurídico.*): Bueno, pero con ese criterio no deberíamos tener democracia, políticos y menos aún escuelas de periodismo. ¡O es que ya no hay periodistas que sean independientes!

BARTOLOMÉ LLEITRAS: Error, amigo. Error. Hay periodistas que ambicionan ser independientes, pero.... ¿de que vivirían? Todos deben trabajar, y allí estaremos nosotros para imponer línea y criterio. No voy a discutir que coexisten periodistas de investigación. Los hay, son pocos y hacen mucho mal. ¿Pero en dónde divulgan? ¿Cómo se costean? Son complejos porque van al fondo de los problemas; incluso, en nuestros casos de corrupción, nos enmarañan mediante causas judiciales con datos que no sé cómo carajo consiguen. Pero... ¿cuántos son? A éstos hay que dejarlos de lado. No vale la pena enfrentarlos. Sólo hay que venderles el papel más caro allí donde escriben. ¿Sabes en definitiva cuál es la verdad verdadera? La verdad es una mentira repetida hasta el cansancio. Y nosotros tenemos métodos y medios para hacerlo. Los reporteros son revolucionarios durante su proceso de aprendizaje, pero luego, entrando al mercado laboral, son sumisos empleados de empresas de

comunicación. Tal vez los únicos que saltan el cerco de la censura, son los periodistas de investigación. Ya te lo dije: por decir y documentar lo que investigan, sufrirán nuestra persecución mediática y laboral. La libertad de prensa tan mentada, no es más que la libertad de empresas para mantener el poder mediático. ¡Basta de ingenuidad!

DEL FRANCO: Pero nuestra formación intelectual y profesional sobre medios de comunicación nos enseña que la libertad de prensa es un derecho y una necesidad....

BARTOLOMÉ LLEITRAS: Mire, preciado amigo. No hable de derechos y menos usted, que de esto hace una parodia y un gran negocio para su bufete jurídico... La sociedad está tan enajenada que ya no discurre. Esta sociedad quiere que nosotros pensemos por ellos. Quieren nuestra opinión, nuestro criterio. Quieren repetir —sin saber— cuál es el fundamento; son dependientes de nuestra estrategia de comunicación. Necesitan frases cortas, calificaciones de fácil retención. Nosotros hacemos hablar a la sociedad. Podemos considerarnos sus ventrílocuos. ¿Recuerda el conflicto con los empresarios rurales?

DEL FRANCO: Por supuesto, casi cae este malparido gobierno...

BARTOLOMÉ LLEITRAS: (*Eufórico.*) Nosotros impusimos la palabra CAMPO. El imaginario de la sociedad inmediatamente asoció con campesinos que se levantaban a las cinco de la mañana a

trabajar con arado de mano, sudor y lágrimas. Logramos implantar esa imagen cuando, en realidad, son grandes maquinarias que trabajan con un solo hombre y hacen el trabajo de los pocos campesinos que hoy están en negro y sin sus tierras. ¡Fue un gran triunfo, amigo del Franco! La misma sociedad que se perjudicaba con ese tremendo boicot los defendía. ¿No le parece insólito? Hasta nosotros mismos nos lo creímos. Y vea otro ejemplo: los cortes de rutas. Los piqueteros cortan rutas o avenidas. Nosotros decimos CAOS; todo el país habla entonces de CAOS. Los empresarios del campo cortan por meses rutas y bloquean ciudades, y nosotros decimos “el CAMPO en lucha”... y todos defienden al CAMPO. Así se hacen estas cosas, y así también, demostramos hasta dónde podemos llegar con nuestra artillería.

DEL FRANCO: Bien, bien, eso es cierto, no lo discuto.

BARTOLOMÉ LLEITRAS: ¿Quiere otro ejemplo? A ver: el caso de las AFJP; si nosotros nouviésemos intereses e inversiones en ese sector, ni siquiera lo aludiríamos. Pero como hemos tenido grandes beneficios e inversiones, nos tocó. Es más, nos afectó de pleno. Por eso lanzamos una campaña tan fuerte. Si hubiéramos gozado de un poco más de tiempo, hubiéramos levantado mucha más gente y desplazado al Gobierno. ¿Cuál fue el eslogan que insertamos a fuego? “El gobierno roba la plata a los jubilados”. “Al gobierno sólo le interesa la caja”. ¿Suficiente? Esto, más algunos agentes mediáticos baratos que utilizamos, valió para que el gobierno casi no

fuera capaz de aprobar la ley, sino que también estuvo a punto de caer por la presión social. Ni hablar con esa maldita ley de radiocomunicación. Nos vencieron por muy poco. Esa ley desarticula nuestro monopolio, pero igual tenemos tiempo para armar una estrategia e insertar testaferros. Algo vamos a encontrar para que no nos limiten el poder. Seguro que nuestros profesionales lograrán el método adecuado. Como ve, amigo, “nosotros somos el poder” y somos conscientes de eso. Hay que estar alerta siempre, carajo, porque este gobierno nos ganó dos veces de mano. Pero ya tendremos tiempo para saldar deudas...

DEL FRANCO: La verdad es que me siento extraño. ¿Quiere decir que si no tenemos los medios de nuestro lado, no podemos hacer nada?

BARTOLOMÉ LLEITRAS: ¿Y todavía tiene dudas, amigo? Vea, usted puede sentirse mal al comienzo, pero después todos se acostumbran y luchan por el mismo motivo. Se llama DINERO. Así es este mundo. No podemos estar ajenos a lo que pasa en el resto del planeta. ¿Y sabe otra cosa? Nuestra sociedad no quiere tener memoria. Odia la memoria porque esa palabra los condena a ellos mismos de una u otra forma. Eso es bueno para nosotros. La falta de memoria nos permite colocar en escena a los responsables del caos económico que destruyó el país, y hacerlos hablar de futuro y que digan lo que tenemos que hacer para salir de la crisis... Eso sí que

nos beneficia. La memoria es, en Argentina, un hecho del pasado que todos olvidan, y sólo puede tener memoria un país sano, culto, vigoroso. Y no es el caso. Como cada día tendemos más a la ignorancia, nos resulta muy fácil traer fracasados del ayer y reubicarlos como potenciales salvadores del futuro. Y si no, vea a quienes hacemos entrevistas y cómo inducimos a que se refuercen ideas que nosotros mismos generamos. A ver si le queda claro: nosotros somos los pensantes. Damos y creamos la palabra. Nosotros, quienes tenemos facultad de buscar los agentes mediáticos más apropiados para crear un estado de paz, pánico o zozobra. Nosotros podemos potenciar un hecho aislado como un hecho de acuciante realidad... Así pues, mi considerado amigo, yo le explico algo que usted debería conocer y por supuesto avalar... No se puede hablar con tanta inocencia. Ustedes con las leyes hacen lo que quieren. Nosotros con las letras, también. Acabo de leer el caso de las coimas de IBM... y en eso estaban ustedes....

DEL FRANCO: ¡Ah, buen ejemplo! Siempre tengo presente la frase de Pessoa, cuando el diablo dice: “Ilumino pero corrompo”. Ese soy yo, y si no lo soy, me aproximo. Tal vez no deba ufanarme tanto, pero figúrate el arreglo que logré con el caso IBM. Ya sabemos el resultado de la investigación. Los descubrieron... es cierto, pero todo tiene solución jurídica; los diecinueve millones vamos a devolverlos. ¿Te sorprende? Vamos a regresarlos a las arcas del Estado a cambio de que mis clientes no vayan a la cárcel. No te asombres: los obligo a

declararse culpables ante una justicia que ya los había encontrado culpables, y entonces intercambiamos libertad por devolución del dinero. Así de simple. Eso, sí; nada de regresar intereses. Casi dieciséis años dando beneficios... Mira este artículo del periódico: *...devolverán 18 millones de dólares... A. Aldaco, M. Dadone, G. Contartese, H. Gaggero, G. Soriani, J. C. Cattàneo y A. Lellis... El proyecto Centenario...* ¿Te acuerdas? Sembrado de coimas y defraudación, quedó cerrado. El estado y el ciudadano, contentos... y mis clientes, más. Todas las cuentas de paraísos fiscales entregarán su efectivo robado a planes sociales. ¡Soy un genio! No sólo logro que el robo se convierta en un beneficio social; lo transformo en un acto mágico. Como dice Pessoa, *ilumino pero corrompo*.

BARTOLOMÉ LLEITRAS: Y entonces... ¿eso no se podría aplicar a ladrones comunes?

DEL FRANCO: ¡Jamás! Un ladrón común irá a la cárcel. Lo que hay que entender es que mis clientes, como ya te dije, son creadores de puestos de trabajo. Reciben o dan coimas en función de lograr licitaciones o beneficios para su empresa y sus bolsillos, pero siempre teniendo como objetivo el crecimiento de un país... Ellos son en definitiva quienes desarrollan la economía informal, la economía subterránea... De ellos dependen que las empresas tengan crecimiento y progreso, y si lo logran....¿quiénes se benefician? El trabajador, amigo mío, los trabajadores que logran contratos a largo

plazo.

BARTOLOMÉ LLEITRAS: Es cierto. De allí la razón de esta conversación. Somos la misma moneda. Yo, con los medios bajo mi control, y ustedes con las leyes bajo el brazo, podemos convertirnos en el núcleo fundamental de esta batalla épica para jerarquizar la corrupción. Trabajemos por la Patria.... (*Ríe, como un desaforado.*) Nosotros, ustedes, la iglesia, los partidos...

DEL FRANCO: La Patria, sí; la nación es una novela de sangre cuyas heridas no cicatrizan desde que nos colonizaron los europeos. Hay partidos políticos, pero ellos no cuentan. Siempre han sido cómplices de golpes de estado, sólo que, cuando éstos se tambalean, los reemplazan y tratan que el olvido llegue rápido a la sociedad. No hay peor gorila que un civil disfrazado de militar. Y salvo Perón, no hay peor político que un militar disfrazado de civil. La política en Argentina se basa en invalidar al gobernante, no reconocer sus logros y acompañar reclamos sin importar a qué ideología obedece. Lo importante es estar en el bando que demuestre más poder de convocatoria en ese momento. Nada de esto es posible si no hay prensa, ¡ustedes, claro está!, que acompañe y se comprometa... Los políticos son en definitiva muñecos del poder económico, y lo aceptan. Siempre estarán al lado del Estado, quienes históricamente lo han saqueado. El poder económico no tiene una ideología estricta; tiene intereses estrictos y claros. Y ya que lo mencionaste, aprovechando la presencia del obispo, si de algo se debe cuidar un

gobierno es de no confrontar con la Iglesia. Esta institución es hasta la fecha la que mayor ingerencia tiene en la vida política argentina a pesar de la contradicción de sus objetivos. Un púlpito adicto o neutro, equivale a una cancha de fútbol saturada de militantes. La cruz y la espada son básicas para bloquear procesos emancipadores. Este tema merece un aparte y me gustaría conversarlo con el obispo, conocer su opinión...

OBISPO CLARISSETTI: Me gusta la imagen del púlpito. ¡Es así! Nosotros concebimos desde la tarima nuestra cátedra política. Podemos hablar de la realidad del siglo veintiuno con las figuras de la Biblia, que siempre dieron para todo... Pero regresando al tema de ustedes, que oí con todo respeto y atención: cuando hablan de la cruz y la espada, yo me remonto a la historia... Es cierto, siempre tuvimos presencia en el poder. Nos lo quitaron cuando comenzaron a separarnos del estado, pero siempre logramos caminos para que nos escuchen y respeten. En nombre de Dios, el mundo y nuestro país, asistimos a genocidios brutales y nefarios, y allí estuvimos, bendiciendo. En nombre de Dios, siempre generamos adhesiones. Pero quiero explicarme mejor; nosotros —a diferencias de ustedes— somos el futuro. Encarnamos lo sobrenatural, lo desconocido para el mundo. Podemos excomulgar y condenar al infierno a quienes osen faltarnos el respeto, pero también aprendimos en largos siglos, que debemos ser parte del poder, cualquiera sea su signo, para

mantenernos vigentes. Aprendimos de las derrotas y también de las persecuciones. Una palabra nuestra siempre tendrá significado doble. Una, para quien nos castiga; otra, para quien nos apoya. Subsistimos gracias al temor a lo desconocido porque somos propietarios de ese espacio y sabemos como usarlo. Es cierto lo que dice el amigo del Franco. Gracias a él, nuestros errores en el manejo económico en bancos y empresas del clero, pasaron como simples errores. Pocas veces hemos sido desenmascarados. Debemos también reconocer que la prensa siempre ha sido benévola para con nuestra trayectoria, y hemos sabido reconocerlo con hechos concretos e intervenciones, siendo intermediarios en dictaduras y gobiernos democráticos. Pero no basta... Queremos ser parte del poder. Queremos, desde las sombras, lograr el poder para vetar o apoyar determinados políticos y políticas que consideramos negativas para nuestros feligreses y nuestros intereses. Ustedes pueden ser la palabra que encarne la voz del ahora de nuestra sociedad. Nosotros, en cambio, somos los únicos que tenemos la palabra del después, y a eso deben otorgar el valor que merece, la mayor de las trascendencias. Yo pediría que en esta estrategia que ustedes han desarrollado, nosotros tengamos cabida especial. Sepan que seremos leales y solidarios.

DEL FRANCO: Doy fe, Obispo, doy fe. (*Sonríe sarcástico.*) Aunque a veces me cuesta creerles, qué puedo decirle, cuando pienso en los casos, no pocos, de pedofilia que han sido denunciados en el seno de su santa madre iglesia.

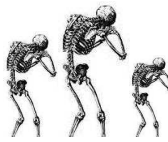
OBISPO CLARISSETTI: Por favor, doctor, ese tema no desearía tocarlo y le agradeceré que ello no sea valorado bajo su tosca ironía...

DEL FRANCO: Correcto, obispo, correcto. Pero van cientos de casos en los últimos cuatro años, y últimamente se multiplican como hongos... España, Irlanda, EEUU y América Latina. Creo que usted lo sabe. Tengo la causa del cura local en apelación... De veintisiete casos, logramos que se juzguen sólo tres de ellos. Pero uno o mil... son la misma gravedad, Obispo... Pero bueno, si hay pago, hay defensa.

(Se abre la puerta bruscamente.)

MATILDE: *(La secretaria avanza por la sala con timidez.)* Señores, la sala está preparada; hemos colocado un cañón con pantalla gigante, por las dudas ustedes quieran explicar con cuadros o cifras....

BARTOLOMÉ LLEITRAS: ¡Nunca, Matilde! Las cifras siempre quitan la razón de lo que afirmamos... Esto no es una conferencia para economistas. ¡Es política! Pero bueno, vamos al temario y pasemos a la biblioteca... Gracias, Matilde. Anuncie que vamos a entrar.



I



REUNIÓN SECRETA

(El Juez Carlos Valdivias abre la mesa análisis, previa a la reunión general, donde intervienen selectos colaboradores de la función judicial. La reunión es exclusiva y secreta. Se entrega a cada participante fotocopia concerniente al GAC. Pausado y serio, el juez Valdivias toma la palabra.)

JUEZ CARLOS VALDIVIAS: Señores, los hechos que vamos a analizar en asamblea, son graves de acuerdo a las últimas informaciones periodísticas. Los convoco porque sé que podemos hacer algunas críticas y aportes a los delicados hechos que nos afectan, y que ponen en riesgo todo el sistema montado a lo largo de muchos y laboriosos años. *(Tose, toma agua y continúa.)* Y digo laboriosos, porque hemos dejado muchas horas y esfuerzos para concretar un sistema que podemos considerar hoy casi perfecto. Me siento orgulloso, muy orgulloso. Son ustedes quienes van a continuar

esta tarea que califico épica. Me sonrío muchas veces cuando exigen la cabeza de los políticos... que son los más vulnerables, pero se olvidan de la estructura corrupta que articulamos durante más de cincuenta años. Esta estructura funciona a la perfección, y será eterna si sabemos cuidarla y fortalecerla. Nadie ignora la recóndita corrupción empresarial, política, sindical, eclesiástica y, menos aún, aquella que atraviesa los medios de comunicación. Sin embargo, tratan de desconocerla, orientando su inquina a los hombres públicos como nosotros, que en definitiva somos obcecados trabajadores persuadidos de nuestro esfuerzo. Por estadística, en cada caso de corrupción política o empresarial comprobada, más de cien personas colaboraron en forma directa con los sospechosos. Sin embargo, ni siquiera son imputados o mencionados. Nada saben del largo camino que recorreremos. Si tuviese que definir nuestra prosapia, diría que somos algo así como hijos de la justicia divina, pues damos paz a los espíritus y justicia a los ciudadanos. Pero antes de entrar, quiero escucharlos y consensuar un mensaje uniforme. No podemos mostrar contradicciones y menos aún dudas. Estamos siendo agredidos por la incomprensión de algunos delirantes fundamentalistas. Es un momento crucial, amigos, donde debemos unir fuerzas y conciencias.

(Una emotiva pausa lo obliga a guardar silencio.)

AUGUSTO DEL FRANCO: *(Interrumpe con voz calma a Valdivias)* Doy fe, Bartolomé, a tus afirmaciones. Ustedes saben que

mi parcela se circunscribe a la ley, su aplicación e interpretación. Eso permite acomodarlas en juego artesanal, orientándolas hacia la absolución de mis clientes. Una ley siempre es la mitad de una gran mentira... ¿y saben por qué? Porque nada es absoluto. Siempre se deja el sí y el no vigentes. Aparte de esta ventaja, diariamente se agregan artilugios jurídicos para viciar de nulidad las causas y llegar a la prescripción. Y de esto, nosotros somos especialistas. He sido y soy amigo de Valdivias. Juntos organizamos esta gran empresa jurídica empresarial, y juntos agregamos nuevos integrantes que luego confluyeron en esta asociación, injustamente acusada; pues si de algo se nos puede culpar, señores, es de delinquir exitosamente. Quienes la integramos no somos cristalinos o puros, ni lo pretendemos; todos somos corruptos. Pero ¿quién no? Debo reconocer que nuestra tarea se ha visto muy favorecida en los últimos años desde que nos asociamos a nuestros amigos, los medios de comunicación. ¡Ah, si yo hubiese tenido este instrumento tan valioso antes, qué de tiempo hubiera ahorrado! Los medios de comunicación se han transformado súbitamente en el más importante instrumento de la desinformación y justificación represiva. Es el sostén de nuestro sistema moderno. Están globalizados, por ello se interrelacionan entre sí. Se abroquelan para defenderse de ingerencias del estado, y son capaces de crear o destruir a quien se oponga. Esta es mi postura.

BARTOLOMÉ LLEITRAS: *(Exige la palabra e interviene eufórico, siguiendo la línea trazada de ambos oradores.)* Nosotros, sí, los medios de comunicación, somos creadores de las corrientes del pensamiento colectivo. Hemos logrado entrar en cada habitación de la sociedad, calles, estados, países... pero fundamentalmente en la mente ciudadana. Penetramos esas profundidades inexploradas por el hombre, las veinticuatro horas. Sabemos cómo... Los resultados están a la vista. Si nos lo proponemos, podemos generar pánico, depresión, euforia, llanto o la tensión que nos urja. Podemos transformar odio en devoción, y devoción en odio. Forjamos líderes de bronce en dos días; pero también los convertimos en cenizas en el mismo tiempo. Podemos someter todo talento independiente. Los periodistas, intelectuales, analistas... deben convertirse en una amorfa masa de trabajadores sometidos, subordinados y serviles. Aquellos que por voluntad y utopías románticas no acepten las reglas del juego, tenemos forma y poder para aplastarlos inventando historias con falsas pruebas, acusaciones sin respaldo pero efectivas. Total, una mentira cien veces repetida se transforma en verdad absoluta y aceptada. Tenemos esta manera sutil de colocarlos bajo nuestra tutela. Somos el nuevo poder. Quizás el único en este siglo veintiuno que goza de impunidad absoluta. Este caso que nos convoca nos une más. Cuenten con toda nuestra solidaridad. Nos ponemos a disposición como lo acabamos de demostrar en el manejo de esta

trágica y criminal acción. Es cierto que somos corruptos, pero lo hacemos por el bien de nuestra patria, creando empleo, inversiones y combatiendo gobiernos que vulneren nuestros intereses. Es mi postura, y la conservaré cueste lo que cueste.

OBISPO CLARISSETTI: Hermanos, mis queridos hermanos, la justicia terrenal es imperfecta porque la condición humana lo es. Nosotros intervenimos cerrando heridas. Auguramos una justicia celestial, que dará a los más humildes el reconocimiento adecuado en el cielo. Pero no acá, porque a mayor sufrimiento, mayor cercanía con el Señor. Y con esta humildad, debo reconocer que es cierto todo lo que se afirma. Nosotros hemos tenido problemas económicos por corrupción. Silenciamos esos escándalos logrando que las causas judiciales se diluyan lentamente, es cierto. Sólo tenemos agradecimiento hacia todos ustedes. Cuenten siempre con nosotros, en este triste caso, la Iglesia mantiene su integridad y fidelidad.

(El Juez, reconfortado, asiente pensativo. Agradece e invita a sus seguidores a continuar el debate en la asamblea general que se desarrollará en su auditorio, consciente ahora de que el mensaje no permite fisuras. Acto seguido, Matilde entra al recinto anunciando que los invitados están listos para la asamblea.)



*El tiempo inicia o despide vidas.
mezclando infinitos otoños ocres,
que no encuentran murallas.*



QUIÉNES SON

MIENTRAS se producían estos hechos, en la redacción del diario “La Verdad” se concretaba una importante reunión entre directivos, representantes de medios, empresarios, justicia y policía. El tema: la nota del **GAC** llegada al diario en forma anónima. La gravedad de la situación llevó a convocar una cita urgente en un lugar con mayor capacidad y discreción, donde también estuviesen representantes de la curia, gobierno y banqueros. Se decidió un domicilio particular. Una lujosa mansión en las cercanías de Buenos Aires. Las citaciones, entregadas en mano, fueron originadas por el triunvirato que se auto convocó ante las trágicas y sugestivas muertes de los mencionados ciudadanos.

EL JUEZ CARLOS VALDIVIAS, dueño de la casa; hombre obeso, rubicundo, de venillas rojas en sus pómulos y las huellas que



el paso del tiempo provoca, amplias ojeras y bolsas en sus órbitas. Dos surcos nasales caen hacia sus comisuras labiales, perdiéndose suavemente en su maxilar. Es un hombre que aparenta más edad que la que tiene y su porte doctoral no condice con sus gestos grotescos cuando pierde la calma. Carlos Valdivias, más que respetado, es temido y despreciado en secreto. Férreo defensor de su propio interés económico; autoritario e incluso sádico en el ámbito laboral. Sin embargo, su gran locuacidad y contactos al más alto nivel de la República, lo hacen un ser necesario. Valdivias contactó al enterarse de la nota, con el dueño del diario “La Verdad”, Bartolomé Lleitras, y el presidente del estudio jurídico especializado en delitos económicos, Augusto Del Franco.

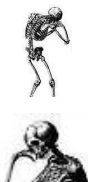
EL SR. BARTOLOMÉ LLEITRAS parecía consumido en su propio veneno. Heredero de un medio de comunicación muy exitoso en las rupturas institucionales, fiel y leal continuador de la estirpe periodística dependiente al poder económico, supo dar continuidad a esa ideología y aprovechó leyes de gobiernos de facto para fundar sin escrúpulos un imperio que maneja e instala todas las noticias por los diferentes canales de su propiedad, gráficos, radios, televisivos, semanarios... Imponía a voluntad toda la contratación de periodistas. Sin su recomendación, no existe el trabajo. Sin su evaluación, no había continuidad laboral. Su lema: “La noticia nace y muere con mi decisión”.

EL SR. AUGUSTO DEL FRANCO: iniciado en negocios a muy temprana edad, costeó su carrera con la compra y venta de todo tipo de mercaderías, muchas de dudosa procedencia. Generó una empresa de ramificación internacional fundiendo hierro, plomo, macerando papel y cartón. A la edad de treinta años había acumulado una fortuna interesante que le permitió estudiar abogacía. Manejó su título con habilidad y pudo formar el estudio jurídico más grande e importante del país. Para eso puso bajo su hábil dominio las mejores mentes del derecho. Pudo garantizar en el ámbito empresarial, su capacidad para lograr absoluciones a delincuentes económicos. Su fama creció en concordancia a tan selecta clientela.

A esta reunión, fueron también invitados representantes de partidos políticos, económicos y sociales, que acudieron prestamente ante la insólita convocatoria.

EL OBISPO CASTRENSE CLARISSETTI: *el Cuarto Hombre.* En el borde de la mesa, la figura lúgubre de un hombre purpurado. Serio y seco de alma, hombre de consulta y apoyo al grupo dominante hoy reunido.

Una élite asustada, en una casona clásica y centenaria, implantada en medio de seis hectáreas de parques pulcramente cuidados.



(Cerca del quincho, un gran salón con capacidad para ochenta personas cómodamente sentadas. Aire acondicionado, heladera de consumo rápido, cafetería y baños. En la cabecera de la mesa preparada para el evento, tres sillas coloniales de madera labrada. Sobre ella un mantel blanco tejido y bordado a mano, una jarra de agua, hielo y tres vasos.)

OBISPO CLARISSETTI: *(Ciñendo los hábitos sagrados frente al auditorio desconcertado y compungido, comienza la misa y su sermón con voz aflautada y monótona.)* Cuatro integrantes de nuestra asociación, católicos ellos y fieles representantes del pueblo, han perdido la vida en manos de irracionales. Manos asesinas que aducen reparar injusticias. A nuestros hermanos se les acusó de hechos de corrupción, pero fueron absueltos. Sí, ¡juzgados y perdonados! ¿Por qué este daño? Mártires que tenemos que homenajear, nuestros

hermanos hoy ausentes, que tanto ayudaron a nuestra iglesia con sus cuotas en los momentos críticos. Siempre tuvieron la generosidad de entregar porcentaje de sus emprendimientos. ¿Por qué los actos de corrupción son satanizados, si ellos benefician a cientos de hermanos y hermanas? Bendigo sus almas y también sus vidas trucas. *(Compungido bendice a todos con su mano.)* Pido a todos rezar por ellos y el descanso de sus almas. La iglesia siempre estará apoyando causas justas. Nunca hubo ni habrá poder sin religión. No se puede estar solo al lado del pobre. También los poderosos son hijos de Dios. Nuestra tarea es acercarlos. Yo bendigo y rezo por éstos que sufrieron tan abominables e injustos asesinatos. ¡Que Dios los acompañe! *(Acaba la misa y retira sus hábitos, mientras se abraza a los representantes de las asociaciones como acto generoso de pésame.)*

JUEZ CARLOS VALDIVIAS: *(Circunspecto, sentado en el sillón de cuero, toma la palabra y abre la convocatoria yendo directamente al grano.)* Señores, tenemos un documento muy importante para compartir. Es de tal gravedad que hemos considerado junto con Bartolomé y Augusto, leerseles directamente y no entregar copia alguna por razones de seguridad. También les recordamos que al igual que las reuniones realizadas en estas últimas décadas, no se tomarán fotos ni se permitirán filmaciones. Los celulares serán entregados en la recepción y habrá un chequeo previo

antes de entrar nuevamente al salón. Los invito a pasar a la recepción y en quince minutos comenzaremos la reunión informal. Luego habrá un debate con aporte de ideas y soluciones. Debo adelantarles que la situación es de mucho mayor gravedad de la que ustedes puedan imaginar, de manera que les recomiendo informen a sus lugares de orígenes que estarán probablemente hasta altas horas de la madrugada.



(Los asistentes se levantan y comentan sus dudas, entre el temor y el asombro: “¿Qué ha sucedido para que nos convoquen de esta manera, sólo justificable en las últimas décadas cuando informaron de la amenaza de un golpe de estado o planes económicos que amenazarán las reglas de juego?”. Los citados en su mayoría son conocidos de anteriores reuniones, celebradas desde los años sesenta. Todos pasan a la recepción, donde se examinan sus bolsillos y retiran al instante cualquier celular, cámara de fotos o filmadora que encuentran. Luego de pasar por un detector de metales, ingresan al salón de conferencia donde la reunión se reinicia a los treinta minutos. La sala, en absoluto silencio. La mesa, integrada por los tres convocantes: el juez Carlos Valdivias, el presidente del diario LA VERDAD, Bartolomé Lleitras, y el representante del estudio

jurídico Augusto del Franco. Carlos Valdivias, representante del poder Judicial, presidente de la “Asociación para Fines Humanitarios”, la preside acompañado por Clarisetti. La integran todos los presentes como socios.)

JUEZ CARLOS VALDIVIAS: *(Retoma la palabra.)* Debo informarles que a raíz de cinco asesinatos, coincidentemente relacionados con los beneficiarios de fallos absolutorios referidos a la Aduana Paralela, con nombres y apellidos conocidos por todos ustedes; hoy, la prensa informó de sus muertes y la aparición —aún no trascendida al público— de un grupo de autogestión denominado **GAC**. Nos vemos obligados a informar de la gravedad de la situación. Los cuatro asesinados —afiliados nuestros— han recibido un balazo en la frente a una distancia no mayor de diez centímetros. Todos, en sus domicilios. Ninguno de ellos fue robado o maltratado antes de sus ejecuciones. Como sabrán, todos ellos han sido protagonistas de absoluciones por fallos favorables de nuestros Jueces. Esta vez, uno de ellos recibió una bala. Conocen que hemos invertido mucho dinero en salvar a nuestros afiliados y aceptar la cadena de corrupción necesaria para mantener nuestra asociación a salvo de acciones policiales y legales. No nos quejamos de las últimas décadas, donde prácticamente el noventa por ciento de las causas terminaron con fallos favorables. El problema es que ahora se ha conformado un grupo u organización que no sabemos cómo funciona, ni cuantos

integrantes tiene, donde han definido un accionar que va a involucrar a todos ustedes en el futuro. Y me refiero a “todos”, porque han sido y son parte de esta organización humanitaria que nos protege y ampara de las acciones policiales o judiciales. Nunca pensamos que estarían en peligro nuestras vidas. Este o estos grupos que se denominan **GAC**, enviaron al diario de Bartolomé un comunicado que vamos a leerles por la gravedad que implica. Les ruego la mayor discreción hasta tanto nuestros contactos policiales o judiciales logren investigar origen y detalles. Solo podemos decirles que en estos últimos cuarenta años, es la primera vez que nos encontramos con un hecho al cual no podemos controlar o que supere nuestra capacidad de acción. *(Se detiene y entrega las hojas a su acompañante más cercano.)* Le pediría a Bartolomé que lea el comunicado antes de dar la palabra al secretario Gral. Augusto del Franco, que ampliará el tema.



LA AUDIENCIA en total silencio. Cada palabra era asimilada y repensada por los asistentes que apenas emergían de su asombro. El temor, como ánimo imprevisto e incluso abolido desde décadas por un grupo acostumbrado a la impunidad absoluta, se adueñaba de los rostros de la audiencia. Las expresiones de Valdivias, vertidas en forma impecable, llana y simple, lograron atemorizar a los invitados.

Bartolomé, dueño y señor de la información pública, desplegó un sobre marrón y extrajo una hoja común blanca, escrita en computadora, prolija, limpia, preparándose a darle lectura. Previamente tomó un vaso de agua. Bartolomé mantuvo un gesto de gravedad poco conocido en él. Si algo lo caracterizaba era su capacidad para no traslucir los estados de ánimo, imperturbable hasta entonces. Atrajo el micrófono, acercó su boca a distancia prudencial, iniciando la lectura con el día, hora y fecha de la nota; a quién iba dirigida —a él— y con voz grave, seca y tensionada, su contenido, que si bien no era extenso, no necesitaba de serlo por la contundencia de lo expuesto.



“Caso Cerrado de Aduana Paralela”

“...A partir de la fecha, dado la falta total y absoluta de justicia para castigar a la corrupción en nuestro país; este grupo de ciudadanos de distintas extracciones y capas sociales, se han constituido en el grupo ejecutor de fallos populares. Cada caso de corrupción llevado a la justicia que no sea encontrado culpable el o los imputados, de acuerdo a pruebas contundentes y ciertas presentadas, será noticiado en forma personal y ajusticiado. Se aplicará igual pena al imputado, juez interviniente, abogado defensor y cómplices directos, que comprobemos hayan intervenido en la causa. Usted, como presidente del diario de mayor tiraje, obligadamente —es una orden— deberá transcribir en hoja

completa —página dos— este comunicado en forma textual”.

Atte.

GAC

(Grupo Anticorrupción Civil)



II BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ LLEITRAS calló no sin antes emitir un sonido gutural, como si de una tos seca o un estornudo reprimido se tratase. Sin mirar a la audiencia, manteniendo sus ojos fijos en el papel que acababa de leer, su rostro había tomado un color cetrino, remarcando sus ojeras, que extrañamente parecían haberse acentuado a la par de su lectura ajustada y firme. Bien entendía que en la trayectoria de un diario centenario, las situaciones de bonanza y dificultades se alternaban de constante. A su vez, recordaba cómo durante las dictaduras su diario florecía como una primavera perpetua y que sus periodistas ejercían plenamente su

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

limitada libertad de prensa, siempre sometida a las bajadas de línea de los grandes grupos económicos. Supo en algunas oportunidades negociar con sectores que no coincidían con su línea de pensamiento, evitando caer en la coerción directa y solucionando siempre todo con dinero y contactos al más alto nivel. Pero esta vez la ejecución de aquellos hombres, fundamentalmente del juez y el abogado, lo conmocionó. Ambos habían prestado siempre sus servicios escrupulosamente, y gracias a su dinero e influencias lograron en forma permanente salir airosos de muchos conflictos. Tomó distancia del micrófono, levantó sus ojos cansados pero lúcidos, y habló a sus invitados haciendo un recuento de su trabajo, sacrificios y logros.

BARTOLOMÉ LLEITRAS: Siempre he mantenido una línea ideológica en mi periódico. Esta vez me obligan a publicar una carta que amenaza al mismo corazón de la Asociación, más que a mi persona. Mis periodistas saben que la libertad de prensa no existe. Pero sí, la libertad de empresa. Sabemos a qué sectores nos debemos... y en definitiva, ellos son quienes permiten nuestra existencia. Si dependiéramos de partidos o grupos políticos, estaríamos en bancarota, porque la ideología no vende. Asusta. Conmueve. Aleja al lector. Nosotros somos fundamentalmente coherentes con nuestra historia. Nuestro lema ha sido siempre “ser leal al poder económico que nos mantiene vivos y ricos”. Es ahora

cuando esa trayectoria quiere ser torcida y me obligan a compartir con ustedes una publicación ignominiosa, canallesca... Mi responsabilidad ahora son también ustedes. *(La voz se entrecorta. Un silencio contagioso invade la audiencia ante las reflexiones de su presidente.)* Ahora bien, estos asesinatos en cadena, casi en forma serial, coincidentes en tiempo y forma, tienen por primera vez una identificación y una forma de presentación absolutamente distinta: “Justicia Popular”, dice la nota. Y “los casos son estudiados”, de acuerdo a lo evaluado se toman medidas que *ellos* consideran justas: un balazo en medio de la frente.

(Bartolomé, incómodo, mira rápidamente al Juez, que le comenta a modo de tranquilizar: “Es Matilde, mi secretaria privada y abogada de bufete”. Sin embargo, parece no satisfecho con la explicación, y le ruega imperativamente a la señorita que trate de no interrumpir en la reunión.)

JUEZ VALDIVIAS: *(Conciliador.)* Después me traes todo, Matilde, ahora estamos en una reunión muy importante. *(La muchacha abandona los papeles y se aleja; Lleitras prende un cigarrillo, toma un nuevo sorbo de agua, excusándose por la interrupción.)*

BARTOLOMÉ LLEITRAS: Si ustedes leen las noticias de hoy, verán que estos asesinatos se muestran por separado, aislados. Esa fue mi orden para mi diario y las cadenas de radio y televisión que manejamos. Incluso los situamos en distintas páginas para generar

dos respuestas y no dar trascendencia a la metodología seguida. A su vez, continuamos la información, algo más acentuada, sobre la escalada de inseguridad que necesitamos alimentar diariamente. *(Hace una pausa con el rostro crispado, mirando fijamente al auditorio.)* Sólo que esta vez, señores, estamos realmente amenazados y les diría, sentenciados. Mis periodistas han seguido mi línea editorial y también me he sumado al llamado de una movilización convocada por el Ingeniero, él sí fue inteligente. Con su fundación, almacenó una interesante suma de dólares; viajó por el mundo e invirtió en las empresas de ustedes. Mágicamente hizo del dolor un curioso y rentable negocio, hasta que un díscolo periodista descubrió que nunca obtuvo un título universitario. Y ahí perdimos la credibilidad de ese personaje. Con este caso, cubrimos páginas enteras, antes de ser descubiertos y luego de serlo. ¿Lo recuerdan? Con esas movilizaciones logramos desviar la opinión pública. Pero ahora es el momento en que necesito ayuda, busquen interlocutores que polemiquen. Páguenles como corresponde, pero hagan algo y rápido. Necesitamos tiempo. Necesitamos casos que ataquen el núcleo del gobierno; que jaqueen sus ministros, que produzcan reacción y repudio. ¿Cómo no vamos a generar otro caso similar? Hagan hablar la pitonisa, tomen sus sentencias en primera plana. Desarrollen sus ideas apocalípticas para que durante ese tiempo estén ocupados en cosas más polémicas que nuestro infortunio. *(Se seca el sudor.)* Hemos realizado grandes negocios. Debemos reconocer que

esta década del noventa quedará en los anales como la más beneficiosa para nuestros bolsillos y empresas. Superior a regímenes militares. Pero este hecho marca un antes y un después. Mi pregunta hacia ustedes es: ¿estos casos que ellos dicen cerrados, son actuales o anteriores? Si son anteriores, ¿cuántos sobreseimientos tenemos; cuántas causas por montos millonarios ganadas pueden utilizar? ¿Se dan cuenta lo que esto significa?

(Uno de los presentes se levanta inesperadamente y alzando la voz pregunta.)

ALGUIEN : ¿Qué tan cierto, Bartolomé? ¿No será una jugada de la misma gente que compite con nosotros para amedrentarnos? No creo que este pueblo infecto, manso y tonto, sea capaz de hacer esta estupidez. La corrupción cuestiona al gobierno, no a nosotros. ¿Quién es más corrupto? ¿Los que dan o los que reciben? Con el criterio que ustedes están exponiendo, todo el país será ejecutado... *(Rompe en una carcajada.)* ¡No, amigos..., yo esto no me lo trago! Seguiré haciendo negocios y pagando mis cuotas de coimas. Creo que si no hay datos más certeros, esta reunión debe finalizar. *(Algunos aplausos se oyen en la sala.)*

AUGUSTO DEL FRANCO, ante esta rebelión inesperada, fue quien dio el golpe seco de puño en la mesa, y alzó la voz reclamando silencio y orden. Alterado, sin el aura doctoral y suficiencia

acostumbrados, transformado en un hombre hostil y libre de solemnidades, mostró una vez más su autoritarismo y dotes de mando. El presidente del estudio jurídico más importante estaba realmente exaltado. Era evidente. Su buffet albergaba más de ochenta abogados penalistas y especialistas de derecho civil, comercial, aduanero y tributario. Muchos de los asistentes, por no decir la mayor parte, eran sus clientes de años y todos le debían grandes favores respecto a sobreseimientos. Su voz fue suficiente para que el salón cobrase nuevamente la compostura.

AUGUSTO DEL FRANCO ☞: (*Levantándose y señalando a quien había hablado.*) ¡Estúpido! ¡Sí, a vos te digo! Les voy a decir quién es este imbécil, a pesar que ustedes lo conocen seguramente. ¿Les suena *la mafia del Oro de los Piana*? ¡Este idiota es el que enviaba medallones de plomo como si fuesen oro a los Estados Unidos y después recibía más de treinta millones de dólares en reintegros por IVA! ¿Y quién lo defendió?... ¡Yo y mi gente! ¿No creen que tuvimos que pagar muchos miles de dólares a jueces y fiscales? No sólo a estos, también miles de dólares a la Aduana y funcionarios basura; muchos escritos para recusar jueces intachables hasta conseguir la caída de la causa entre los nuestros. ¡En ese entonces, lloraba este idiota como un puto! ¡Sí! Lloraba como un marica en el estudio para que lo salve, mientras detectaban sus cuentas en el Banco Credit-Suisse de Zurich. ¡Chatarra!....Chatarra pasada por oro. ¿Qué dices ahora, idiota?

OBISPO CLARISSETTI: *(Interviene llamando a la moderación. Los asistentes habían girado sus cabezas testigos de la mutación del empresario a punto de estallar bajo una crisis nerviosa.)* ¡Por favor, Augusto, modérese! Nada ganamos entre insultos y reproches...

AUGUSTO DEL FRANCO: ¡No pienso moderar nada! ¡Les diré algo! Ninguno de acá es paño limpio. Soy y somos carroñeros. Todos están cuestionados por corrupción de una u otra manera. Todos viven del Estado, roban al Estado, dilapidan sus reservas. ¿Pero cuál es la diferencia con los políticos? Nosotros somos anónimos y eternos, porque no existimos en los medios de comunicación. No pueden ubicarnos, salvo a este pelotudo. Los políticos son visibles. Los políticos son condenados por la opinión pública. Los políticos, por ese afán de trascender e hipertrofiar su ego, mostrarse en el poder y con el poder, son los que luego caen en desprestigio. Acusación, sospecha y escarnio. Ustedes..., todos ustedes pagan coimas o peajes; son ustedes quienes buscan y pagan tráfico de influencia, lobbies, entornos y medios de comunicación. Pero lo hacemos porque estamos convencidos de nuestra capacidad para hacer crecer el país con nuevas inversiones, tecnología y paralelamente, por supuesto, nuestras arcas. Yo los definiría de una sola manera: somos los más honestos y los más deshonestos. Somos luz en la oscuridad. Pero está pasando algo muy grave. *(Da un nuevo golpe en la mesa.)* Cada uno de ustedes puede ser mañana un cráneo perforado, una

víctima de estos ejecutores que no podemos sobornar; pero no porque sean transparentes o invisibles, sino porque no podemos identificarlos. Ustedes están en peligro por ser responsables y corruptos. Nosotros también por ser el estudio jurídico que los defiende y ser intermediarios de coimas para la cobertura política. ¡Esto va en serio! (*Su nerviosismo creciente se delata en su voz seca y entrecortada.*) Hemos tenido comunicación con amigos de la policía y el poder judicial. Nadie pudo darnos datos. Los funcionarios basura, tampoco. ¿Contra quién luchamos? ¿Se dan cuenta qué digo? Ustedes están condenados. Nosotros también. Cada caso de corrupción absuelto parece que será revisado en esos tribunales infernales de basura irresponsable. ¡Ellos decidirán si viven! O mejor dicho, si vivimos o no.

EL JUEZ CARLOS VALDIVIAS, que había mantenido silencio durante el parlamento, reclamó la palabra; no sin antes solicitar a los presentes, serenidad e inteligencia. Aplomado, voz serena, como si fuese a producir sentencia o un fallo. Su palabra bloqueó varias manos que se alzaron para intervenir en la reunión — seguramente alguna pregunta indiscreta. Carlos Valdivias es un hombre respetado en este fraudulento ambiente. Dio una palmada afectuosa a Augusto en su hombro con gesto paternal y calmo. Miró al auditorio. Comenzó su disertación.



EL JUEZ CARLOS VALDIVIAS: ¡Necesitamos tiempo! La situación es de absoluta gravedad. Lo que ha pasado hoy supera cualquier situación vivida. Ustedes me conocen desde hace muchos años. Los he sacado de las puertas de la cárcel. Les he resguardado su fortuna mientras me jugaba mi puesto de Juez de la Nación. He tenido oportunidad de sondear en profundidad sus miserias y afectos. He sabido comportarme con discreción y mesura. En definitiva, me he ganado su confianza y estima a costa de mi propia carrera y profesión, y lo que es más importante, a costa de mi honor. Pero todos sabemos, al menos todos los que estamos aquí, que en definitiva vivimos por, y de la corruptela. *(Alterado y nervioso ruega un vaso de agua, seca su frente sudorosa con el pañuelo y prosigue.)* ¡Es cierto! Pero es una corrupción que siempre consideré patriótica. A ello he consagrado mi vida. Pero ustedes son parte de esta incomprendida y descalificada carroña; son parte del mismo fango, donde buscamos el manejar los hilos de la política, información y justicia, y si logramos infiltrarnos en policía y lobbistas garantizaremos nuestros negocios. Si mantenemos contactos políticos, tendremos garantizados manejos en el poder. ¡Sí! ¡Lo sabemos y aceptamos! Pero este hecho de hoy tiene otra característica. Por primera vez somos vulnerables. Muchos de ustedes no comprenden hasta qué punto lo somos. Es mi deber

advertirles para que lo asuman y seamos capaces de tomar decisiones sabias y adecuadas. *(Matilde entra nuevamente, temerosa en esta segunda ocasión, acercándose con cierta discreción para entregar un sobre cerrado. El juez propone cuarto intermedio.)* En minutos reiniciamos la reunión; tenemos información de último momento para evaluar. *(Muestra el ☐☐.)* Se lo comunicaremos como es natural. *(Los tres dirigentes se levantan prestamente con el sobre blanco de oficio. Los rostros denotan preocupación. Los asistentes se alzan de sus asientos y pasan al bar envueltos en un extraño murmullo cómplice.)*



III EN EL MUELLE



*Estos pequeños simios
que balancean ramas verdes,
no podrán frenar
el vendaval que sacude el árbol.*

LE DICEN MACACO. Su aspecto desmedrado confirmaba su apodo. Pequeño, delgado, de brazos largos y finos; su rostro plano le impidió siempre ser aquel hombre apuesto que deseó. Sin embargo, a pesar de su triste apariencia, Rufino se esmeraba por ser el hombre puntual, trabajador y eficiente que hiciera olvidar su tara física.

Su tarea diaria se iniciaba a las seis de la mañana en la pescadería junto a la playa del golfo. Una construcción precaria de dos habitaciones. Una de ellas era el piletón azulejado que diariamente limpiaba con entusiasmo, luego de recibir cada madrugada cientos de kilos de pescado fresco, bajado y volcado en canastos, ante su mirada y silencio. *¡Hola, Macaco! ¡Adiós, Macaco!* Era toda la comunicación que los pescadores agotados por su tarea le proponían a este pequeño hombre de mar. Muchos se burlaban porque su contacto permanente con los peces era tal, que él mismo olía a pescado. Su piel mostraba una extraña y desagradable descamación.

No obstante Rufino cumplía en rigor los pasos que su trabajo demandaba, abriendo un pez tras otro con habilidad de cirujano, extrayendo sus vísceras en piletones luego de rasparlos en la superficie. Los dejaba listos para ser comercializados en bandejas de aluminio, pasarlos a una heladera muy antigua y efectiva, en espera de clientela que él nunca manejaba. Su labor era otra y sucia.

Todos los meses, un automóvil negro de alta gama estacionaba a escasos metros del puesto de Rufino. Dos hombres de aspecto aristocrático llevaban dos carteras cerradas, como adheridas a su cuerpo, al entrar al negocio, y no tenían demasiados reparos en ser oídos cuando conversaban. En la última visita, Rufino oyó cómo hablaban de lo fácil que resultaba el contrabando de piedras preciosas y droga, utilizando como portadores los mismos pescados...

Rufino no salía de su asombro: los mismos peces que él limpiaba en su destajadero. Hablaban de la falta de control y el pago que realizaban mensualmente a inspectores municipales, aduaneros y policías. “Este país da para todo”, dijo el más locuaz riéndose. Rufino no había visto en sus años de trabajo ningún pescado con piedras preciosas, pero alguna vez sospechó, cuando el dueño de la empresa separaba kilos de pescado sin destajar, que algo turbio se traía entre manos. La patente oficial del automóvil pertenecía al poder judicial. Esto le quedó grabado desde el primer día que aparecieron.

Pero Rufino estaba interesado en otra cosa: a las doce del mediodía, sin falta, una muchacha de cabellos negros y ojos verdes acudía a comprar y elegir dos piezas de pescado que ella misma sacaba de la bandeja cuando Rufino le ofrecía la plancha aluminizada. Aquella mujer y un joven que practicaba deporte en la mañana y que se detenía en la pescadería a conversar con él sin burlarse, eran los dos primeros clientes de cada jornada. Se llamaba Miguel. El día anterior trataron el tema del contrabando y la política. Miguel afirmaba que las bocas de ingreso de la droga estaban por todos lados. “¿Nunca pensó qué puede haber, Rufino, dentro de los pescados?”. “¡Nunca!”, aseguró con orgullo sin dar a conocer sus sospechas. Miguel asintió sin convicción y siguió su camino. Pero ahora comenzaba a dar crédito a sus fantasías.

Así, era esa mujer el único hecho que realmente alteraba su rutina e iluminaba el día de Rufino, a quien se conformaba con ver y servirla, otorgándole su gentileza y atención personalizada.



*Esa imagen tan viva
sacude su alma solitaria,
dejando que el salto del ángel
viaje anhelante.*



Luego de acabar su tarea diaria, desde la pequeña y desnuda claraboya recordaba embelesado el suave andar de sus caderas orgullosas, ofrecidas inadvertida o intencionalmente por la muchacha. Soñó lo imposible. Lo que la vida, por ser quien es, Rufino *el macaco*, le negó. Soñaba el amor de esa muchacha bajo el miedo de ser despreciado.

Aquella mañana, abrió de certero tajo el vientre de un pez espada de veinte kilos. Entre sus vísceras, Rufino encontró cuatro pequeñas esmeraldas verdes. ¿Milagro? Quedó paralizado y sólo atinó a mirar a su alrededor, en el desconcierto. Estaba solo. Las oficinas vacías, la calle vacía. Nadie lo observaba. Lo entrevió: esas piedras le pertenecían: las haría suyas.



*Teñidas de un diáfano verde,
las caras planas y filosos bordes
despertaron la fugaz avidez
del hombre.*



Estaban allí, ante él, en el estómago del pez. Allí, ofreciendo su inocencia. Lavó, midió y admiró sus caras planas y suaves, y colocó las joyas contra la luz de la ventana. Una luminosidad intensa penetró en la piedra y se desparramó como si fuese un abanico de varillas verdes abrazando el espacio de la habitación lúgubre y solitaria, pintándola de un color maravilloso. Abrió la canilla lateral de la pileta, limpió con delicadeza todas las caras de las esmeraldas sintiendo en sus yemas la caricia del nuevo futuro. Aseguró su decisión en el instante que colocó las piedras en su boca. Rufino fue ingiriendo una a una con agua fresca. Cuando terminó, regresó al piletón de trabajo, y el filoso cuchillo abrió en muy poco tiempo todos los pescados con prestancia y prolijidad. Estaba exultante. Un hombre feliz y abrumado. Limpió la habitación. Colocó las bandejas en la heladera, se lavó con intensidad refregando con cepillo de cerdas duras la piel de brazos y manos. Colgó el delantal plástico, se

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

quitó las botas de goma y se cambió de ropa. Faltaba media hora para su salida. Esperó pacientemente mirando el mar que se ofrecía calmo. El oleaje de la playa a sus pies apenas se manifestaba en una cinta de espuma blanca que una y otra vez lamía las arenas. Las gaviotas consumían aún los deshechos de peces, mientras la brisa marina humedecía el rostro soñador del pequeño Rufino, recordando a la muchacha de cabellos negros y ojos verdes.

El automóvil negro reapareció a los diez días. Era la visita mensual. Rufino trató de evitar cualquier contacto con esos hombres, y se dedicó a su trabajo con esmero, manteniendo la cabeza baja sobre sus tareas de corte y limpieza.



*Una imagen,
avasallante imagen,
invade la quimera
de un destino intrépido*



Ella acudió a su cita. La joven mujer de cabellos negros y ojos verdes, caminaba bajo una suave brisa que ondulaba sus cabellos, contoneando sus caderas en perfecta armonía con su mano

libre que balanceaba como un péndulo de oro. Sus piernas esbeltas, de piel húmeda color ceniza, los tobillos libres, acabando en los delicados pies descalzos, incansables de acariciar la arena cuando al salir del negocio recorría las playas con sus pescados embolsados como trofeos en la mañana diáfana. Sus ojos verdes siempre conmovieron al joven trabajador. Le pertenecían, imaginaba. Nunca había logrado a una mujer similar, y de ella aún menos había logrado un mínimo gesto. Su andar provocativo revelaba un orgullo intacto, firme, virgen. Nunca se fijó en Rufino. A lo sumo, se limitaba a mirarlo fugazmente. Su cuerpo cubierto por delgados géneros de colores fuertes, vivos, que le daban ese toque alegre, codiciado y esquivo.

Elegía dos pescados y regresaba en silencio, ante la admiración de los obreros de la construcción que conociendo su trayecto, interrumpían sus tareas en espera de la alegría regalada que implicaba mirarla. ¡*Allí va!*, gritaban alborozados. Gozaban ese momento del mediodía, aún bajo el sol cayendo con furor, cubriéndolos de sudor en el esfuerzo. Ella paseaba ignorando miradas y pensamientos lascivos. ¡*Sasha!*, gritaban., ¡*Sasha!*, mientras ella iba indiferente. Rufino, desde la claraboya ovalada y pequeña, también la observaba hasta que su figura desaparecía, al transitar el ingreso a la avenida que no lograba vislumbrar desde la pequeña ventana.

Sasha provenía de una familia humilde de Misiones; de cabello negro, estilizada figura y ojos verdes, tan habituales en el mestizaje de la región. Abandonó su hogar a los dieciséis años, y sola se instaló en la capital trabajando en distintos bares. Con su simpatía y belleza lograba altas propinas. Pero tarde o temprano, el dueño quería concretar algo más que una relación laboral, por lo que ella renunciaba y se retiraba, hasta que advirtió que esos encantos podrían ser su llave para lograr una vida mejor y holgada. En un restaurante lujoso, Sasha aceptó la invitación de su dueño. Un joven emprendedor que no tardó en hacerla su favorita por su belleza y capacidad. Esta relación trajo las otras, porque las amistades del joven eran gente de mucho prestigio y poder, que Sasha no tardó en aprovechar luego de ser presentada. Así pudo ascender. Usó su belleza en forma inteligente. Funcionarios, empresarios, jueces, fuerzas de seguridad... fueron en definitiva el trampolín para asegurarse bienes, incluso un auto, y mensualidades que ella iba ahorrando.

Conoció a Matilde en una de aquellas cenas, y enterada de que ella buscaba departamento le propuso compartir el suyo, siempre y cuando cada una respetara la vida elegida, donde no se admitirían observaciones ni condenas. Así se estableció una amistad respetuosa y sentida. Sasha intervenía en reuniones en donde muchas veces se hablaba de cuestiones políticas, empresariales y también pagos a distintos personajes, que ella desconocía pero que estaban en puestos

claves de gobierno y empresas. Si bien no opinaba en público, pues su discreción era bien conocida, cuando un cliente estaba en el lecho del placer, siempre era vulnerable a las preguntas de una hermosa mujer, o a las meras confesiones por vanidad. Sasha conocía muchos secretos de esta gente adinerada y poderosa. Pero supuso que con sólo saber era suficiente, porque el conocimiento le daría aún más seguridad. En los días de descanso, cuando Matilde permanecía en el departamento, muchas veces hablaban de temas relacionados con el poder. Matilde, que estudiaba abogacía y trabajaba en el Judicial, aprendió a conocer a muchos funcionarios intocables, y a temer a esos grupos de poder que siempre se asomaban con discreción por los despachos judiciales.



*Belleza imbuida de vida
derrama una estela de deseos.
Es para todos
una misma fuente de vida.*



Como un creyente más, Rufino sufría las prohibiciones de la Santa Madre Iglesia, como una piedra gigante de opresión que aplastara una brizna de hierba; así él mismo se veía, compungido y culposo, luego de los acontecimientos de aquella noche y la ingesta

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

de las piedras preciosas. Una situación realmente desproporcionada. Bajo esta culpa, sostuvo con estoicidad su rutina.

Cuántas veces con extraña ternura, recordaba cuando él era monaguillo y fiel concurrente a los servicios en la etapa temprana de su vida, donde los pecados, entonces, como una hidra de siete cabezas ocupaban un universo inmensurable y sombrío en la inocencia de la niñez. La Iglesia que parecía protegerle, a su vez le aterrorizaba, pues invadía y castigaba desde el pecado, la culpa y punición constantes. ¡Un horror! Grabaron a fuego sutil, aquel sexto y noveno mandamiento: *Se prohíben los pensamientos, deseos, miradas y obras deshonestas; las palabras, lecturas y cantos obscenos, los espectáculos, las modas y los bailes indecentes y todo lo que induce al pecado de la impureza: palabras, obras, pensamientos y deseos...* Cómo no sentir remordimiento ante la lujuria que provocaba en él aquella joven hermosa, tan apetecible, que acudía despertando sus deseos más explícitos. Lo real, el fruto prohibido y el pecado, y dios me salve, María, ay, llena eres de gracia...

Mucho cambió en su vida después de encontrar las esmeraldas y negociarlas. ¡Pobre Rufino! La primera venta de una piedra reportó dinero suficiente como para iniciar una vida absolutamente distinta. Su apariencia de macaco con olor a pescado entre burlas, fueron alteradas para descubrir al nuevo hombre elegante y respetado. Aún así, astutamente, Rufino permaneció en su

trabajo a pesar de su cambio de estatus social. Desde el momento de su transformación, pasó a ser el *Sr. Macaco*, y la joven mujer altanera y orgullosa, que ignoraba a ese hombre de antaño olor a pescado, ofreció el primer saludo directo, contundente y casi promiscuo, frente a frente; penetrando su córnea, produciendo un cosquilleo de gloria en su retina.

Rufino se supo otro. De vivir en la tristeza, de permanecer en zonas sucias y rechazadas de una habitación alquilada por quincena con olor a escamas y tripas, compró una casa nada ostentosa pero cómoda en un barrio de jerarquía, y compró una bicicleta de engranajes y coronas, porque nunca aprendió a conducir automóviles o motos. Se paseaba trajeado e impecable por el centro, para acudir a su trabajo de destajador de pescados en la sala desnuda, con el único objetivo de no perder el contacto con esa mujer. El deseo lo consumía como nunca.



*Vencido el temor de castidad
angelical, austero y difícil,
renunció al goce del cielo
y desafió el poder celestial.*



Aquella primera mirada lo sacó de aquel sepulcro donde había permanecido. Sasha despertó sus dichas... Como un volcán humeante reaccionó saliendo del mutismo rutinario, y alcanzó a decir palabras de aliento y admiración ante una muchacha que, luego de comprar sus dos pescados, estampó dos besos en sus mejillas pálidas antes de retirarse ondulando sus caderas, como si la brisa del mar estuviese concentrada en ella, en un ir y venir majestuoso. Sus dos manos capturaron la señal de cariño tomando su rostro con sus palmas. Soñando que había sido tocado por la diosa Yemanjá, aquella emperatriz de aguas acunadas por el mar, su figura esbelta se fue perdiendo por la calle hasta desaparecer en el vacío de la distancia. Rufino pestañeó tratando de quitar de sus ojos la despedida de la muchacha, regresando a su rutinaria tarea, poniendo el filo del cuchillo en la zona más frágil del pescado para desollarlo y ponerlo en venta.

Decidió empeñar su segunda piedra para comprar un automóvil, que llevó empujándolo hasta la puerta de la pescadería, y allí lustró su chapa esperando el día de gloria pergeñado, cuando ella lo viera. Y tal como fue planeado, sucedió en un sueño perfecto. La muchacha preguntó de quién era el vehículo tan moderno y lujoso. La repuesta de él fue clara y contundente. “Mío”, y ofreció las llaves del coche, que puso en la mano de la muchacha. La invitó a sentarse y conversar en mayor intimidad. La tentación desmedida de poseerla surgió en el primer contacto con su mano, cuando ella, sentada en la

mullido asiento del auto, ofreció sus labios tibios y desafiantes que Rufino capturó con placer desenfadado. Fue ella quien condujo el automóvil a la puerta de la casa de Rufino. Ella, quien abrió la puerta y luego se entregó con cuerpo y alma al placer. Suya fue esa mañana. Sólo suya esa tarde donde nada existió más que el cuerpo desnudo de Sasha, que le entregó el placer antaño prohibido de la carne, que lo regresó a la vida en un gesto generoso... y por supuesto, interesado; porque la joven se llevó la tercera piedra como obsequio.



IV ESMERALDAS



*Porque si en algún momento
renunció a deleites perversos prohibidos,
decidió arder su alma en el infierno.*

ESMERALDAS de poder e inmortalidad. Piedras de los faraones de Egipto. Piedras del amor encontradas en las entrañas del pez mágico, o tal vez, desprendimientos del tesoro de Atocha, de sus naves hundidas, leyendas, historias mitológicas de riquezas rescatadas dentro de un pez. Lo cierto es que

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

las esmeraldas abrieron un camino apetecible a la ingenuidad del macaco, el Sr. Macaco, renovado y sin culpa de lo que se es y será. Cuatro esmeraldas pecaminosas: riqueza, codicia, ambición y protección espiritual. Pero ¡qué apetecibles!

Una piedra sola, una sola quedaba. Rufino repitió los encuentros con Sasha durante un tiempo prudencial, hasta que ella, enterada del origen de su fortuna, pidió la otra. Ese día, ella estaba radiante y exultante. Desplegó un abanico de habilidades que enloquecieron al hombrecito... hasta conseguir el premio. Rufino puso en la palma de su mano, la última, la pequeña esmeralda que ella admiró en arrebato por sus formas y colores sobre la palma temblorosa de su mano. Lo besó con delicadeza mientras observó el rostro de un Rufino encantado. En agradecimiento, se entregó tal como lo había planeado fríamente.

Pero cómo detestaba a ese hombre. Le producía una absoluta repulsión. Su deforme humanidad y su olor a pescado por mucho que se lavara, su aspecto opaco y simiesco, le repugnaban. Pero el sacrificio merecía la pena, pensaba Sasha. Un eufórico Rufino babeaba ante ella: ahora Sasha era suya, ¡al fin! Pero, bien pronto, Sasha dejó de ser suya... como la última esmeralda, como aquel paraíso.



*Los sueños son eternos,
volátiles,
increíbles.*

*El valor de su vida
se consumió en ese recuerdo,
un viaje de corta trocha,
una vida opaca
soñó lo imposible,
lo que por vida le fue negado.*

El amor que la muchacha ignoró desde la última esmeralda entregada con ingenuidad, casi mató de tristeza a Rufino.

Durante aquel tiempo de primaverales amoríos, el automóvil negro seguía concurriendo rutinariamente, con los mismos hombres y a veces el mismo juez a la pescadería. Rufino saludaba discretamente, respondiendo al saludo del funcionario. Siempre tuvo temor al reclamo, porque indudablemente aquel hallazgo que cambió su vida, pertenecía a esos hombres que traficaban piedras preciosas. Rufino conocía que las mafias nunca perdonan. Con cada visita, fantaseaba con que sería descubierto y ajusticiado.

Pero Sasha era una mujer discreta. Ninguno de los tres concurrentes reprochó nada a nadie. No hubo reclamo ni a él, ni al dueño del establecimiento. Esa mañana, en su rutina, abrió con ansiedad un pez espada de veinte kilos que el dueño había apartado sospechosamente. Pero entre sus vísceras no encontró las pequeñas

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

esmeraldas. ¡Maldijo su suerte! Sólo diminutas piedras y arenillas del fondo del mar. El desconcierto lo paralizó. Regresó vencido a su hogar, vestido de fracaso, con su aspecto de simio recuperado. Al día siguiente, Sasha regresó a comprar sus dos pescados como acostumbraba durante ese tiempo, pero ya como si nada hubiera sucedido nunca.

Lo ignoró eternamente



SASHA bajó ese día del lujoso auto negro de vidrios polarizados. Conservaba la costumbre de concurrir en vehículos de gente poderosa y, muchas veces, reconocida en los ámbitos de la noche. Su andar exuberante y sensual, contrastaba con su mirada de desprecio hacia Rufino. Puso distancia suficiente como para que él se remitiera a su específica tarea de destripador de peces, entregar los dos pescados y dejar tibias gracias finalizando el contacto. Pero aquella mañana, Rufino alcanzó a ver claramente adentro del auto un hombre maduro, de rostro severo que persiguió la silueta de Sasha hasta la compra rutinaria. Fue en ese momento que el teléfono celular de Sasha sonó mientras Rufino envolvía los dos pescados con celeridad.

—Sí, por supuesto, Matilde... Estoy en estos momentos con Valdivias... Está esperando que haga mi compra, y luego iremos a su

casa. Ya sabes, Matilde... Esta vida nos obliga a veces a ciertos sacrificios... —Sasha reía descaradamente mientras hablaba por teléfono, sin importarle que Rufino oyera la conversación.

Sasha retomó su compostura, y cruzó velozmente un sesgo de seriedad al darse cuenta que Rufino la miraba embelesado, con dos pescados prolijamente envueltos en su mano derecha extendida. Los tomó con indiferencia, pagó y regresó al auto negro, cuya puerta abierta dejaba entrever el adusto rostro del ya conocido por Rufino como Juez *Valdivias*. Si de algo estaba seguro —pensó—, es de recordar el rostro de ese personaje por el resto de su vida. Rufino sabría de él meses más tarde.



V ELLAS



*Las máscaras existieron siempre.
Los rostros gozan probando sus molduras.
Hay máscaras sin rostros...
No hay rostros sin máscaras.*

MIGUEL DEZOIS, joven abogado que durante su carrera Universitaria había presidido por dos períodos una agrupación estudiantil progresista, convencido de la reforma Universitaria, estudioso de delitos económicos y especialista

en este rubro muchas veces tedioso y rechazado, había logrado su ingreso a la Justicia por Mesa de Entradas y escaló cargos administrativos luego de recibirse con excelente promedio como abogado. Su paso largo por esos escalones burocráticos acabaron cuando ganó su actual cargo de Fiscal por concurso y mérito propio, algo muy raro en los ingresos judiciales, pues generalmente la mano política siempre estaba al acecho.

Admiraba al Juez Carlos Valdivias. Ingresó al juzgado por el fallecimiento de su anterior titular en accidente de avión. El Juez lo adoptó rápidamente al descubrir su calidad y capacidad para casos de corrupción. “Usted es un joven que promete”, había dicho el Juez Valdivias cuando le propuso trabajar en su juzgado. Miguel, durante esos años —quince años atrás—, poco conocía del manejo extra judicial. Pero Valdivias estaba convencido que ese muchacho de gran capacidad quedaría bajo su control si lo atraía a su sector. Gracias a una recomendación del Dr. del Franco, quien mantuvo excelentes relaciones con la cúpula judicial y sindical, no le costó demasiado trabajo lograr su pase. Miguel se esmeró en su tarea diaria y demostró en varias oportunidades la veracidad de las acusaciones avalando con fundamentos irrefutables la inculpación. Pero a la hora de los juicios, siempre coincidían con subrogancias imprevistas que el Juez Valdivias recomendaba para que Miguel se hiciera cargo.

Recién al cuarto juicio realmente importante, que trataba justamente de un monto millonario de dinero con figuras comprometidas del nivel empresarial, político y bancario, se dio cuenta de esta irregularidad. Él trabajaba, investigaba, aportaba pruebas contundentes. A la hora del juicio, no estaban, ¡nada estaba! Una vez era posible. Dos, tal vez. Cuatro, era raro, pero a la quinta vez fue el detonante para que Miguel Dezois exigiera hablar con Valdivias.

—¡No! —dijo el Juez—, mejor vamos a cenar el sábado. Páseme a buscar por mi casa. Conozco un lugar excelente donde comer pescado. ¿Le gusta el pescado, Miguel?

—Sí, por supuesto —dijo el joven, un poco desorientado—. Lo que pasa es que el tema que deseo tratar es sobre el funcionamiento de la justicia, y en concreto de este último caso donde fueron absueltos los nueve imputados, doctor.

—Pero vea, muchacho, justamente si es sobre el poder Judicial, ¡qué mejor que lo tratemos fuera de este ámbito! Las paredes escuchan, Miguel. Usted debe aprender varias cosas, lleva algunos años en esto, pero yo estoy casi por jubilarme y ya es hora que hablemos sobre su futuro.

La ingenuidad de Miguel era casi un castigo. Su buena fe y dedicación al trabajo lo absorbía. Su escaso tiempo libre lo ocupaba en deportes, lecturas, cursos de formación y las habituales salidas con la secretaria del juez, Matilde, una joven llamativamente

hermosa que había entrado, hacía unos tres o cuatro años, en reemplazo de una veterana mujer jubilada con importantes ingresos y un pasar más que holgado. Miguel aceptó la invitación. En realidad, tenía algo de razón el Juez, pensó; le posibilitaba expplayarse en una cena por varias horas sin ser interrumpido por conocidos. A veces, nada era más privado que lo público.

—De acuerdo, doctor —confirmó—. Lo busco el sábado a las diez de la noche por su casa. Ya usted me dirá donde vamos.

—Bien, Miguel, ¡así se habla! —dijo el Juez dando una palmada en su hombro. Esa noche tenía decidido llevar a Matilde a cenar y luego al cine. Faltaban tres días para el sábado, y como le gustaría por cierto conversar antes con ella, pasó por el escritorio de Matilde, se acercó a su oído y le dijo que la iría a buscar a las nueve, a la salida.



*Ella sabe de su belleza.
¡Oh la belleza!,
esa imagen que
cautiva solitarios vagabundos
mientras su corazón
teje sedas de esperanzas.*

—Vamos a cenar y luego al cine —propuso.

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

Besó los labios cálidos de Matilde y sin esperar repuesta, salió raudamente. Matilde asintió con una sonrisa cómplice y alegre. Todas las semanas salían los miércoles.

Matilde era una muchacha de veintinueve años, a punto de recibirse como abogada: le faltaba rendir su última materia en noviembre. Había conocido a Miguel en el juzgado, aunque ya lo había fichado en las escaleras de Tribunales cuando por circunstancias fortuitas cruzaban sus miradas sin hablarse. Había una predisposición para prolongar ese diálogo silencioso. Pelo castaño, ojos miel claro; cuerpo esbelto y una sonrisa cautivadora. Matilde se propuso en ese entonces, astutamente, encontrarse con Miguel de alguna forma casual, llevando unos expedientes equivocados a su Fiscalía. Esto dio pie al primer diálogo íntimo entre ellos.

—Lo lamento, doctor. Me equivoqué con estos expedientes, son del fuero Civil. Discúlpeme el haberlo interrumpido —repitió, con simulada compunción.

—No se preocupe —dijo Miguel—. ¿Puedo decirle algo? Yo la he visto en varias oportunidades y nunca en realidad me atreví a invitarla a tomar un café. No sé si corresponde que hoy lo haga, pero... ¿está usted disponible esta tarde, luego del horario de trabajo? La esperó en el café del frente, si lo desea.

Matilde aceptó, pero como única condición le advirtió que iría sólo luego de acabar su horario de oficina. Miguel se levantó cortésmente de su escritorio, saludó a la joven y ésta marchó con los

expedientes aprisionados contra su pecho. Estaba exultante. Había logrado su propósito. El Juez la había tomado como secretaria, con la promesa de llevarla después a su mega estudio con su socio Augusto Del Franco, una vez que se recibiera. Acababa de lograr la cita tan buscada con Miguel.



*¡Cuáles son los límites de las promesas!
 ¡Los límites que permiten aceptación!
 ¿Cuál de ellos navegan en la incertidumbre?
 ¿Cuál de ellos?*

Preparándose para la primera cita con Matilde, observó Miguel, sorprendido, que había acabado su trabajo casi a las siete de la tarde. Miró su reloj: calculó los cuarenta y cinco minutos de viaje a su departamento, el baño adecuado, cambio de ropa y luego buscar a Matilde. Decidió que estaba aún a tiempo. Tres horas para hacer todo. Se colocó el saco, organizó el escritorio y salió no sin antes cerrar la puerta con llave. Había tres cuerpos de expedientes muy importantes sobre estafas en la privatización de dos aerolíneas del Estado en los años noventa.

Matilde terminó también con su rutina, guardó los expedientes catalogados como de absoluta privacidad, cerró la caja fuerte, fue al baño y se arregló el pelo, cubrió sus labios de rouge, empolvó sus mejillas y sacó de su cartera el celular. Llamó a su amiga Sasha y le explicó que llegaría tarde porque tenía una cita.

—¿Con quién? —preguntó riéndose.

—Con Miguel —indicó nerviosa, riendo a su vez, y dio por terminada la comunicación.

Cerró su oficina y se encaminó al café concertado. Sería la segunda vez que concurría a ese bar luego de ocho meses, cuando había finalizado su último romance. Se sentía halagada y exultante. Junto a Sasha, habitaba en un departamento desde hacía tres años. Vivían holgadamente. Matilde tenía un buen sueldo. Sasha, buenas amistades. Ninguna de las dos interfería en la vida de la otra. Se respetaban y aceptaron esa convivencia por interés económico primero, y luego por una fuerte amistad que las unió en la convivencia.

Matilde llegó minutos después que Miguel. El bar restaurante era espacioso, exquisito, con aire acondicionado y las mesas prolijamente distribuidas con sus manteles blancos y cubiertos de plata. Encontró a Miguel en la segunda mesa de la derecha, casi pegado al ventanal de vidrio ciego. Se sentó al frente, y desplegó toda la sensualidad en sus movimientos. El escote pronunciado dejaba entrever el nacimiento de simétricos y rellenos senos, y en su

cuello desnudo sólo una cadenita de oro adornaba su piel. Ella intuyó que era observada minuciosamente... y deseada.

—¡Dijimos un café! —aseguró ella a tono de broma.

—Bueno, pero el calor obliga a que te invite a una cena, salvo que tengas algún otro compromiso —contestó Miguel, deseoso que ella negara obligaciones adquiridas.

—Está bien. Será una cena —consintió ella, sentándose para iniciar la ceremonia de la carta, los pedidos de bebidas, la cena, el postre y, finalmente, el café.

Contó parte de su vida, lo suficiente como para no desnudar su historia completa, también su convivencia con *Sasha*, el respeto mutuo; habló del Juez y su honorabilidad y su tarea rutinaria. Miguel, en cambio, ahondó en algunos temas ajenos a su persona, referido siempre a su obsesión con el trabajo penal, su tarea como investigador en delitos económicos, su decepción por las causas que terminaban en absoluciones ridículamente infantiles.



*Ojos cálidos capturando,
ojos de miel envolviendo
Dos pupilas exactas y simétricas,
sensual misterio bajo un velo
azul....*

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

*azul mar,
azul cielo.*



VI



LA ENTREVISTA



*El pasado cerrado es pasado.
El pasado con dudas, es siempre presente.*

—Permítame llamarlo por su nombre —dijo el juez Valdivias, mirando fijamente a Miguel que permanecía sentado exactamente al frente. La mesa de mantel blanco marfil y los cubiertos de plata confirmaban la categoría del lugar. Un importante restaurante al cual pareciera concurrir el funcionario judicial

habitualmente, observó Miguel, pues los empleados no sólo lo reconocían sino que le preguntaban menudeces que únicamente una asistencia regular permitiría.

Miguel no pertenecía a ese mundo. Es más, en su fuero íntimo lo detestaba. Sin embargo, la bonhomía del juez y su calidez para acercarse de esa manera tan libre de protocolos, lo convenció para distender su incomodidad y entablar una conversación lo más relajadamente posible.

—Por favor, doctor... ¡Cómo no!

El mesero vestido pulcramente de negro, con su mano derecha bajo un repasador naranja bordado seguramente a mano, dio la bienvenida, entregó la carta y dijo, dirigiéndose al Juez:

—¿Lo de siempre, su señoría? —el Juez asintió. El mesero se retiró lentamente. Miguel no intervino. Observando la mesa llamó su atención que hubieran tres cubiertos servidos, ordenados pulcramente. Tres platos, tres copas. El Juez se percató de la mirada inquisidora del invitado y adelantó:

—Tendremos un comensal más, Miguel. Es una sorpresa. Espero que no le moleste.

—No, en absoluto, doctor, pero me gustaría saber quién es.

—Ya lo sabrá a su debido tiempo, Miguel. En la vida hay que saber esperar, querido colega. Una sola cosita... ¿Qué edad tiene

usted, Miguel? —preguntó distraídamente el Juez acomodando su servilleta.

—Cuarenta y dos, doctor.

—Le voy a ser franco, Miguel —mirándolo fijamente—. ¿Usted quiere hacer su carrera judicial en forma exitosa? ¿O prefiere complicaciones?

—No comprendo, doc  ¿é sería exitosa y qué sería una complicación? —respondió Miguel, vivamente, para sorpresa de Valdivias.

El juez apoyó su espalda en la silla y lo miró como si escudriñara un extraño animal, mientras aguardaban que el mesero sirviera las copas de champaña. Miguel desconocía si su repuesta había sido adecuada o importuna. Pero ya estaba... El juez levantó la copa invitándolo a brindar.

—¡Por nosotros, Miguel! ¡Por esta maravillosa familia judicial! —adelantó su copa y fue al encuentro de Miguel que también se unió al brindis—. Estuve pensando mucho tiempo que este encuentro debería haberse realizado hace un año —prosiguió el Juez, con tono reflexivo—. Lo he estado observando desde hace tiempo, Miguel. No crea que por curioso. Simplemente porque lo considero un hombre ilustrado y meritorio. Su trabajo es excelente. Prolijo, fundamentado y valioso... Pero hay pequeños detalles que debemos hablar y quiero ponerle sobre aviso... Estimado colega, escúcheme atentamente, porque es importante lo que voy a decirle —

Miguel ignoraba a ciencia cierta dónde quería llegar el Juez, pero una sensación extraña comenzó a invadirlo ante lo que serían esos detalles que el juez aseguraba que eran necesarios conocer. Vino a su cabeza los hechos de su frustración: en todos esos años, las causas por él investigadas minuciosamente habían sido llevadas a la hora del juicio por otro fiscal ajeno totalmente al equipo de trabajo.

—¿Se refiere a que nunca he podido llevar mis casos en los últimos juicios?

—Exactamente —reafirmó el Juez—. Usted lo ha dicho.

—Y usted, creo sospechar, conoce la razón y me la piensa decir hoy, ¿no, doctor?

—Mire, Miguel, yo estoy a punto de jubilarme, los años que he pasado han sido difíciles y hasta peligrosos. Cuando comprendí que la justicia debía quitarse la venda de los ojos, me di cuenta que allí estaba la solución. La vida es corta; las necesidades, grandes. La realidad en que vivimos no la hacemos nosotros: existe. Y a ella nos debemos. La Política rige nuestros destinos y los destinos de millones de ciudadanos. El poder económico es parte del mundo, no podemos enfrentarlo con estupideces y melindres, amigo mío. Política.... Economía... Familia Judicial... Poder... ¡Todas, una sola cosa! Es como su corazón o su hígado, Miguel; son parte de usted, y el funcionamiento de cada uno de ellos depende del buen funcionamiento del otro. ¿Usted se haría daño, Miguel? ¿Sería capaz

de inflingirse su propia destrucción? No lo creo. Es usted inteligente... y fundamentalmente joven y con futuro, que no es poca cosa —se detuvo por un instante el Juez en su diatriba. El mesero trajo el primer plato. Camarones y langostinos. Algo que a Miguel le encantaba y que se prohibía consumir por su alto costo. Durante el tiempo en que eran servidos, el Juez tomó un respiro y también hizo llenar las copas. Miguel notó un pequeño tic en el párpado derecho del Juez. Era un detalle novedoso. Supuso que el tema del cual estaban hablando lo incomodaba y provocaba ese tic que debía ser congénito, habitual, y que, en situaciones comprometidas como ésta, reaparecía.

—Observe una cosa, Miguel. Este lugar... ¿Cree usted que es para todos? ¿Cómo se siente usted al ser atendido? Mire alrededor; en esa mesa está el Ministro de Economía cenando con extranjeros. Mire allí —e indicó con la cabeza—, en esa otra el Jefe de Policía con un grupo de elegantes americanos de la DEA. En aquel rincón la mesa política tradicional hermanada por el alcohol, la comida y la avaricia. Pelean en la prensa y la televisión, pero en realidad acá desarrollan estrategias comunes. En aquella mesa de la entrada, Miguel, podrá distinguir la familia judicial plena... Usted a ellos sí los conoce. ¿Cree por ventura que esto es una casualidad? La información aquí corre a raudales, querido Miguel. Mire, le cuento ya que estamos en confianza. En media hora habrá una reunión muy importante en un apartado exclusivo. ¿Sabe quién vendrá? ¡Ni se

imagina Miguel, ni se imagina! Lo que quiero decirle es que hay lugares en donde se arregla todo. La política es un arte, que nosotros construimos desde la oscuridad. Somos sus actores principales y también sus guionistas. Nada de lo que pasa es casualidad y no crea que peco de soberbio, Miguel. Esto es así desde hace lustros, sólo que ahora no nos escondemos... Convivimos los distintos sectores de poder, nos respetamos, y hay para todos, amigo mío, si mantenemos ciertos códigos. Hacer y dejar hacer. Llevó muchos años armar esta estructura. Hoy estamos en el mismo barco los tres poderes del Estado, y al frente, los empresarios y la bendita iglesia que siempre interviene. Las consultoras, loobistas históricos y modernos, y los estudios jurídicos especializados en defensa de amigos acusados de corrupción. ¡Qué palabra estúpida, Miguel! Hoy podemos compartir estos espacios, podemos hablarnos libremente e incluso atraer gente como usted. Pero ya le explicaré con detalle estas cosas, y es allí en donde usted entra, querido amigo.

El Juez hablaba con una seguridad pasmosa ante Miguel, despreocupado de que sus palabras fueran oídas en las mesas vecinas. El volumen de su voz mantenía el mismo nivel, indiferente a la gente alrededor. Mantenía sus reflexiones con la misma convicción del inicio. Miguel, apenas saboreando los mariscos, oía la palabra de su señoría atentamente, pero a su vez expectante por el

giro que tomaba la conversación. El Juez entró en forma directa a un terreno escabroso, sabiendo que él tuvo, desde su ingreso al poder judicial, una actitud muy clara con respecto a los delitos de administración pública.

Desde su silla, ubicada a unos cuarenta metros de la elegante puerta de entrada, Miguel dominaba todo el escenario. Entonces pudo ver cómo un hombre de mediana edad, obeso, calvo, con anteojos, ingresó acompañado de unos seis hombres más jóvenes, con trajes oscuros. Se dirigieron a su mesa, el hombre obeso saludó efusivamente a su señoría y continuó con su comitiva al fondo del salón.

—¿Lo ubica, Miguel? —preguntó despreocupadamente el Juez al ver la cara de sorpresa de su invitado

—¡Creo que no!

—Me sorprende usted, Miguel. ¡Es el presidente del multimedios más importante del país! Los jóvenes son sus periodistas. ¡Prensa escrita, televisiva y radial! Todos recibirán hoy seguramente los alineamientos para los próximos siete días. Los medios son algo muy importante en este escenario, Miguel. Sin ellos, no somos nada —Miguel estaba realmente sorprendido por este cúmulo de personajes y confesiones que el Juez Valdivias le estaba entregando esa noche—. ¿Cuántos dedos tienen sus manos, Miguel?

—¡Diez, doctor! —contestó, incómodo por su propia respuesta, como un niño inocente cayendo en una trampa de adultos.

—Bueno, pues me alcanzan los dedos de su mano para nombrarle periodistas independientes del poder económico. Sobran dedos, Miguel —las manos de Miguel estaban sudorosas—. Ellos construyen ídolos o los destruyen; sus empresas dominan al resto y marcan la agenda que queremos establecer en la sociedad. Nosotros decidimos qué debe consumir la gente a nivel de información. Lo fundamental es quién será el interlocutor para transmitir nuestras ideas. La libertad de prensa es una historia muy vieja y bastante manida. Todo es declamación. Protestan cuando los medios son regulados o cuando hay llamados de atención... ¡Todo es farsa! Una gran cortina que tapa negocios... Hoy tenemos libertad de empresa y los directivos bajan línea a sus empleados. Posiblemente cuando termine de explayarse, mi amigo se siente con nosotros luego de despachar a sus empleados —Miguel comenzaba a sentirse realmente nervioso—. Se lo presentaré. Usted tiene futuro a mi lado y todo depende de su actitud. Yo puedo abrir caminos o cerrarlos....Usted transitarlos o no.... El éxito depende de su comprensión y fundamentalmente del compromiso que adquiera con la causa — Miguel casi se atragantó. Tosió suavemente, tomó vino blanco que permanecía en su copa y tratando de dominar sus nervios, comenzó a hablar suavemente, casi en secreto, temeroso aún por la vecindad de las otras mesas. Trató de encontrar las palabras más adecuadas para no enfrentar el ofrecimiento de “ingreso” a la corporación que el juez

intentaba. Se sintió invadido, vulnerado y defraudado. El hombre que ahora se explayaba de esa forma, había sido para él un icono, un ejemplo a seguir.

—¡Nada es lo que parece! — sentenció Valdivias.

—Verá usted, doctor —su voz era insegura y comenzaba a titubear—, yo debo agradecerle su confianza y esta invitación... Le agradezco esta cena increíble, en un lugar desconocido para mí e inaccesible lógicamente, como bien me indicó. Usted conoce mi trabajo y compromiso para con la justicia. Sabe usted de mi formación y especialización en delitos económicos. Ha leído mis trabajos de investigación en cada causa que usted me puso como responsabilidad y prueba. Di todos los fundamentos y pruebas para que se condenaran a los imputados, pero resulta que nadie es culpable en este mundo de los negocios, su señoría. Nadie ha sido condenado en los últimos quince años...

—¡Pero usted es o se hace, Miguel! Vamos a ver, ¿usted cree que puede condenar al mundo entero? ¿No sabe que el tejido social entero —y fíjese en lo que le digo— está corrupto? ¿Sabe usted que, por ejemplo, aquel grupo sentado en la mesa política es el más barato de todos? La corrupción es inherente al hombre desde el inicio de los tiempos. Vea usted, Miguel: si yo tuviese que decirle cómo se distribuye la coima en nuestra sociedad “perfecta”, y le aseguro que le puedo dar incluso porcentajes, usted perdería el escaso conocimiento e inocencia que seguramente le restan —Miguel,

alzando los hombros, le dio a insinuar que no quería saber nada más, pero el Juez Valdivias prosiguió implacable—. ¡Quiera o no, inocente Miguel, se lo voy a contar! Supongamos que vamos a repartir un millón de dólares. ¿Cómo cree usted que se reparte un millón de dólares, Miguel? —el juez rió, despectivamente—. ¡No tiene ni idea!... Mire usted: de un doce a un quince por ciento va para los políticos en función. Un veinticinco por ciento, para la justicia y poder legislativo; el sesenta por ciento restante debe distribuirse entre medios de comunicación, funcionarios intermedios, administración, gremios, loobistas y sistema de seguridad —volvió a dar otra gran risotada ante el ya espanto de Miguel—. ¡Se da cuenta, amigo mío! Usted investiga a quienes reciben el doce por ciento de la coima en este mundo corrupto... ¡y quiere encarcelarlos! Es usted un inocente... Yo soy más justo: quiero salvarlos, porque en realidad son los que menos reciben, los que más expuestos están a la carnicería social y los que menor tiempo tienen para morder la torta. Con su criterio y su ley, deberíamos poner en la cárcel a toda la sociedad.

—Si usted lo dice, será...

—¿No lo cree usted posible? —contestó, retador.

El Juez por primera vez alzó su voz. Estaba ofuscado ante la rectitud e indeferencia de Miguel, su rostro comenzaba a adquirir la tonalidad rojiza y violeta de la más honda ira. El Juez mostraba un

mundo distinto, un mundo al cual Miguel combatía desde una pequeña trinchera absurda y ridícula, intrascendente si se comparaba con la gigantesca estructura del poder y corruptelas que su señoría detallaba.



NO OBSTANTE, y para sorpresa del propio Miguel, algo dentro de sí, algo inesperado y turbio le convocó a seguir en aquella mesa y no levantarse. El mozo trajo el postre... La botella de champaña vacía en dos oportunidades... La conversación se fue relajando. El ambiente en general acompañó ese estado de abandono... Entre copas, comprobó que la mesa de los políticos era la más divertida en el transcurso de la velada: podía oír sus risotadas nítidamente, ajenas al mínimo recato. Interesantes y bellas muchachas acompañaban a los empresarios, funcionarios, políticos, jueces y concurrentes. Un extraño olor a degeneración apetecible inundaba el ambiente del local y Miguel se dejaba ondular entre sus miasmas. Dos de aquellas chicas se sentaron en la mesa de Miguel y el Juez, sin mayores preámbulos, y por debajo del mantel los pies de una de ellas acariciaban su sexo. El Juez sonreía y estimulaba a Miguel a brindar.

Finalmente, con el café, se acercó a la mesa un hombre delgado, piel cetrina, frente amplia, ojos hundidos, casi perdidos entre sus órbitas marcadas y pómulos salientes. El Juez lo presentó.

—Miguel, mi estimado amigo, tengo el sumo gusto de presentarle al jefe de investigaciones de las fuerzas de seguridad, Jorge Ignacio Trabón. Es el comensal invitado, que no pudo concurrir antes por estar en *un operativo especial* —remarcó sibilinaamente estas palabras finales.

Una mirada insensible, gélida del hombre delgado, perforó la retina de Miguel, que medio mareado, extendió su mano por sobre la mesa cruzando el saludo.

—¡Mucho gusto! —fue el único comentario de Miguel, ya entretenido con la muchacha pegada a su cuerpo. El clima del salón era festivo. Las mesas comenzaron a cruzar saludos y brindis. Mientras las muchachas danzaban en la pista improvisada provocativamente, el Juez explicó al nuevo invitado, que no dejaba de observar inquisitorial a Miguel, el estado de las conversaciones.

—¡Va a entrar, Jorge... va a entrar! —repetía el Juez señalando a Miguel, capturado por la bella muchacha. Trabón permanecía incólume, su mirada centrada en Miguel. Lo estudiaba concienzudamente y en silencio. Se notaba que era un hombre acostumbrado al lugar y a esas extrañas presentaciones.

—Usted no me conoce, señor fiscal, pero yo sí. Tuvimos varios casos en común: el de la Aduana fue el último. Yo estuve investigando muy de cerca el tema y elevé a usted informes detallados. Después me dediqué a profundizar la causa de las

muertes desgraciadas de mis colegas: Jorge Luís Piazza, el ex comisario que también investigaba este caso de corrupción emblemático. Como el caso del subcomisario Gutiérrez, que incursionaba en la búsqueda de responsables en el depósito aduanero de Avellaneda. Como puede ver, nuestra gente que se compromete en la investigación termina así... ¿Cree usted por ventura que iban a permitir que alguien completara las investigaciones cuando se comprometían no sólo funcionarios y empresarios sino también mucho dinero, bancos y financieras, y los grandes carteles del narcotráfico? ¡Qué crédulo es usted! —le espetó—. ¿Recuerda el caso de contrabando de armas a Ecuador y Croacia? Cien millones de dólares pagados: en la mitad de camino desaparecieron sesenta millones e hicieron explotar una ciudad. El camino de las financieras es conocido. Empresas *off shore* en Uruguay, lavadoras de dinero y peaje a los paraísos fiscales. ¿Recuerda las empresas *Daforel S.A.*, *Hayton Trade S.A.* y *Elthan Trading*? Siguen allí, cambiaron de nombre y director... Algunas tienen presidentes que son analfabetos y figuran como los cerebros de las empresas que triangulaban hasta Nueva York, como el *Banco MTB* y la empresa norteamericana *Handy-Harmen*. Y nosotros, al medio... Pero... ¡cuidado, amigo! No sea ingenuo: los políticos hacen sus negocios y son los más económicos en el reparto. La corrupción les cubre los ojos, como ya le habrá comentado nuestro amigo Valdivias. Los responsables importantes están en otros sectores: empresas, bancos, loobistas,

administración, medios de comunicación; Justicia, Poder Legislativo..., todos. ¡Es mucha carga pesada! Pesada y en extremo peligrosa. ¡A quienes investigan, los matan! Y a los hechos me remito. Y sin embargo, Miguel —aquella piel cetrina y dura sonrió por primera vez, maliciosamente—, la condena social es para la cabeza de la corrupción, y nada para el resto, que en realidad es todo el cuerpo de la podredumbre. ¿Y qué va a pasar con ello? ¿Esa es su pregunta, amigo mío? ¡Nada, señor Fiscal, nada! Ahora bien, y vayamos al grano de una maldita vez. Usted se preguntará, ¿a qué viene todo esto? Allí vamos, señor fiscal —aseguró mirando al Juez, con complicidad—, nuestra propuesta es sencilla, muy señor mío: intégrese de inmediato al rubro “Otros”. O sea: “Nosotros”. Usted de inmediato recibirá mensualmente siete o diez veces su salario, será ascendido, reconocido y vivirá el resto de su vida en forma holgada. No le quepa la menor duda, señor Fiscal, que éste es el camino.

Miguel, que había dejado a la muchacha libre para escuchar el personaje, comenzó a transpirar. Su mentón temblaba levemente, queriendo decir alguna palabra atinada frente a la propuesta. Pero no pudo abrir ni la boca: el Juez Valdivias intervino en forma directa, como si se tratara de un libreto minuciosamente preparado.

—¡Mi amigo!... —se acercó el juez con voz pausada y cálida, a la vez que apoyaba su mano derecha en el hombro de Miguel, que se estremeció—. Yo lo considero un gran profesional,

un hombre serio, dedicado a su trabajo, formado en los centros más importantes del mundo, pero sin futuro en caso de que usted no se incorpore a nuestro grupo. Le hablo sinceramente. Lo comentado no es una amenaza, amigo mío: es sólo un análisis que hacemos para que usted pase el resto de su vida prósperamente y feliz. Somos sus amigos, y lo seremos más cuando usted integre nuestro grupo. Conocerá gente muy importante del mundo empresarial y judicial. Podrá salir en medios de comunicación en donde su figura será resaltada. Mucha gente importante, Miguel. Se sorprenderá de algunos de ellos. Somos más de lo que usted cree, y todos los días vamos incorporando nueva gente de distintos niveles. Volvió a cambiar el eje del diálogo. Usted lucha para condenar a políticos corruptos. ¿Correcto? ¡Pero injusto! Porque usted investiga la cabeza, pero nada hace por aquellos que le decíamos constituyen el cuerpo de la corrupción. No es una persona sola; son cientos que usted deja impunes y se ríen de usted. Es más, continúan acrecentando fortunas en silencio. Los políticos son nuestros empleados transitorios: nuestros muñecos, nuestros payasos. Nosotros construimos líderes políticos o gremiales en veinticuatro horas porque podemos, porque tenemos por ejemplo los medios de comunicación a nuestra disposición. Son parte de esta estructura que armamos con delicadeza. Podemos meter preso o pedir órdenes de captura a quien se nos antoje. Manejamos las fuerzas de seguridad. Espiamos la política. ¡Pero ojo!, también los podemos destruir en el

mismo o menor plazo. Tenemos la forma rápida de hundir a quien sea mediante infamias en radios, televisión y diarios. Sólo esperan nuestra señal para actuar.

Valdivias continuaba con su monólogo agotador, mientras Miguel, cada vez más paralizado, sin una reacción adecuada hasta el momento, comenzó a sentirse realmente mal. Comenzó a invadirlo una sensación de náusea extraña —tal vez la maldita bebida, pensó.

Mientras Valdivias retomaba su perorata, que más bien era una letanía narcotizante, el tercer invitado dirigió su mirada hacia la puerta de entrada. Una imponente mujer se acercó a la mesa con andar felino. Sus curvas se marcaban en la estrechez del vestido negro ajustado al cuerpo como si fuese su segunda piel. Al llegar a la mesa, sorprendió a todos prodigando un beso a Valdivias en la cabeza. Valdivias se giró sorprendido, y golpeó de manera involuntaria la boca de Sasha. De inmediato, pidió mil y una excusas, y buscó en los labios de Sasha alguna marca del golpe involuntario. Le ofreció su asiento y la dama aceptó con displicencia. Mientras tanto, el imperturbable hombre de seguridad, la saludó fríamente.

Entonces Miguel conoció a Sasha. Extremadamente seductora, la muchacha conquistó la atención del letrado. Sasha le hablaba a Valdivias con desparpajo, y le recriminó que su tarjeta de crédito dorada estaba bloqueada. De inmediato, el juez tomó su

teléfono celular y se comunicó con alguien de un banco, por lo que se pudo oír Miguel, al cual habló con dureza y desprecio.

—¡Llame al presidente ahora mismo, estúpido, y comente el problema y mi disgusto! ¡Que lo solucione en forma inmediata, no me importa la hora! —dio número de tarjeta, nombre de la joven, y la característica de la tarjeta bien remarcada: dorada. Hecho esto se dirigió a Jorge, a quien pidió que acompañase a la joven a su domicilio, mientras se acercaba al oído de Miguel para susurrarle:

—Mírela bien, Miguel. ¿Le gusta esta muchacha? Como ella hay decenas, y tal vez mejores, y si quiere esta misma noche le ordeno a Sasha que se vaya con usted a su casa y lo atienda como corresponde. Es mi puta. No tiene pruritos ni vergüenzas. Es una buena perra —reía con el desparpajo que ofrece el alcohol y continuó la conversación con Miguel mientras el hombre de hielo se levantaba, llevándose a la muchacha del brazo. Sasha no quería abandonar la mesa, pero ante las palabras de Valdivias ordenando sacarla de allí, una mueca de temor y obediencia se dibujó en su rostro. Fue la única y última vez que Miguel vería a Sasha.

Dirigiéndose a Miguel y a modo de retomar la conversación, Valdivias comentó lo fáciles que son las mujeres cuando se encuentran sin dinero y lo buscan donde sea.

—Ya lo ve, Miguel. Esta joven sólo entiende el lenguaje del dinero y la fuerza. Seguramente hubo un error del banco, pero ya está arreglado. Ella me esperará como de costumbre en el departamento

que le renté hace un par de meses. Esto, Miguel, es parte de la nueva vida. Tranquilidad, dinero, mujeres... ¿Y todo a cambio de qué, Miguel?... Lo único que se pedimos es que en causas penales por delitos económicos, usted me tenga informado y que previamente convengamos la orientación de lo investigado, evitando involucrar nuestra gente. No le pido nada fuera de lugar, sólo que a determinadas personas las excluya. Con el resto, usted haga lo que su conciencia le indique. —Valdivia lo observaba atentamente, estudiando sus reacciones—. Mire el caso reciente de Bernard Madoff. ¡Un genio! Un hombre de mente brillante. El diseñador del índice Nasdaq y ex gurú de Wall Street. Se mandó una estafa de cincuenta mil millones de dólares. ¡No es un millón de dólares como ocurre en nuestro modesto país, amigo mío! ¡Son cincuenta mil millones! ¿Comprende, Miguel? Lo detuvieron y en menos de veinticuatro horas quedó libre por pago de una ridícula fianza. ¿Y qué cree que va a pasar en el país de la “perfección”? ¡Nada! Otra condena ejemplar que se olvidará para luego, solapadamente, convertirse en trabajos comunitarios... y luego adiós. Eso es lo que queremos. Su colaboración para facilitar estas cosas y el contacto pleno con el estudio jurídico que le voy a indicar. Ellos son los especialistas en repartir con dignidad y decoro la coima exacta, presentar recursos y amparos en el lugar y momento adecuado, y sacar de la cárcel a estos hombres de negocios.

Miguel continuaba en silencio, inmerso en una sensación extraña de náusea que le invadía. En el centro de su pecho, un ardor creciente, cuando sintió que su brazo izquierdo se adormecía. Se sentía cada vez peor. Los contornos de las personas y el propio local parecían difuminarse en el dolor punzante.

Finalmente Miguel perdió el conocimiento, golpeando su cabeza contra la mesa. Fue lo último que recordó de aquella noche. Despertaría horas después en terapia intensiva, con un diagnóstico de angina de pecho. “Casi un infarto”, aseguró el médico que lo internó. Como si los infartos se dividieran en infartos buenos o malos.





VII



MATILDE



*¡Ah! La pureza de tu piel, halagada por sombras de acacias,
correteando figuras sin límites, combinadas con perfumes de azuleas.
¡Quién pudiera! ¡Quién, rescatarlas en un lienzo!*

A LAS NUEVE, Miguel fue a buscar a Matilde. No le habló de la entrevista. No era el momento, pero durante la sobremesa le confesó que a veces sentía que estaba haciendo el más completo de los ridículos.

—Investigo, apporto pruebas, defino responsables y luego... ¡Todo a la basura! “Inocente”... Esos son los fallos finales —Miguel tomó el último sorbo de café. A Matilde le preocuparon esas palabras. A pesar del poco tiempo que llevaban saliendo, sentía como si ya hubiese conocido a Miguel desde hace mucho tiempo atrás. Incluso los gestos y la voz le resultaban familiares. Desde el primer

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

instante había catalogado a Miguel: respetuoso, trabajador, serio, frustrado por resultados recientes en su trabajo, pero lleno de confianza y seguridad, algo que las mujeres siempre detectan prematuramente. Ninguna voz de alerta, ningún indicio como para evitar la invitación. ¿Ir a tomar algo a su casa? Y había aceptado, cómo no aceptar. Cuando las agujas del reloj anunciaban las dos de la mañana, se ofrecía a los ojos de los comensales un programa de buenas perspectivas. Matilde entonces llamó a Sasha. Nadie contestó, así que dejó un mensaje.

—Soy yo, Matilde; me voy a la casa de Miguel. No te preocupes si no llego temprano. Nos vemos mañana. Un beso — colgó.

El departamento de Miguel era amplio y bastante ordenado a pesar de ser un hombre soltero. Bibliotecas; un buen equipo de música, luces de dos lámparas en las esquinas, dos sillones de cuero y una mesa de cuatro sillas. Muchos papeles y expedientes sobre ella. Miguel sirvió dos copas de buen vino. Mientras el jazz de Duke Jordan y Hank Jones inundaban el espacio, Matilde se dejó llevar lentamente en ese marco de seducción.

Matilde era una obra de arte, una efigie perfecta sentada en la orilla de la cama, sacudiendo su cabellera con sus manos, dejando toda la desnudez intacta a cualquier cambio. La piel lustrosa por el sudor reciente le concedía un brillo extraño a su cuerpo firme, fresco, libre de vello. Los senos como dos lunas con botones desafiantes. La

cintura poco pronunciada permitía observar el nacimiento de muslos esplendentes que semejaban dos gárgolas buscando gramilla. Suave, tersa y cálida, desnuda sobre la cama se ofreció con toda su esplendor.

Miguel no salía de su asombro ante la exhibición de encantos. Lentamente besó labios y cuello. Acarició los senos firmes y los pezones erectos. Buscó con su mano la cadera generosa, lentamente atrapó las nalgas sintiendo un estremecimiento placentero. Pudo girar su mano hacia la vulva de ella y advertir que la humedad del deseo era realidad. La piel húmeda y salada de Miguel se deslizó suavemente sobre ella, que atinó abrir sus piernas ofreciendo mariposas aleteantes, y así fue poseída una y otra vez. La madrugada cayó sobre dos cuerpos vencidos de placer, desparramados entre sábanas tibias, en el verano incipiente.



¡Ah!

*¡Si pudiese perpetuarte,
dejando que el tiempo paralice tu belleza desnuda,
permitiendo a mis ojos inmortalizar tu cuerpo!*

Y después...

Y después... llevarte conmigo...

Una luz mortecina se filtraba por la ventana abierta. Amanecía. Mecida por sus propios sueños, Matilde dormía completamente desnuda, húmeda, satisfecha de haber sido poseída, y conservando en su cuerpo un latir trémulo como un perenne despertar de los sentidos.

Recién se movieron al mediodía, un despertar de ensueño digno de un cuento de las *Mil y Una Noches*. Estiró sus brazos y comprobó que los brazos de Miguel aún la sujetaban. Sonrió.

Matilde sigilosamente se fue deslizándose hasta abandonar el lecho y acudió al baño; se miró y sonrió, satisfecha. Abrió la ducha y dejó que el agua tibia acariciara su cuerpo, cuidando de no borrar las huellas de la noche de placer.

Miguel, al despertar, buscó a Matilde. El lecho estaba vacío y la ducha funcionando. El ruido del agua al caer parecía una sinfonía, un nuevo motivo para acercarse a un juego de agua, espuma de jabón y burbujas de shampoo, invitando a que la mañana se convirtiera en un nuevo despertar del deseo. Matilde y Miguel se reencontraron como si fuesen orilla y ola, acariciar de playas con delicadeza, ahogando la primera dulce queja del coito.

Desayunaron. Matilde llamó nuevamente a Sasha, pero tampoco esta vez contestó a su llamado. Dejó nuevamente un mensaje y dio el número de Miguel. Miró el reloj y comentó que le parecía extraño.

—Tal vez se durmió —dijo Miguel.

—Nunca duerme más de las dos de la tarde —replicó ella. Salieron a caminar por la costanera. Una brisa suave acariciaba los rostros. El oleaje espontáneo quebraba la monotonía del agua. Líneas curvas de espumas blancas. El muelle, sujeto al vacío de la pequeña ola que chocaba contra el muro. En el horizonte, dos o tres barcos trazaban la perspectiva. Así estuvieron dos horas caminando, hablando hasta que Matilde llamó nuevamente al celular de Sasha.

Nadie contestó.

—¿Me llevarías a casa, Miguel? Estoy preocupada. Esto no ha sucedido nunca.



*El silencio es una misteriosa daga
que inquieta el alma.*

Miguel asintió. Buscaron su coche y fueron directamente hasta el domicilio de Matilde sobre avenida Santa Fe. Un enorme edificio de veinte plantas. En el undécimo piso, el ascensor se detuvo. Matilde abrió la puerta de casa. La ventana estaba abierta, observó. La mesa del comedor con la cartera de Sasha. Una silla en el suelo cerca del pasillo que llevaba a las habitaciones. Avanzaron. El dormitorio de Matilde se mantenía impecable, tal y como lo dejó al salir por última vez... Pero la puerta de Sasha estaba cerrada.

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

Golpeó varias veces. Nadie contestó. ¿Estaría cerrada con llave? Probó la manija de la cerradura, y cedió suavemente. Miguel, temiendo lo peor, le rogó que ella no entrara.

—Déjame a mí, y ve al living.

La muerte mostró su cara más detestable. Sangre en la cama, sangre en la pared, sangre en el suelo. Sasha desnuda en la cama cortada en varios pedazos, prolijamente seccionada por partes anatómicas, y con el estómago abierto por una herida torpe e inmensa, de donde escapaban metros de intestino. Su cabeza decapitada permanecía sobre la almohada teñida de púrpura. El rostro desencajado denunciaba que aún después de muerta, el dolor persistió

Miguel, lívido, cerró la puerta. Le dijo a Matilde que su compañera había sido asesinada. Mientras sostenía su llanto, ante las preguntas y los gritos de Matilde, evitó dar cualquier detalle de aquel horror de muerte. Matilde se desplomó entre sus brazos. La recostó en un sillón cercano. Derruido, llamó a la policía.



Luego de interminables diligencias de los equipos forenses e interrogatorios a él y Matilde, lograron abandonar la comisaría cuatro

horas más tarde. Esta vez fueron al departamento de Miguel. Allí, Matilde descargó sus angustias hasta caer rendida.

A la mañana siguiente, el titular del diario más importante daba la noticia:

...encontraron muerta a una prostituta.

Se presume un crimen pasional. No hay datos de robo. El cuerpo fue hallado sin señales de violencia física. La policía investiga tres pistas: una de ellas, relacionada con un affaire en una pescadería, cuyo empleado habría mantenido relación con la joven...

Ambos se miraron con asombro. Nada de lo que vio Miguel estaba allí, en aquel artículo. ¡Hijos de puta! Compraron otro diario sensacionalista: información calcada. Dos canales de televisión de noticias chimenteras daban igual orientación al crimen. ¡Mentiras! Miguel evitó describir los detalles concretos, pero sus palabras ante Matilde eran desesperadas. ¡Dios mío, Matilde, todo es mentira!



VIII LA ORGANIZACIÓN



*¡Es a mí a quien han herido!
Es a mí...que volé tan alto
que por alas cansadas
me hirió una bala de plata.*

LA REUNIÓN se desarrollaba con normalidad. Al igual que todos los concurrentes, embozados bajo una capucha numerada color naranja, con dos orificios simétricos que adivinaban ojos, el informante escuchaba en silencio.

El informante tenía el número 1. Sentado ante el grupo de ocho encapuchados, leía los artículos de los diarios sobre los asesinatos recientes. De vez en cuando, acotaba alguna reflexión o

crítica, pero ante el giro que el periodista sugería en la investigación, enfatizó:

—Es indudable que el manejo de la información ha diluido el objetivo que teníamos. Los casos de ejecución eran claros y terminantes, y sin embargo los ocultaron entre mentiras. Pero en el caso de nuestra compañera —a quien recordamos como una valiosa colaboradora que entregó mucha y valiosa información—, está claro que sus ejecutores pertenecen a la mafia de las piedras preciosas. La ejecutaron y la mutilaron cobardemente. No nos desanimemos, son las reglas del juego. No sólo ellos tienen bajas; nosotros también podemos tenerlas. Buscaremos los culpables, actuaremos en consecuencia. Tampoco podemos matar a todos. Nos comprometimos a ejecutar a los referentes más importantes en cada causa de absolución en delitos económicos que decidiésemos. Analicemos y demos sentencia, compañeros. Somos parte de este mundo globalizado y competitivo. Lo que hizo la prensa con nuestras ejecuciones ha sido diluir la información real en distintos lugares del diario y noticieros. Siguen el ritmo que se impone para todos los medios. En algún momento tendremos que tomar alguna medida sobre este tema tan importante. Los medios actuales deforman la opinión pública. Es un peligro. Están manejados y dominados por intereses serviles... —Encendió un cigarrillo y continuó—: Está

visto que a nosotros nos ignoran, y a esto súmenle la necesidad de financiamiento. Medios independientes los hay, pero son pocos y con vida corta. Cualquier periodista que ose levantarse contra la opinión de sus patrones es inmediatamente cesanteado. ¡Pero no podemos transformarnos en justicieros de todo y de todos! Comprometimos nuestro accionar en la corrupción económica y a ello nos enfocaremos.

Sus reflexiones dejaron en los concurrentes una inquietud que sería debidamente analizada: los Medios de Comunicación, tan globalizados bajo un sistema perverso y manipulador, hacían de la información su propio negocio. El tratamiento dado a aquellas ejecuciones demostraba hasta qué punto pueden deformar la verdad y con qué descaro: no hallaban una sola mención al vil descuartizamiento.

—Les aseguro que esto no quedará así. Pero, bueno, tenemos en carpeta —entregada a cada uno, que ustedes revisarán y evaluarán—, tres casos más de corrupción con “absueltos”. Allí encontrarán los nombres de los imputados, los nombres de jueces y fiscales intervinientes, los nombres de policías que detuvieron y liberaron a los sospechosos, y nombres de políticos implicados, junto a los nombres y direcciones de los estudios de abogados intervinientes y cómplices. Tienen veinte días para los dictámenes, como siempre, y según el resultado de nuestra deliberación, un mes

para cumplir sentencia, cuando yo designe qué número será el responsable de ejecutarla.

Una voz de mujer interrumpió al orador; joven, cálida y reflexiva, preguntó por la compañera asesinada.

—¿Investigaremos su muerte? Era nuestra compañera, e incluso expuso su vida para que nosotros lográramos actuar. Sasha fue una participante muy valiosa de nuestro grupo.

Quien hablaba era la número 7. Por primera vez alguien rompía el código sagrado de aquellas reuniones: revelar el nombre de un integrante y hablar sin el micrófono que deformaba la voz. El número 1, indignado le recordó que nadie podía quitarse la capucha ni hablar sin el micrófono, así como tampoco desvelar el nombre de algún integrante.

—Esto no lo voy a permitir nunca más —aseguró con voz seca, y continuó—: Sasha era una de las más importantes, es cierto: no sólo investigaremos su muerte, sino que aplicaremos nuestra ley a quien lo hizo —con rabia agregó—: la suerte está echada, el número 4 es el elegido: ejecutará al imputado que marca la hoja de sentencia —se la entregó en mano—. Sólo usted sabe a quién va a matar, compañero número 4. Léalo y rompa el papel. Recuerde que luego de cumplir su misión usted no podrá regresar jamás con nosotros y deberá continuar su vida habitual.

Se dio por terminada la reunión.

—Nos reuniremos en veinte días, compañeros —dio media vuelta, desapareciendo en la oscuridad del pasillo—. ¡Ya saben cómo salir! No quiero equivocaciones.

El encuentro se disolvió en completo silencio.

SASHA 

*¡Cuántas! ¿Cuántas veces a mí me han deshecho?
Con excusas y mentiras convirtiendo mi vuelo en ceniza
y el grito en silencio.*

ESE CUERPO *contuvo tanta belleza en vida... Hoy yace ultrajada. A pesar de sus heridas, Sasha no pudo ocultar su entrega a los placeres. Cuánta riqueza ajena a la tierra se fue con ella, como las tonalidades simétricas de las mariposas que vuelan libres en el misterioso camino del fuego, y caen por egoísmo. Sasha ya no existe. Dejó su último aliento de vida en aquella venganza cobarde que le quitó la brisa al mar. Se llevó sus secretos a un mundo de nubes blancas, donde florecen los sueños eternos para aquellos que secretamente deambulan y buscan trozos de paraíso. Sasha ha muerto. Fue asesinada con la infamia del metal que laceró su piel amada, acribillada por las bestias que afilando su codicia quisieron esconder para siempre la audacia de oír sus confesiones.*

Sasha, la joven precozmente iniciada en el abuso, supo abrirse un camino diferente al que su destino le tenía programado. Respondió a la ofensa con una huida sin rumbo, celando su belleza y

su juventud, como un tesoro de respaldo. Aquel hombre vestido de cura, que dejó la páfida huella santa en su cuerpo a pesar de su lucha por rechazarlo, murió por accidente divino al caer sobre las lancetas herrumbradas de un arado; castigo tal vez por su alevosa supremacía sobre la joven que acudió inocente a buscar paz para su alma, hallando un abuso cobarde como respuesta celeste. Desde ese día, Sasha buscó su propio camino y sedujo a quienes tenían el poder en las distintas capas de la sociedad corrupta. Se valió de las armas más importantes de una mujer: su cuerpo, su sensualidad e inteligencia. Años pasaron desde ese siniestro episodio. Años duros para la joven convertida en mujer. Años de congoja y silencio. Llanto nocturno en soledad, permitiendo que su cuerpo fuera quien vulnerara los candados sociales que la marginaban. Sasha envolvió a políticos, jueces y empresarios. Acumuló los medios económicos suficientes para alejarse del pavoroso mundo que le estaba reservado.

Pero fue esa noche trágica, la última de su vida, cuando estuvo con el juez que tanta ostentación gustaba de sus debilidades. Ese día tres hombres patearon la puerta e invadieron el apartamento. Abrieron la intimidad del juez y sometieron a Sasha a interrogatorios brutales, indagando si ella fue quien entregó los datos para que aquellos hombres fueran ajusticiados por una extraña organización contra la corrupción. De nada sirvió que lo

negara ante dios y los hombres. Atormentaron su cuerpo. Sometieron su alma. Masacraron su vida lentamente. Satisfacción enferma de torturadores profesionales del infierno. La dejaron luego de asestarle puntazos con aquel cuchillo dentado que una y otra vez abrió su carne, mostrando sus órganos hasta que el frío manto de la muerte la ciñó. Pero no fue sólo el crimen atroz lo que dejaron en el aire ensangrentado aquellos hombres. Un acto de crueldad inconmensurable, una trágica señal del mayor de los horrores: las bestias decapitaron su belleza como si aquello brindara la ofrenda más sublime de la venganza. Su cabeza abandonó su cuerpo y su alma. Un trazo limpio y rápido.



*Y pensar que esa mujer
naufragó su sueño,
se alejó sin un quejido,
sin una sola angustia....
que permitiera dejar el mensaje.
El mensaje final...
El mensaje de una despedida*



SASHA rescataba en su vida la amistad con Matilde, a quien encontró por casualidad entre las amantes judiciales cuando concurría a visitar al juez Carlos Valdivias. El mismo cobarde que compró mil veces el cuerpo de Sasha, el mismo hombre que quedó inmóvil en la cama, aterrorizado, cuando entraron los asesinos. Los conoce y nada hizo por defenderla. Nada hizo para protegerla. La entregó como quien deja llevar un paquete, y participó desmedidamente inmóvil de todo lo acontecido. Cobarde y enfermo, mantuvo su disfraz de oso panda con el cual satisfacía sus apetitos fetichistas. Valdivias huyó del recinto ensangrentado, ocultó los disfraces habituales en el maletín y escapó del horror sin tener noción adónde ir; sólo buscaba el escape rápido del escándalo. Quienes mataron a la joven eran de su orilla; de su propio fango, pero estaba seguro que Sasha nunca había sido la delatora.



Sasha advirtió a Matilde semanas atrás, que algo extraño pasaba. Que sus ocasionales amantes habían adquirido un temblor insano, como si su seguridad estuviese amenazada. Ella había sido testigo al menos de dos conversaciones de cierta violencia, y el reproche por falta de cuidado y protección. Pero estaba convencida

que algo maligno y temible flotaba en ese ambiente, antes sereno de placer pago. Matilde la había tranquilizado aduciendo que necesitaba un descanso en su trabajo sexual; un alejamiento momentáneo de su clientela fija.

—¡Quítate del medio, Sasha!, busca otros lugares, otra clientela —había pedido Matilde a una Sasha temerosa por primera vez en su vida. Ella rió. Una risa nerviosa y mansa, y discurrió que tal vez fuera razonable seguir el consejo de su amiga.

—Me iré unas semanas, Matilde. Necesito aire, necesito pensar cómo sigue mi vida, porque mi intuición me dice que algo va a pasar, y no será nada bueno.



*¡Ah el destino!
Esa incógnita incolora que rodea
los caminos de la vida.*

LA PRENSA informó la muerte por apuñalamiento. Nada referente a la decapitación. Nada dijo de las sospechas y relaciones documentadas en su libreta de direcciones y teléfonos, rápidamente secuestrada por la policía que intervino. Rufino se enteró al día

siguiente, de manera casual, por comentarios de albañiles que descansaban en el banco de madera cercano a su trabajo.

—¡Era una linda hembra! —decía uno de ellos.

—¡Sí que lo era! —respondió el otro—, ¡qué hembra, nuestra Sasha! ¡Lástima que le cortaron la cabeza! —Rufino, paralizado en su pileta de destajo, tardó más de media hora en acudir y pedir que le confirmaran lo que estaba oyendo. ¡Sasha!

—¿Quién dijo que está muerta? ¿Decapitada? —preguntó angustiado luego de dirigirse apresuradamente hacia los albañiles que descansaban en su merienda.

—¡Sí, Rufino! Tu mina crepó —rieron. Se burlaban de él en su misma cara—. ¡Miren al hombre! —dijo el más viejo—. ¡Parece una estatua! —Rufino ignoró la burla, no tenía tiempo que perder con aquellas malas bestias. Abandonó su trabajo para dirigirse al kiosco de revistas, enloquecido, buscando el diario.

—¿De hoy? —preguntó adormilado el diarero.

—Maldita sea, claro, no va ser el de mañana.... ¡Sí, de hoy!

En la página de sucesos, el diario mostraba la información del asesinato. Nada mencionaba respecto a la decapitación. Daba igual. Rufino supo que Sasha lo había abandonado definitivamente.

Quedó solo, silencioso, perdido, mientras la vida giraba a su alrededor. Sentado en el bar, Rufino desesperadamente intentó recordar sus encuentros. No sentía rencor alguno por Sasha, a pesar

que lo dejó cuando sus piedras preciosas se acabaron. Recordó todo lo bueno que ella había generosamente ofrecido y se negó a sí mismo la venta de su cuerpo por puro interés. Idealizándola, lo tomó como el acto más majestuoso de entrega. Como si Sasha, envuelta en una desproporcionada valoración de su persona, le hubiese obsequiado un amor eterno, eterno a pesar de su ausencia ya irrevocable.

Rufino tardó en corroborar que había sido decapitada. La furia y la compasión lo invadieron. Congeló su corazón y clamó venganza en un aullido desgarrador que, paradójicamente, nadie en el mundo pareció oír.



¡Dor qué!

¡Por qué la vida se ocupa de quitarnos los afectos!

*Como si fuese el viento de una tormenta
que elije el lugar en donde concentrar su daño.*



MATILDE no era una ingenua. Era una mujer de mundo. Si bien sus expectativas, cuando entró en reemplazo de la secretaria del juez, no pasaban más allá de algunos meses o a más tardar un año,

reconocía que en su carrera judicial tenía posibilidades de progresar. Como estudiante de abogacía había logrado una buena reputación entre sus compañeros por sus habilidades para los exámenes, donde sus notas siempre rozaban o eran sobresalientes. El Juez Valdivias estuvo más que satisfecho del rendimiento de la joven.

Matilde tenía prohibido entrar al despacho del juez si él no estaba presente. Menos aún, revisar sin su consentimiento expreso los expedientes que eternamente reposaban en el escritorio. Pero las diligencias encomendadas, las realizaba siempre con soltura y prestancia, complementada con su belleza natural, tan propia de la gente del interior, pues era, como Sasha, misionera del litoral.



*Una pequeña flor
recién comienza
a desparramar sus encantos
cuando la invade su propio perfume.*

A los diecisiete años marchó a Capital decidida a ser abogada. Durante sus estudios, se autofinanció trabajando en diversos lugares que le permitieron cursar sus materias sin inconvenientes. En su cuarto año entró por concurso al poder judicial. Era una mujer ágil e intuitiva, que supo sortear los escollos que toda administración del estado coloca en el camino, y

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

ciertamente avanzó sin esfuerzo y por mérito propio hasta llegar a reemplazar la secretaria del Juez. A los pocos meses se dio cuenta que la concurrencia al despacho del Juez era casi calcada. Funcionarios del poder, políticos, jefes de seguridad, empresarios y loobistas; alguna que otra mujer joven y arrogante... y Sasha, la joven con la cual ella congenió enseguida frecuentándola cada vez que podía. Sasha nunca ocultó su trabajo sexual y sus objetivos; en ese sentido, las dos hablaron desde el primer día con absoluta naturalidad y ambas respetaron expectativas propias y ajenas. Cuando Matilde abandonó su departamento alquilado, Sasha le propuso que se fueran a vivir juntas. Al mes siguiente, Matilde y Sasha estaban ya cómodamente instaladas. Ambas compartían los gastos de un alquiler elevado por un semipiso en plena Recoleta. Curiosamente, Matilde comenzó a conocer la clientela de Sasha por llamadas telefónicas; visitas a distintas horas al departamento y sus pasos por escritorios y despachos del poder judicial. Sasha vivía su día en un permanente estado de abstracción a todo lo que le rodeaba. Era un mecanismo de defensa que Matilde nunca pudo explicar o imitar. Sasha siempre manifestaba que, si Matilde quisiera, podría acrecentar su patrimonio rápidamente.

—Las dos seríamos reinas, Matilde.



*El destino
siempre deambula en las sombras.
¡Quién puede,
quién puede
torcer su camino!*

Sin embargo, Matilde eligió su trabajo rutinario y la finalización de su carrera profesional. Ya en su último año, conocía todo el espectro de las amistades del Juez. Agendaba turnos de audiencia casi automáticamente por la rutina de las visitas mensuales. En más de una oportunidad, al irrumpir en el despacho por razones administrativas cuando el juez tenía visitas, lo sorprendió muchas veces en discusiones elevadas de tono, inclusive violentas en algunos casos. Siempre se hablaba de dinero, plazos y fechas de entrega. Valdivias, acostumbrado a la joven, no le molestaba que ella escuchara, aunque las visitas, incómodas por su presencia, sugerían que callase hasta que la muchacha abandonara el despacho.

Hubo un día que Bartolomé Lleitras, dueño de un poderoso medio de prensa, y Augusto Del Franco, presidente del más importante estudio jurídico del país, acudieron una tarde ansiosos por hablar con Valdivias en forma inmediata. Por primera vez, ambos obviaron saludos protocolares a Matilde; exigieron pasar inmediatamente al despacho para que le informara que ambos tenían que hablar con el Juez, urgentemente. El juez suspendió las

audiencias y los recibió. Cada tres minutos, llamaba a Matilde pidiendo comunicaciones con policía, gobierno y empresarios. Ese día no se habló de dinero. Sólo de muertos. Matilde no los conocía, aunque los apellidos le resultaban familiares. Muerta de curiosidad, Matilde levantó el tubo del teléfono y escuchó el diálogo del Juez con el jefe de seguridad nacional.

—Estoy con Bartolomé y Augusto, y esto no da para más, acaban de ser amenazados y ustedes no hacen nada. Tenemos un acuerdo. Les pagamos bien y en fecha. ¿Qué está pasando, carajo?



*La incertidumbre
es enemiga de la razón
y opaca su desafío.*

El jefe de seguridad no abandonó su habitual parsimonia. Con voz pausada contestó que en realidad estaban igual de sorprendidos que ellos, y que no lograban identificar el origen de esa asociación criminal, que habían investigando a todos aquellos posibles sospechosos y lanzado a la calle los buchones para recoger información. Les manifestaba su total solidaridad y les rogó calma.

—¿Creés que podemos tenerla? —objetó el juez ofendido.

—¡Deben tenerla! —afirmó el jefe—. No tienen alternativa. Hemos reforzado la vigilancia a domicilios y lugares de trabajo; en el

diario, hemos apostado más de una decena de agentes camuflados. En su palacio de justicia, implementamos estrictos controles en ingresos e identificación de personas; en los estudios jurídicos, colocamos vigilancia en entrada, terrazas y pisos, y varios agentes disfrazados de operarios. Yo garantizo su seguridad —cortó sin despedirse. El Juez quedó perplejo con el teléfono en la mano, Matilde cortó con suavidad, en forma conjunta. Sabía que el jefe de seguridad nacional era un hombre de consulta del Juez, pero no advirtió nunca a nadie vigilando el despacho.

Augusto abrió la puerta del despacho abruptamente. Mirando a Matilde le pidió que se comunicara de inmediato con su despacho. Lo estaba haciendo cuando entró a las oficinas un empleado de Correos con una pequeña encomienda

—¿Es el despacho del Juez Valdivias?

—Sí, lo es —contestó Matilde.

—Por favor, firme la entrega —acercó la planilla que Matilde firmó sin objetar. Colocó la encomienda en su escritorio y lo comunicó al estudio. Pidió permiso para ir a buscar un café al hall. Estaba llenando el vaso en la cafetera automática cuando una explosión hizo temblar sus manos. Bartolomé y Augusto salieron apresuradamente revestidos de mampostería. Ella quedó paralizada; salvo su mirada de pánico, no tuvo una sola reacción que le

permitiera ayudar a aquellos dos personajes que se sacudían el polvo de la ropa y tosían.

—¡Llame a la policía, Matilde! —recriminó Valdivias enojado ante la pasividad de la secretaria.

—¡Qué hace parada usted en la puerta, Matilde —sólo al ser interpelada, Matilde recobró sus reflejos, llamando a la emergencia policial.

Estuvo dos horas declarando minuciosamente, describiendo al hombre que había entregado el paquete bomba. Frente a los identikit, ella lo describió: hombre de mediana edad, apariencia humilde, andar desprolijo, pequeño, brazos largos y rostro plano.

—¿Lo reconocería si lo ve? —preguntó el oficial.

—¡Por supuesto! —contestó Matilde. Acto seguido volvió a preguntar fríamente:

—Usted es amiga de Sasha...

—¡Sí, lo soy! —aseguró orgullosa, como si la hubieran retado por ello.

—¿Vivía con usted?

—Sí, señor, era mi compañera de piso.

—¿Hizo usted el reconocimiento pertinente del cadáver? Es necesario que lo haga, señorita, lo antes posible.

—Lo sé, lo sé... —cayó sobre el asiento, desconsolada.



Matilde marchó a su domicilio. Desde allí, sin apenas fuerzas, llamó a Miguel.

—¡No preguntes nada, Miguel! Debo ir a la morgue. En una hora ven a mi departamento, por favor —cortó y se encaminó hacia la ducha. Aún temblaba. Cuando abrió el botiquín del baño para sacar sus cremas, encontró un extraño sobre blanco. No tenía por qué estar allí: indudablemente no era suyo. Al abrirlo, encontró un papel impreso.

*¡CUIDADO, MATILDE!
Sabemos por dónde
anda usted...*

Sin sello ni firma. Sólo un papel blanco. Comenzó a llorar. Demasiadas cosas para un solo día. A la media hora el patrullero la llevó a la morgue. Reconoció a su amiga. Vomitó cuando vio la cabeza desprendida de su cuerpo. Ahora entendía por qué Miguel no permitió que la viera en casa. Estuvo dos horas en una oficina recuperando el aliento.



IX



LAS DUDAS

MIGUEL NO TARDÓ en llegar. Por el camino pensaba cómo habría sido la reacción de Matilde al ver el cadáver. Encontró a Matilde angustiada y desesperada. Balbuceaba. Era difícil relatar lo que había pasado. Pálida, con párpados caídos y mirada ausente, un rictus espontáneo del entrecejo endurecía sus rasgos. Las manos entrelazadas en su regazo temblaban. Miguel se aproximó, ofreció el hombro derecho y allí, en esa cuna tibia, Matilde descargó un largo llanto, generoso, mientras Miguel la abrazaba.



*Muchas veces un abrazo
mitiga la oscura soledad del alma,
abuyentando fantasmas*

*que tejen una delicada tela
de temor.*

Matilde tardó más de quince minutos en recuperarse y decir sus primeras palabras.

—Pude verla, Miguel. Estaba destrozada, maltratada... ¿Quién pudo hacerlo, Miguel? ¿Quién? Tanta saña, tanta crueldad...

—Ya lo sabremos, Matilde, ya lo sabremos —respondió Miguel apesadumbrado, percibiendo ahora la pareja rigidez del cuerpo. Fue recién en aquel momento de calma cuando ella le extendió el papel que encontró, donde la amenazaban. Miguel tenía alguna experiencia en anónimos. Lo miró con detalle extremo. Ningún dato pudo sacar de él. Sin embargo la palabra “sabemos” le preocupó.

—Esta gente está cerca de nosotros —pensó sin decirle nada a Matilde.



*Dibujo mi vida en el agua
para que mis límites corpóreos
naveguen libres.*

MIGUEL AHORA sí pudo hablar sobre ello, ya era inútil ahorrar los detalles, el cómo el cuerpo de Sasha fue evacuado en el tradicional bolso de cierre color negro. La sangre que aún estaba presente en el piso. Sábanas y ropa caída desprolijamente, el desorden causado seguramente por una lucha desapareja.

No obstante, le comentó, le llamaba la atención con cuánta rapidez limpiaron la escena del crimen; que la funda de la almohada y la mesa de luz lucieran tan limpias, por ejemplo.

Como si nada hubiera sucedido, de nuevo la habitación lucía impecable ante ellos, los pequeños objetos, cuadros y adornos en su lugar. Las puertas del placard cerradas con su llave puesta. Nada había sido hurgado. Tampoco robado. Pero mientras echaba un vistazo a su alrededor, en la esquina del dormitorio observó que la PC de la computadora faltaba.

—¿Y la PC? —preguntó, extrañado—. ¿Te acuerdas, Matilde?

—Se la llevaron —contestó Matilde. No pudieron sacar el disco rígido.

—¿Era de uso personal?

—Sí, pero yo también la usaba por la bibliografía que almacena, aunque no muy seguido.

Miguel tuvo un segundo de lucidez. Inmediatamente preguntó si tenía algún *backup*.

—Sí, claro; hice el rutinario del mes hace tres días.

—¡Por dios, Matilde! —dijo Miguel—, debemos buscarlo antes que se lo lleven.

¡Cómo no lo pensó antes! Matilde explicó que ella era la encargada de resguardar todos los datos de la computadora en un Kingston pequeño, blanco, con una cinta de tres colores. De inmediato lo sacó del primer cajón de su mesa de luz; simulaba un lápiz labial. Buen recurso, pensó Miguel observando el pequeño artefacto.

—¿Lo tienes, Matilde?

—Sí, en mi cartera.

—Bien, vamos.

Le propuso salir a comer algo fuera del departamento. “Nos hará bien a los dos, podremos hablar mejor”, sostuvo Miguel. Matilde asintió. Se encerró en el baño, y tardó apenas unos minutos en salir radiante. Su rostro había recuperado color, sus rasgos inocentes y aniñados. Su cabello prolijamente tomado, llevado hacia atrás con una cola de caballo tensa. Vestía sobriamente pero estaba rutilante. Un par de aros y un delicado collar remataban la obra. Era otra.

Sintió que Matilde había recuperado el dominio sobre sí misma, y si bien el dolor no fue fácil de olvidar, al menos lo pudo someter bajo un manto de maquillada templanza. Ambos salieron en silencio. Un silencio mutuo y reconfortante, conscientes que ahora sí

podían hablar del tema con la libertad necesaria. Sasha había calado muy hondo en la vida de Matilde, aun con sus dos caminos diametralmente distintos por elección de vida. La mano en el bolsillo del saco, jugaba con el Kingston de 4Gb; de alguna manera extraña era como acariciar a Sasha en vida.

Programaron que al término de la cena, abrirían los archivos.

La cena distendió a ambos, y permitió por primera vez abrir la puerta a algunos aspectos de la vida privada de Sasha, desconocidos por Miguel hasta ese instante. Matilde relató cómo se conocieron, hablaron de la clientela, personajes que concurrían solicitando sus servicios... hasta llegar a dos o tres nombres que alertaron a Miguel. Carlos Valdivias aparecía como el más cercano y más reciente en los últimos ocho meses en la vida sexual de Sasha.

—¿Carlos Valdivias? ¿Estás segura? —la imagen profesional del funcionario, aún intacta a pesar de aquella cena, se fue desmoronando definitivamente en la medida que Matilde describía algunos aspectos íntimos.

—Era un perverso —sentenció Matilde. Comenzó un relato que lo acercaba al plano de la más estricta perversión, a su vez que revelaba a Sasha como una mujer entregada al placer aun a costa de su propia integridad. Sus contactos, sus amistades tan opuestas a su investidura como juez, y algunas conversaciones lo llevaron a comprender el cómo aquella trama sexual estaba ligada a actitudes de complacencia para con los clientes por ellos defendidos:

precisamente aquellos delitos económicos que él investigaba rutinariamente.



*¡Ah...la imagen!
Ese dibujo alado
escapando de la realidad.*

Miguel no sondeó los datos que tanto lo asombraron. No era el momento, pero llegaría, claro que llegaría... De inmediato intuyó que, desde ese lugar, podría iniciar una investigación con sólidos fundamentos.

Matilde, angustiada nuevamente por aquellos recuerdos, le pidió que la llevara con él, rápido, donde fuera, que deseaba olvidar, que ya no aguantaba más, que temía reencontrarse en su departamento con los recuerdos de aquella pobre desgraciada, porque lo era, una buena chica, y se sentiría morir de pena y horror, ay dios, si se quedaba sola en la noche...

Miguel por supuesto aceptó quedarse con ella. Ambos se entregaron como nunca antes. Matilde en busca de una entrega para olvidarlo todo, correspondida por Miguel; él, alerta pero complaciente.

A la mañana siguiente, mientras Matilde se duchaba, Miguel abrió los archivos. Lo que encontró lo asustó. Cerró cada archivo, y no le comentó nada a Matilde.



—¿No abrirás el archivo del Kingston, Miguel...?

—Ahora no, Matilde, luego, más tarde, yo también estoy agotado. Vamos.



X



MIGUEL BAJO AUGUSTO



*La voz...
¡Qué tiene la voz!
cuando se libera de ataduras
y drena como néctar.*

AUGUSTO DEL FRANCO, hombre pulcro, ilustrado, presidente del bufete de abogados especializados en delitos económicos, con relaciones especiales con el poder político, judicial y fuerzas de seguridad. De trato gentil, formal, siempre con un gesto de bonhomía incluso en el reproche. Su pensamiento era un abanico amplio y abarcador de toda problemática que concurriera a su entendimiento siempre alerta. A su servicio,

sesenta abogados, integrantes de fuerzas de seguridad, ex funcionarios y ex presidentes de empresas del estado disueltas, principalmente a causa de fraudes y coimas, entre hilos de la información privilegiada, abundante en una oficina de exclusivo uso...

El doctor Augusto del Franco entró a la oficina de Miguel con simplicidad y espontaneidad, preguntando sobre su estado de salud, condiciones económicas, sus problemas y necesidades. Miguel, poco afecto a dar a conocer problemas íntimos, fue bastante escueto en explicaciones, y trató cortésmente de evadirlas con simples excusas.

Miguel le ofreció el sillón de cuero más cómodo y mandó a pedir dos cafés. Del Franco no tardó en entrar en el nudo de la cuestión.

—Asumo que se preguntará por qué lo visito, doctor...
—Miguel se sentó en silencio al frente y con un movimiento de cabeza asintió—. En realidad es una visita postergada por múltiples razones, pero fundamentalmente porque Carlos Valdivias ya me dijo que conversó ampliamente con usted en una cena muy particular. Usted sabe quién soy, qué represento y cómo me muevo en este país. Sé poco de usted, pero creo que puedo explármelo sin temor. Confío en que no me está grabando o filmando, y aún así no tengo problemas, porque tengo suficientes relaciones como para anular lo

que se pueda presentar como presunta prueba. Es más, le costaría a usted su carrera. Sé que es inteligente y que goza de un prestigio ganado por su trabajo más que por influencias. Pero no se engañe conmigo, amigo mío.



*Hay corazas de frío metal de calor fuego,
de invisible protección y grietas imprevistas.*

—Ahora bien —prosiguió, luego de detenerse un instante como para meditar sus palabras—, quiero que usted, sí o sí, se integre al grupo de notables, al grupo selecto que tengo bajo mi tutela. Tenemos muchos casos para trabajarlos y ganar mucho dinero. Ya sabe usted que los juicios contra el estado son un gran negocio, más aún en este país donde podemos manejar el orden jurídico de acuerdo a nuestra conveniencia. Usted es un ejemplo, pero está en la etapa en que debe decidir: seguir o quedarse afuera —tomó un sorbo de agua y continuó—. Seguir implica que usted debe entrar a trabajar bajo nuestra supervisión con lealtad, no más. Quedar afuera, es una cuestión de tiempo y peligro si usted no se integra. Podemos fabricarle cientos de situaciones embarazosas que lo obligarán a dejar el cargo por dos razones principales: agotamiento y temor.

Miguel, que escuchaba tensamente las amenazas, apenas atinó a decir con voz seca

—Soy un hombre del Derecho, doctor, que...

—Si, lo sé, sé —contestó Del Franco, interrumpiéndolo—, pero usted sabe que el derecho es una evanescencia. Las leyes, mi querido amigo, bien lo sabrá si no vive en las nubes, están hechas para ser interpretadas, es decir: manipuladas en última instancia. Usted puede ser respetuoso y entrar en legalidad según interprete. La verdad siempre es un cincuenta por ciento de la mentira. Pero nosotros; como abogados, fiscales o jueces tenemos la suficiente autoridad como para adecuarlas a nuestro criterio y conveniencia. La Ley es un espejo donde usted y su imagen pueden verse y discutir, pero a la hora de decidir, es usted solo quien resuelve, porque no hay imágenes virtuales para litigar ante ese espejo. ¿A qué viene todo esto? Usted tiene varias causas con investigaciones muy adelantadas y orientadas de tal forma que llegarán al culpable. Pero al culpable de ese fraude, coima, defraudación, etc., lo defenderemos nosotros, y nosotros en definitiva tenemos que salvar la reputación y buen nombre de nuestros representados. Como bien entenderá, nos vamos a estar pensando en usted y sus pruritos. No llevará acabo ni una sola de sus causas, eso se lo aseguro. Usted pide castigo; nosotros, absolución. Y ya sabe que los delitos de guante blanco, su resolución, conllevan un noventa por ciento de carga política. Ya le explicó Valdivias que al poder económico hay que protegerlo, cuidarlo, mimarlo. Son quienes dan progreso, trabajo, crecimiento. Pero usted puede ser para ellos un problema o una solución a futuro.

Si se integra a esta cruzada de buena voluntad e ingresos, el futuro es suyo. Fíjese en esta deliciosa palabra: *ingresos*. ¿Le suena? Su inclusión le permitirá ascender, tener un pasar holgado y asegurar el resto de su vida en forma definitiva; incluimos en el combo a su amiga Matilde... Nosotros permanecemos a pesar de y con el poder. No lo dude, pero no tema. Tenemos clientela contradictoria. Es cierto. Los que están, los que se fueron y los que vendrán en la función pública, justicia, empresas, seguridad, etc. Vea esto, Miguel: quienes se odian, acusan, amenazan, serán después de un tiempo nuestros amigos porque nosotros los contenemos y forjamos una gran familia, y por supuesto también un gran negocio. Tenemos más de treinta estudios trabajando por miles y miles de millones de dólares. Somos como una especie de familia organizada en una nación errática. Tenemos un poder distinto, anónimo, fuerte y contundente. Ahora bien, en los últimos años, a pesar de perder la valiosa colaboración de las fuerzas armadas, muy desprestigiadas por el último golpe de estado del setenta y seis, seguimos vigentes y yo diría que más consolidados, porque sumamos a nuestra causa los medios de comunicación —tomó un respiro en la charla incesante, mientras Miguel en cada pausa a su vez respiraba, aliviado momentáneamente porque todo parecía indicar que aquel hombre no tenía intención alguna de detenerse hasta conseguir su asentimiento definitivo, aunque no más fuera por agotamiento—. ¿Sabe usted, Miguel, lo que significa estar presente las veinticuatro horas en cada

hogar, en cada lugar de reunión, en todos y cada uno de los ámbitos sociales y deportivos? Nosotros tenemos facilidad de crear y destruir al mismo tiempo. Fíjese el caso éste, que si bien no nos pertenece por ley, entregamos nuestro estudio y esfuerzos para defenderlo. Me refiero al caso del pedófilo Grassi, el cura degenerado. Logramos que la condena de quince años fuera con libertad bajo vigilancia... bajo supuesta vigilancia, claro está, pues el tipo sigue fresco y libre como una lechuga. Es increíble lo que podemos lograr, increíble; incluso ese mismo tribunal le permitió regresar al lugar del crimen como si nada hubiese pasado. ¡Insólito y verídico! Un pedófilo en contacto con miles de niños... ¿Se da cuenta, Miguel? Tenemos en nuestras manos la vida y la muerte; ni un médico ante un enfermo terminal goza de tanto poder como nosotros —dio una carcajada que atemorizó a Miguel—. Por eso le digo, muchacho, tenemos el poder de desinformar y mal informar cualquier tema que creamos necesario. Podemos bloquear cualquier información que nos perjudique. Ese es el nuevo estado, Miguel. El mundo globalizado facilitó nuestro trabajo. Gracias a Dios, la Iglesia nos acompañará siempre. Y por eso, la defendemos. Estamos bendecidos, nuestra tarea se desarrolla en paz y armonía —ofrece un trago a Miguel que rechazó como si fuera ponzoña, y sin importarle se preparó para él uno.



*¿Cuáles?
¿Cuáles son los límites
entre la razón y la vida,
la vida y los sueños?
¿Cuáles?....*

—Ahora bien... presiento que se encuentra usted algo impactado... —“impactado, no; asqueado”, murmuró Miguel—, pero aún permítame completar la idea un poco más: nosotros no somos políticos. Eso lo dejamos a los incompetentes; nosotros hacemos la parte prolija del delito; la parte artesanal delicada del delito. Justificamos lo injustificable. Hacemos que las pruebas sean invisibles y protegemos a nuestros socios porque, es la verdad, dan trabajo, generan ingresos a la nación, nutren el presupuesto de la nación y permiten un bienestar controlado. Tenemos diferentes formas de presionar a discolos. Siempre ganamos, Miguel. ¡Siempre! Le voy a dar algunos ejemplos en los cuales trabajamos y donde hay en juego cientos de miles de millones de dólares o euros, yenes, libras esterlinas, etc. El caso Bernard Madoff, por ejemplo. Este buen hombre ha defraudado al fisco por más de cincuenta mil millones de dólares. Más de veinte países burlados por este genio de Wall Street. ¿Usted cree que sólo acontece en EEUU? No, mi amigo. ¡Es el negociado más grande de los dos últimos siglos! Acá mismo tenemos cuatro importantes y reconocidos bancos involucrados, que por

supuesto defenderemos. Le menciono otro caso, y todos en los últimos trece meses, el caso Allen Stanford; condecorado como caballero por la Reina de Inglaterra, defraudó al fisco por más de nueve mil millones de libras esterlinas. ¿Cree que es sólo en Inglaterra? ¿Cree que irá preso? ¿Lo merece? ¿Usted cree que ese monto de dinero lo robó solo? ¡Un gran no, nuevamente, mi querido amigo! Ese dinero está distribuido en cientos de cuentas secretas en paraísos fiscales; cajas de seguridad; drogas, tráfico de armas, inversiones rápidas. Las calificadoras de riesgo que manejan estos temas con extremo cuidado, como la Standard & Poor's y Moody's Fitch, lograron calificar estos créditos hipotecarios americanos subprime con la máxima puntuación. ¿Los tocará la justicia a ellos, Miguel? ¡Nunca! —continuaba eufórico—. Seguirán con su trabajo sucio sin problema. ¿Más ejemplos? Espero no cansarle... Veamos el manejo de paraísos fiscales, con fidecomisos inventados y testaferros que preparamos y prestamos para aquellos cuarenta y tres que aún conservan el secreto bancario. Para que se de una idea, uno de nuestros clientes, la Morgan Stanley tiene nada más ni menos que ciento cincuenta empresas subsidiarias en Islas Caimán. ¿Sabe cuantos bancos hay en esta inmundia isla? Un banco cada quinientos habitantes. ¿Y usted cree que los gobiernos no lo saben? No, Miguel, todos saben y toleran. Nuestro país es un grano de arena en este desierto de la corrupción. Y lo más importante, nosotros estamos al

margen del escándalo. Somos intermediarios legales al fraude, y por ello cobramos. Ahora estamos con el tema de los bonus y primas de nuestras empresas quebradas como Merrill Lynch. ¿Le suena? Distribuyeron entre sus directivos millones de premios luego de recibir más de mil quinientos millones de dólares de salvataje... ¿Y sabe qué? Todo legal, Miguel. Nos ocupamos de que esto sea escrupulosamente así. Nosotros nos especializamos en armar la ingeniería del fraude. Somos sus garantes legales.

Miguel pidió permiso para ir al baño. Se sentía mal, vulnerable, con náuseas, burlado, chantajeado y a punto de vomitar. Un dolor en el centro del estómago le impedía decir palabra. Se imaginaba a sí mismo arriba de un peñasco, erguido, desafiante ante un mar de tormentas que lo azotaban bajo un viento huracanado. ¡Basta! Llegó al baño. Vomitó un líquido amargo, verdoso con pequeñas pintitas de sangre. Estuvo varios minutos devolviendo su propia bilis. Su propia bronca: tal vez en ese vómito sanguinolento estuvieran todas las repuestas que no salieron ante la locuacidad corrupta del presunto representante de la Ley; tal vez en ese vómito sanguinolento estuviera precisamente la verdadera esencia de la Ley.



XI



EL HOMBRE VACÍO



*¡Mi nombre! ¿Cuál de ellos?
Si sólo han puesto cadenas en mi garganta, mis brazos,
y en mi voz...callada.*

MIGUEL DESPIDIÓ a del Franco con disimulada resignación y silencio. Fundamentalmente con silencio. Eso no quitó que indicara y acompañara hasta la puerta y le estrechara la mano al abogado exitoso. Del Franco susurró un hasta pronto y correspondió el saludo de Miguel, agregando ante la puerta entre abierta: “Seguramente nos volveremos a ver”. Se fue

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

con la mima parsimonia y altivez con que entró. Miguel cerró la puerta y quedó apoyando su espalda contra ella. Desabrochó su corbata y el primer botón de la camisa. Notó un sudor frío en la frente y su espalda, el dorso de sus manos estaban húmedas y la palidez le otorgaba un aire más de muerto que de vivo. Por primera vez en su profesión, pensó que sus esfuerzos, interminables noches de estudio e investigaciones, todo eso que lo enorgullecía, no había valido la pena. Apresuró sus pasos hasta quedar sentado en el mullido sillón de cuero y así quedó mirando el vacío. No sentía deseos de comer, ni de tomar nada, ni hablar. Miguel se sentía por primera vez en su vida realmente vacío. Exhausto y vencido. Sus proyectos, paralizados ante una muralla inconmovible, rígida y ajena.

La tarde caía lentamente sobre la ciudad. No sabía cuánto tiempo estuvo sentado o ausente. Sí que estuvo recordando y que repasó inconcientemente todas las etapas de su vida. Lo que más le asombraba era que, a pesar de todas aquellas amenazas y coacciones, sentía una quietud contradictoria que le impedía reaccionar o huir al menos, patear tal vez el escritorio como desahogo, romper algunos cuadros, vasos, o saltar como una bestia acorralada. Nada de eso, simplemente permanecía en aquella extraña quietud casi cadavérica. Recordó una pequeña cita de Schopenhauer: “El afán por la verdad es demasiado alto y excéntrico como para que todos se interesen en él”. ¡Cuánta razón! Fue entonces cuando sus músculos recobraron algo de tono. Su pensamiento que había estado dando vueltas como

una noria, recobró la ruta de la decisión y el equilibrio. Recobró su color en la piel y el sudor frío se fue evaporando lentamente como bajo un acto de magia.



*Hermanadas siempre,
luces y sombras,
compiten el tiempo.*

PRENDIÓ un cigarrillo. No fumaba habitualmente; sólo a veces para acompañar el desvelo o la soledad en las largas noches de trabajo y penosa investigación. Mientras repasaba en su mente la conversación, o mejor dicho: el monólogo de Del Franco, lo conmovió la mención a Matilde que hizo, en este tema tan delicado y espinoso, y lo percibió como una velada amenaza: “incluida tu amiga Matilde” había dicho como al descuido, sabiendo que la sola mención de su nombre le angustiaría en el análisis posterior. Y efectivamente, así fue. Anotaba cada palabra como disparador de otras, y logró armar un pequeño esquema, uniéndolos como eslabones de una cadena, que acababan en el gran concepto: Corrupción. ¿Hasta dónde llegaría esta red? ¿Sería cierto todo lo aquel fanfarrón dijo?, se preguntaba moviendo el lápiz sobre el



Gustavo Adolfo VACANARVAJA

papel. Justicia. Medios de comunicación. Estudios jurídicos. Seguridad. Iglesia. Cuatro individuos fueron asesinados. Cuatro personajes que habían comenzado a irrumpir en su profesión y también en su vida.

Cuando miró el reloj se dio cuenta que eran las diez de la noche. ¡Las diez! ¿Cuánto tiempo pasó en ese trance? Casi cinco horas. Cinco horas que le parecieron segundos. ¿Cabeceó? ¿Se quedó acaso dormido? ¿Sería cierto que los hombres viven en el sueño de una caverna, como enseñó Platón? ¿Era esto parte de un sueño? ¿Cuál era el límite de la realidad? No daba para más. Tomó el teléfono y llamó a Matilde. Ella contestó preocupada.

—¿Dónde estabas? Llamé a tu despacho y pregunté a tu secretaria y amigos. Nadie sabía nada de ti.

—¡Todo bien! Tranquila. Pasaron algunas cosas que hablaremos personalmente —su tono era sereno, controlado y teatral. Pensó que debía guardar las apariencias para evitar el diálogo en la línea. Era más que probable, a estas alturas del partido, que su teléfono estuviera pinchado.

—¿Puedo buscarte? Vamos a cenar y conversamos. No me siento nada bien.

Miguel aceptó. Matilde había notado algo más que una preocupación en el tono de su voz. Su intuición femenina se lo decía. Miguel colgó. Le preocupó que no hubiese escuchado el teléfono directo, ni tampoco el celular. ¿Tal fue el grado de abstracción que

bloqueó todos sus sentidos inconscientemente para mantener el pensamiento libre de interferencias? En varias oportunidades sus imputados tenían respuestas similares: “¡No escuché nada! ¡No sentí nada! ¡Cómo nada! ¿No me diga que un balazo no le llamó aunque sea la atención?”. Qué curioso, se dijo. Ahora comprendió que esas repuestas podían ser ciertas.

De pronto comenzaba a pensar en el rostro de Matilde, en la tez blanca, delicadamente sensual, que sostenía aquella mirada firme, serena pero indescifrable. Recordó un gesto que siempre le impactó en el retrato de *La Bella Ferronière* de Leonardo da Vinci, en el salón galáctico. Por aquel entonces, se quedó admirando la mirada inquisidora, suave, tentadora y profunda de aquella mujer. Matilde mantenía un similar halo de silencio y dignidad en su rostro.

Cenando, esperó que Miguel hablara antes de probar bocado. No tardó en comenzar. Narró con detalle la entrevista con esos personajes de los últimos días, evitando nombrar la cita donde del Franco la mencionó. Ya tenía ella bastantes preocupaciones como para agregar otra que sonaba además a amenaza. Matilde escuchó atentamente. No pronunció palabra alguna. Terminando la cena, fueron al departamento de Miguel. Allí Matilde tomó la mano de Miguel, lo llevó con complicidad al dormitorio y deshojó su ropa con lentitud, luego ella se desnudó completamente y desplegó la máxima

ternura en sus habilidades amorosas. Abrazados, jadeantes, se quedaron dormidos el uno frente al otro.



*El amor
crece con la misma intensidad
que se desvanece.
Sólo hay que vivirlo.*

No pudo conciliar el sueño mientras él dormía. Analizaba detalladamente el relato de Miguel en la oscuridad imaginando los personajes que también ella conoció.

La figura fantasmal de Sasha se presentó serena a los pies de su cama. Estaba espléndida, limpia y bella. Le hacía señas de que reposara con un movimiento suave y lento de sus dos manos, y la invitaba a dormir sin preocuparse. Sasha sonreía. Ya nos veremos, hermana; ahora no sufras. No pienses. Deja que tu cuerpo descanse. Matilde entró en un profundo y placentero sueño abrigada con el cuerpo cercano de un Miguel sereno.



XII



EL DIARIO LA VERDAD Y EL JEFE DE REDACCIÓN



¿Nadie puede parar el desastre?

¡Nadie!

*Cuando la cordura abandona al hombre,
el hombre libera al bárbaro,
como si fuese éste
el mediocre más fiel de su poderío.*

BARTOLOMÉ LLEITRAS no pidió permiso. Entró sin saludar al despacho del Juez. Su rostro denotaba una angustia despierta, sus ojos desencajados y las manos crispadas abrieron con violencia inusitada la puerta de Carlos Valdivias. El Juez miró asombrado al violento visitante.

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

—¡Mataron a José Alberto! ¿Y sabes quién? —no dejaba de gritar incapaz de controlar su miedo. Valdivias se levantó bruscamente, cerró la puerta no sin antes verificar que Matilde permanecía en su lugar y absorta en sus labores. Le hizo con gestos una señal de tranquilidad y que no los molestaran, que ella rápidamente entendió. El obispo Clarisetti estaba en el rincón derecho de la oficina; Bartolomé Lleitras no advirtió su presencia, a pesar de la rapidez con que se levantó al primer grito de Bartolomé al pasar. Valdivias cerró la puerta, y dirigiéndose a Bartolomé le recriminó:

—¡Pero es que estás loco! ¡Entrar así, como si fuese tu propia casa y a los gritos! ¡Pero qué pasa, hombre! ¡Siéntate! —le ordenó a Bartolomé. Las órbitas extrañamente agrandadas, con ojeras acentuadas y pómulos salientes y grises, le daban un aspecto grotesco y servil.

—¿Y quién es José Alberto? —preguntó Valdivias disgustado—. ¿Y quién mató a quién?

—¡El GAC! ¡Mataron a mi jefe de Redacción, dejaron esta... esta.... nota! —se la acercó al Juez con mano temblorosa—. ¡Léela!

En ese momento vio a Clarisetti y pidió perdón.

—Lo lamento, Obispo, estoy muy mal. No me di cuenta de su presencia. Lo lamento. Espero que comprenda...

—Lo comprendo, hijo. Comprendo el dolor y la angustia —respondió con voz serena—, pero el pánico no ayuda, confunde.

Déjeme auxiliarlo —se acercó colocando la palma de su mano en la cabeza y rezó en latín.

Valdivias aprovechó para leer la nota.

Sr. Bartolomé Lleitras. Su información sobre nosotros fue incorrecta. Esperamos que esta noticia salga mañana; es más, se lo exigimos.

GAC

Valdivias preguntó cómo lo mataron.

—¿Qué cómo? —repuso Bartolomé con un grito—. ¡Un balazo en la frente, Carlos! Igual que a los otros. Sólo que esta vez la maldita nota, en vez de *corrupto*, contenía ese mensaje hacia mi persona que acabas de leer. ¿Te das cuenta? ¿Pero en qué país vivimos, Carlos? ¿Y ahora? ¿Seré el próximo? ¿Qué harás para evitarlo, Carlos?

Valdivias recobró la compostura.

—¡Somos lo que somos, Bartolomé! ¡Delincuentes de frac! ¡O ahora eres la virgen María! ¡Perdón, Obispo!

—Sea perdonado —respondió el cura.

—Esto que nos pasa —continuó—, es la primera vez que sucede, mantengamos calma. Llamaré a Jorge Trabón.

—¿Qué policía intervino, Bartolomé? ¿Federal o provincial?

—¡No lo sé! Ambas... porque encontraron droga. Según dicen, José Alberto estaba muy presionado desde los asesinatos. Consumía drogas... ¡Tienes que hacer algo!

Carlos llamó a Jorge Trabón, pero la secretaria le contestó que no estaba en su despacho, así que tuvo que dejar el recado. Pidió que lo localizaran lo antes posible, pues era un asunto a tratar urgentemente.

Fuera de sí, Bartolomé llamó a Matilde. “Traiga té y un vaso de agua, Matilde”. Ella salió prestamente, confundida; la forma de entrar, los gritos, las llamadas urgentes... En pocos minutos regresó con el pedido.

Carlos tomó primero el vaso de agua y se lo acercó a Bartolomé con una pastilla blanca.

—Es para los nervios... Te hará bien —dijo con voz calma. Bartolomé la tragó con agua sin protestar. El Obispo comenzó nuevamente a rezar.

—Rezo para que todo salga bien —les exhortó—: acompañenme.

—¡No estamos para rezos, obispo! Tenemos que actuar rápido —contestó irritado Bartolomé—. Rece usted, si tiene tiempo. Se lo agradeceremos.

Sonó el teléfono. Matilde hizo el ademán de contestar cuando Valdivias la refrenó con un simple gesto de su mano. “Contesto yo”. Levantó el tubo.

—¡Ah....sí! ¡Yo llamé! —la voz ocupó unos segundos en explicar algo que los otros apenas podían oír. Valdivias asentía; al terminar su interlocutor, contestó:

—¡Aja!... Sí, sí, está conmigo. Sería conveniente que vengas a mi despacho lo antes posible. Ok, te espero —colgó aliviado.

—Ya han descubierto todo y están enterados de algunas cosas más que interesantes. Dice que está viniendo hacia acá.

Bartolomé se relajó. Estiró sus piernas y terminó el té. A la media hora estaba tranquilo, hablando de suposiciones y midiendo los pasos a seguir.

—Necesito guardia permanente. Necesito que el diario tenga custodia y protejas al nuevo jefe de redacción.

—¿Y los otros periodistas? —preguntó con ingenuidad Valdivias.

—No hay problema, ¡se reciclan! Tenemos cientos de reemplazantes. Sobran. ¡Eso sí, entran si aceptan mis condiciones! Ya sabes cómo es este negocio.

—Y así debe ser —intervino el obispo—; la libertad siempre tiene un límite.



JORGE IGNACIO TRABÓN entró con familiaridad, saludó a Matilde y él mismo abrió la puerta con suavidad. Extendió su mano a ambos personajes, se sentó en el sillón de dos cuerpos, sacó su etiqueta de cigarrillos y prendió uno. Dio una bocanada de humo anillado. Mirando a los dos hombres, obviando la presencia del Obispo a quien detestaba, dijo:

—¡Aparte de ser tu empleado, el marica era drogadicto!
—miró a Bartolomé.

—¡Qué tiene que ver! —repuso Bartolomé, ofendido. Jorge miró al Juez y agregó.

—¡Es que este imbécil no se da cuenta; ahora interviene también la Federal, Carlos! Debe llamar cuanto antes a sus amigos del sector y bloquear el tema para que yo asuma el caso, de lo contrario tendremos gente extraña en lo nuestro. Valdivias no se hizo rogar. Llamó a un teléfono de su agenda. Entabló una conversación breve y concisa, donde dio las características del caso, y pidió borrar cuanto antes el tema de la droga. Cortó y comentó:

—Asunto terminado. El caso es tuyo, Jorge. La Federal borra la carátula, sacará este tema del expediente en forma inmediata. Veamos entonces el caso concreto —Jorge Trabón prendió otro cigarrillo. Mirando fijo a Bartolomé le ordenó:

—¡Ahora quiero todos los datos, sin esconder ni uno solo!

—Perdón —intervino el Obispo—. Antes que relate, me retiro... No es mi intención involucrarme en este tema. Rezaré por ustedes, no lo duden. Que dios los ilumine —abandonó la sala

Bartolomé tragó saliva y comenzó a narrar los hechos. La esposa del jefe de redacción fue quien le contó lo sucedido. Ella había estado de viaje, y al regreso encontró la macabra escena. Su esposo José Alberto, asesinado. El departamento impecable y la nota sobre el cadáver. La cerradura intacta.

—Pero, ¿y el asunto de la droga?

—El asunto de la droga... sí... el asunto —mascullaba con los ojos mirando al suelo—. Es cierto que en las últimas semanas tuvo que apretar a periodistas fuertemente... Deben comprender; era su trabajo, esto es una empresa, a ella se debía. Nada de opiniones que fueran independientes. Recuerdo que unos días atrás, él me había comentado: “Jefe, tenemos algunos que nos costarán más. Son gente preparada. Tienen algo inquietante: información propia. Investigaciones que debemos bloquear porque rompe pactos que tenemos con los medios en general. ¡Pero cuesta!”. Y en este tema, nuestro jefe de redacción tuvo discusiones muy fuertes, amigos —Bartolomé aclaró con voz pausada—; ellos aducían el respeto a la libertad de prensa y esas gárgaras. Vos sabés, Carlos, que si no mantenemos una férrea disciplina y control, todo se desmadra. ¿Y quién mantiene el diario? ¿Y quién paga los sueldos? Sí, consumía

drogas, es cierto. Pero a veces la presión es inaguantable... Todo esto es una gran farsa, una mentira que nosotros construimos, pero sólo así esto marcha y produce... Y usted, Jorge Trabón —lo señaló con el dedo, cambiando radicalmente el curso de aquella explicación—, que se da el lujo de tratarme así, ¿quién le paga su salario extra?

No pudo continuar porque el jefe de seguridad con una voz seca le espetó:

—¡Cállese, estúpido! Ahora tenemos que solucionar esto. Usted me paga; sí, es cierto, pero yo debo hacer todo el trabajo sucio que ustedes no se animan hacer. ¿Quiere que hable... quiere que diga las cosas que mandó hacer? ¿Las apretadas y las muertes inclusive de dos empleados díscolos? ¡Imbécil! Si no es capaz de controlar una centena de empleados, menos podrá solucionar esto.

Este diálogo áspero y crudo se había entablado como un duelo personal entre Bartolomé y Trabón. El Juez no intervino, simplemente observaba a uno y otro sin frenar a ninguno, hasta que se levantó, golpeó la mesa y zanjó el asunto:

—¡Basta! ¡Usted, Jorge, límitese a su tarea específica!... y tú, Bartolomé, te mantienes como corresponde en la tuya. Estamos rodeados de cadáveres ¿Cuántos más habrá? Esa es su responsabilidad, Jorge. Y vos, Bartolomé, debes hacer una nota diciendo que efectivamente hay una organización clandestina que busca silenciar a la prensa. Esta vez debes informar el hecho y

también contactar con todos los medios para que cubran el asesinato —hizo una pausa, mirándose las manos concienzudamente, como si en ellas estuviera la clave de un secreto largamente guardado—. ¿Cuál será el título? “La Prensa Argentina... en peligro”. Sugieran que es un hecho relacionado con el gobierno en forma solapada, debemos inclinar el delito para el lado del poder político; hacer que ellos aparezcan como presuntos responsables de un apriete, no del nuestro. Podemos mantener esta información dirigida contra ellos durante varios días. Así también estamos cumpliendo objetivos. Cumplimos lo que pide esta banda de asesinos y de paso le pegamos al gobierno el muerto. ¡Coloque custodia disimulada a todos nuestros integrantes, Jorge! ¡No esperemos más balazos en la frente! Y vos, Bartolomé, manéjate con prudencia. Si no sabes controlarte, mejor deja el puesto a Claudio, que también pertenece al grupo y listo, te retiras y vives con el dinero mal habido.



CLAUDIO CHAMBERO era un hombre de cincuenta años, muy reservado. Destacaba por su educación y formación intelectual y también por su lealtad. En reiteradas oportunidades dio prueba de esto y en los momentos más difíciles puso su cara y también su cuerpo. Le debía a Bartolomé su carrera y su bienestar económico. Nunca tuvo un cruce verbal con ningún empleado ni aun con gente de afuera, como Trabón o Valdivias. Al contrario, ambos respetaban su cordialidad y discreción. Trabón lo cargaba cada vez que lo veía.

—Y... Claudio, ¿te mando una minita?

—Ya tengo, Jorge. ¡Gracias!

—¿Cuándo me la presentas?

—En cualquier momento —y siempre tenía una excusa para salir.



*¡Ah los secretos!
¡Cuán frágiles son
cuando se deshojan
del árbol que los sostiene!*

El intercomunicador del despacho había quedado encendido después del violento golpe en la mesa. Matilde, en su escritorio escuchó cada una de las palabras y registró los datos que pudo. Apresuradamente apagó el aparato cuando ellos comenzaron a

despedirse. Clarisetti, que se había retirado durante aquella conversación, saludó a Matilde y preguntó si había venido Claudio.

—¡Sí, padre! Pero ya sabe cómo es de tímido. Está en la oficina auxiliar, solo, tomando un café y con algunos papeles que guarda celosamente cada vez que entro.

—Lo saludaré —dijo el Obispo y fue hasta la oficina—. Distinguido, señor Claudio —saludó el Obispo abriendo la puerta entornada.

—Señor Obispo, qué gusto verlo —contestó Claudio levantándose y colocando unos papeles en su portafolio.

—Vengo a saludarlo. Usted sabe cuánta estima tengo por usted y también cuantas deudas.

—No hay nada que agradecer, Obispo, fue un honor trabajar en el caso de ustedes. Sí, lo sé, pero aun así, nuestra institución está en deuda con usted por la forma tan delicada en que se trató nuestro asunto.

—¿Vino con Bartolomé?

—Sí, Obispo, vine con él, está muy nervioso. Yo prefiero esperarlo acá.

—Usted siempre tan discreto, Claudio.

—Sí, padre, así me enseñaron.



—Lo sé, Claudio, lo sé. Sé más cosas de lo que usted se imagina. ¿Qué opina de Valdivias? —Claudio miró al obispo con curiosidad.

—¿De Valdivias?

—Sí, de Valdivias.

—Pues...lo respeto y admiro al mismo tiempo. Es un hombre muy particular y gracias a él estoy en este cargo de Vicedirector del diario desde hace más de una década. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada en especial, Claudio, es que uno siempre desea saber más del otro. Puedo sostener que ese respeto y admiración es recíproco. Valdivias siente lo mismo por usted.

—¡Qué bueno saberlo, Obispo! Me gratifica.

—¿Puedo preguntarle algo, Claudio?

—Por supuesto, Obispo.

—¿Cuál es su opinión sobre estas cosas que están pasando en nuestra asociación? —Claudio le indicó al Obispo que se sentara; él también lo hizo.

—Verá, Obispo. Con mi mayor respeto y humildad, creo que esto es el resultado de una larga frustración de la gente ante la impunidad. No puedo justificarlo, pero creo que desde ese ángulo hay que analizarlo. Nuestro juez ha sido muy claro siempre en este tema. Nosotros y todos, incluyendo su institución, formamos parte de toda esta agua turbia; somos corruptos y también damos impunidad,

es decir, estamos en contra de lo que este grupo busca, que es hacer justicia por mano propia a quienes absolvemos. ¿Cuáles son los fundamentos y los límites de este grupo? No lo sé, pero también sé que no pueden matar a una población entera.

—¡No, no lo hacen, buscan cabezas! —retrucó el Obispo.

—¡Por ahora! —contestó Claudio—. Por ahora. Lo cierto es que todo está muy podrido, el tejido social corrupto y en este tejido nos hallamos; pero ¿cómo hacemos para combatirlo? Su Iglesia, tiene toda una historia tenebrosa al respecto. Siempre dijo estar en las causas de los justos y los débiles, pero siempre utilizó lo sobrenatural para impulsar guerras y represiones. La Iglesia también atacó insurgencias con extrema violencia en nombre de Dios. Tampoco han sido ajenos a torturas, persecuciones y represiones. Pero los resultados más espectaculares de su iglesia, no fueron con la violencia, sino con la negociación; cuando la Iglesia dialogó con los poderosos, recibieron lo que siempre buscaron: poder, y así lo ejercieron durante siglos.

—¡Pero siempre luchamos por los desamparados! —replicó el obispo, como en defensa propia.

—Sí, lo sé, pero muchas veces me pregunto qué sería de la Iglesia si no hubiese humildes, marginados o postergados. La necesidad de creer en algo sobrenatural, siempre es necesaria en la debilidad. ¿Qué otro patrimonio puede tener un humilde condenado

al hambre de por vida, que no sea el de *creer que de ellos será el reino de los cielos* a su muerte? Es decir, se hará justicia divina sólo al morir. Y allí está la fuerza. La dependencia de esos sectores para con la Iglesia.

Clarisetti escuchaba absorto. Era la primera vez que hablaba en profundidad con ese muchacho. Sintió casi vergüenza por la historia de su iglesia. Seguro que Claudio se refería a la Inquisición, guerras santas, cruzadas y demás hitos.

—Pero al margen de los hechos de la historia, hechos escrupulosos que no perdonan a nadie —proseguía en su pormenorizada exposición—, no olvide, obispo, que nosotros estuvimos al rescate del honor de la Iglesia en más de una ocasión, como en el asunto del Banco Ambrosiano.

—Sí, lo sé y agradezco.

—Yo creo que este tema que nos toca hoy, se resuelve en base a una negociación con ese grupo. Debe existir algún tipo de solución por vía pacífica. Yo al menos creo que debe ser así.

—¿Pero cómo llegamos a ellos, si cada vez que se acercan nos matan?

—Hay que buscar formas, y nunca desesperar. ¿Cuántos más podrán matar sin que sean descubiertos? No muchos más. Quizás usted, yo, seamos los próximos, pero en algún momento vamos a detectarlos. Estamos hoy en una situación difícil, pero no terminal.

Creo que hay sospechas más que fundamentadas de que este grupo nace desde nuestras mismas filas.

—Puede ser, puede ser... No lo había pensado...

—Piénselo, piénselo... Si me permite, Obispo, ahora debo ingresar al despacho: me pidieron estos expedientes.

—Por supuesto, Claudio, le agradezco sobremanera esta conversación, y que Dios lo proteja.

—Gracias, lo necesito, al igual que usted.



XIII



RUFINO, PRESO

RUFINO NUNCA dejó de trabajar. Aún en los momentos de mayor holgura económica, continuó con su tarea destajando peces, aunque ya nunca más vería a aquella mujer que se acercaba cada mañana a iluminar su triste existencia.

Una mañana aparecieron tres patrulleros a toda velocidad con sirenas atronando como si una fábrica iniciara sus tareas. De esos vehículos con luces tintineantes y azules, bajaron una decena de hombres armados apuntando la pescadería y gritando: “¡Rufino Fuerte! ¡Levante las manos! ¡Manos en la nuca! ¡Queda arrestado por el asesinato de Sasha Tordes!”.

Sin otra pregunta que le diera posibilidad de defenderse, Rufino fue arrestado y su vivienda saqueada. El detective a cargo de la pesquisa repetía: “¿Así que esta vivienda te la hiciste con los pescados?”. Rufino no abrió la boca. No podía. No debía y no sabía por qué le estaban cargando la muerte de Sasha. No tenía a quién recurrir; tampoco le quedaba dinero para pagar un abogado. Estaba solo como un perro en aquel calabozo.



*¿Qué es la justicia para un hombre pobre!
 ¿Una presa de fácil captura?
 ¿Un frágil tallo en una espesa selva?
 ¿O un anónimo ballazgo?
 ¡Ah...qué lejos!
 ¡Qué lejos se fue ese pobre hombre!*

A la noche fue llevado a una habitación pequeña, allí dos hombres sentados le esperaban.

—Así que este engendro era amante de Sasha... —se burlaba el más gordo de los policías.

—¡Pero mírenlo, si parece realmente un macaco el hombre! —dijo el otro. Rufino se sentó en la silla al frente de ellos. Una vieja mesa de madera lo separaba de aquellas burlas, un papel sobre ella, escrito a máquina y una lapicera.

—¡Mira, muchacho!...Vamos a ser concretos —el hombre más gordo estampó de un golpe su palma abierta sobre el papel—. Esta es la declaración tuya donde te haces responsable de la muerte de Sasha. ¡La mataste por celos, muchacho! Vos la firmás y te vas tranquilo al calabozo. Si te niegas, te ablandaremos a golpes e igualmente firmarás. Debes elegir.

No tardó demasiado en sopesar la situación. Rufino firmó. Igual recibió golpes que lo dejaron atontado unos minutos. Cuando recobró la conciencia, sangraba por su boca y estaba en el calabozo.

—A ver, Macaco... Contanos cómo te cogías a esa mina que luego degollaste —le pedían al unísono los presos, golpeando los barrotes entre burlas.

Rufino, inocentemente, contaba entonces cuánto había amado a esa muchacha, el gran amor de su vida, en medio de las risas de los presos. Pero su narración le permitió recordar de nuevo todo, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.



JORGE TRABÓN, llamó por teléfono al Fiscal Miguel Dezoís.

—Miguel, le aviso que ya tenemos preso al asesino de Sasha Tordes. Está en la seccional N° 11. Se llama Rufino Fuerte. Ya firmó su confesión —fueron las únicas palabras que dijo y cortó.



JUSTICIA POPULAR

uno



MARCOS STANLLY residía en un barrio lujoso de la ciudad, cerrado, con vigilancia privada permanente. Había sido representante de la Enron americana en Argentina, séptima empresa más importante de los EEUU. Su presidente Andrew Faston estuvo preso acusado de fraude, lavado de dinero y conspiración. Sus gerentes, prófugos. Marcos mantenía relación con personalidades políticas, legislativas, judiciales en negocios que afectaron a centenares de inversionistas argentinos y al estado mismo, en el dos mil dos. Fue absuelto cuatro años después. Hoy apareció con un balazo entre cejas en su casa, sentado frente al aparato de televisión. No hubo señales de robo. Su billetera con las tarjetas de créditos intactas y más de mil dólares en billetes de cien. Calculó la policía forense que fue asesinado hace setenta y dos horas. Sobre su cabeza un papel de máquina con una palabra: **Corrupto** y una firma ahora ya reconocida: **GAC**

dos

URBANO SANTIES, fiscal federal, yacía bajo un árbol en el fondo de su casa, con la manguera abierta aún cayendo sobre su rostro. Un orificio de bala entre cejas. Un papel blanco común con la palabra **Corrupto** firmado por **GAC**. Urbano era el responsable de levantar los cargos cuando se inició el juicio por defraudación, lavado de dinero y tráfico de influencia. El juicio se anuló y el Juez Baltasar Justo decretó su absolución.



tres



HUGO BALTASAR JUSTO fue hallado muerto, sentado en su automóvil último modelo frente a su casa. Un balazo entre cejas. Un papel blanco con la palabra: **Corrupto** y la firma **GAC**. Lo mataron sobre las 16 p.m. —precisó la policía forense—. Regresaba de una fiesta o banquete en homenaje a su labor en la justicia. En su casa, encontraron una caja fuerte abierta. Adentro de ella, documentación que lo comprometía con la Enron y más de cien mil dólares.



cuatro



SECUNDINO MANSSON, abogado de los estudios jurídicos de Augusto del Franco, fue hallado tendido en la sala de estar; al lado de la puerta de calle. Un balazo entre cejas, un papel blanco con la leyenda: **Corrupto** y la firma **GAC**. La policía forense calcula su muerte en cuarenta y ocho horas. Una particularidad; la nota tiene una pequeña leyenda que dice: **CASO INCONCLUSO**





LA SEGUNDA REUNIÓN



¡Nada detrás de la muerte!

Nada...

¿Una victoria esperada?

*¡Nada!... Sólo un puño lastimado,
un puño cerrado, agobiando el capullo.*

LA CASA DEL JUEZ Carlos Valdivias fue nuevamente el lugar de la cita. La concurrencia había aumentado con respecto al primer encuentro. Los principales expositores estaban sentados tras la mesa de mantel blanco: Carlos Valdivias, Augusto del Franco, Bartolomé Lleitras y Jorge Trabón, junto al obispo Clarisetti, de pie, cerca de las cortinas, conformaban la “Mesa de Enlace”. Preocupados, hablaban entre ellos en voz baja.

La concurrencia fue tomando asiento lentamente luego de unos minutos preeliminares que transcurrieron entre saludos y rumores, bajo un palio de temor que se adueñó del ambiente. Una pieza de Beethoven en el hilo musical trataba de calmar ánimos y

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

alentar a los presentes. Lindas muchachas se ocupaban de acercar hasta los asientos, bebida fresca y algunos sándwiches. No obstante, nada podía hacer olvidar que éste no era un ambiente de fiesta. Los rostros de los presentes denotaban horas de mucha tensión. Carlos Valdivias, como anfitrión y presidente del grupo, abrió la reunión.

JUEZ CARLOS VALDIVIAS: Amigos y amigas. Una vez más y en un breve lapso de tiempo, han sido hallados otros cuatro cadáveres, miembros todos de nuestra asociación. Cuatro hombres de impecable trayectoria. *(Un murmullo de pánico se oye en el salón.)* Todos estaban relacionados con nuestros amigos de la Enron... Nosotros habíamos absuelto de culpa y cargo a quienes hoy han sido ejecutados, y hablo de absolución de todos ellos, porque el juez, el fiscal y los abogados cumplieron con nuestro compromiso en la causa. Tenemos el privilegio de ser unos de los países con menos empresarios y políticos condenados. Eso ha requerido muchos años de esfuerzo y dedicación. No hace falta enumerar nuevamente nuestros logros. Ni nuestro desconcierto ante estos hechos lamentables. Ya lo hice en la reunión pasada. Sin más, les resumo la orden del día. Nuestro jefe de seguridad nacional, Jorge Trabón, nos hablará un poco sobre el tema y las investigaciones en curso. Seguidamente hablará Augusto del Franco, que ha sido golpeado indirectamente en dos oportunidades: dos abogados impecables a su cargo han sido asesinados. Luego, Bartolomé Lleitras les hablará

sobre los nuevos mecanismos que impondremos para cuidar nuestra reputación. Y yo, finalmente, cerraré la reunión con las conclusiones. Sólo, les ruego, podrán interrumpir con una pregunta por persona. (Jorge Trabón, enciende un cigarrillo mientras mira la audiencia con desprecio.)

JORGE TRABÓN: No voy a ser extenso. Ustedes saben que si hay algo que no me gusta es hablar demasiado y más a ustedes. Ninguno de ustedes me tolera. La mayoría siente profunda repugnancia para mi persona. (*Murmullos de desaprobación.*) No es lo que hoy importa. De manera que les reitero sucintamente la información que ya conocen: hay un grupo que no podemos identificar por ahora, que ha cometido varios asesinatos entre los nuestros. Todos están relacionados con el trabajo de ustedes. Delitos económicos que acabaron en absoluciones... El caso del periodista se debe a un mal manejo de Bartolomé en su diario (*El rostro de Bartolomé enrojece de furia pero se contiene.*). Tenemos algunas pistas que nos llevan a pensar que los miembros de este grupo manejan un nexo muy especial con ustedes, léase amigos, amantes, parientes, compañeros de trabajo, vecinos, conocidos, etc. Hasta ahora nada nos hace pensar que tengamos un grupo extra-poder al frente de nuestros intereses y compitiendo contra nosotros. Sólo tal vez, eso creemos, algún traidor o infiltrado. Alguien que tiene acceso a residencias, despachos, vidas personales o causas. Mis preguntas son, y me las hago ante ustedes

sin reparos, vista la gravedad de la situación: ¿es posible que tengan acceso a llaves, alarmas, claves de cuentas? ¿Son una o varias personas las que visitan a sus víctimas, habiendo forjado una confianza previa, o son simples desconocidos? ¿Cómo saben los procedimientos, instrucciones judiciales o policiales? (*Tose.*) Obviamente los imagino como personas con una alta preparación si son capaces de entender la maraña judicial en la que ustedes se manejan. Creo que pertenecen a los mismos sectores donde ustedes operan. Creo que eso resulta palmario. Saben exactamente lo que hacen o han hecho cada uno de ustedes en las causas. ¿Mi conclusión? Creo que el grupo de homicidas y traidores, querida concurrencia, está entre ustedes y que estos vengadores, por llamarlos de algún modo, trabajan en distintos lugares pero cerca, muy cerca de sus escritorios. (*Un clamor se desata en la sala, entre la indignación y el latente pulso de la sospecha. Trabón se detiene, ajeno a las voces indignadas, y toma un poco de agua mientras desafiante observa a la audiencia. Prende un nuevo cigarrillo. La sala queda en absoluto silencio ante su mirada inquisidora. Nadie se atreve a hacer un comentario, ni mirar a quién está a su lado, ni siquiera mantener la mirada de Trabón. Parecen estatuas cabizbajas. Trabón, en cambio, los escruta uno por uno.*) Señores, levanten sus cabecitas y óiganme esto que voy a decirles. De inmediato, debo investigar a cada uno de ustedes y su entorno. (*Se oyen voces de indignación en la sala.*) Cada asistente señalará en un

papel que será distribuido en breves momentos, los nombres y apellidos de sus compañeros de trabajo, amistades e incluso amantes; intervención actual en casos judiciales de renombre... En esta misma planilla, hay cinco casilleros donde colocarán a su vez aquellos entre quienes pudieran manejar cualquier mínima sospecha: no lo duden, escriban con toda sinceridad y sin temor, pues de lo contrario, y para nada voy a negarlo, debo advertirles que estoy leyendo próximas necrológicas en el diario de Bartolomé. Cualquiera entre ustedes puede ser el destinatario del tiro de gracia de los GAC. Así que, señores... ¡despierten y manos a la obra! Luego de completar el informe, deberán firmarlo, colocar dirección, teléfono fijo y celular. Y si actualmente trabajan en algún caso específico, o lo han hecho en los últimos cinco años, se les dará un sobre para colocar esa documentación y adjuntarán el apellido para identificar a quién pertenece la declaración.

(Un asistente, conocido empresario por sus conexiones con el Estado, muy alterado se levanta y pide permiso para hablar.)

EL EMPRESARIO: ¡Y si no lo hacemos! ¡Yo no estoy de acuerdo en poner datos personales o íntimos y menos para usted!

(Trabón, que maneja sus desprecios, apenas si reacciona. Con voz pausada, luego de aspirar el humo y lanzar dos anillos blancos, le contesta.)

JORGE TRABÓN: Si no lo hace, me hará un favor. Usted perderá su asquerosa cabeza más pronto que tarde en manos de los GAC. Probablemente más adelante lo entrevistaste en la morgue.

(El empresario, luego de la respuesta, queda en silencio. Trabón observa al resto de concurrentes, bamboleando su cabeza, como esperando una nueva pregunta que aplastar. De repente, Trabón se aleja unos pasos. Un llamado telefónico lo obliga a interrumpir la exposición. Se lo observa disgustado por la forma de hablar y gesticula con su mano libre. Acaba el llamado y se reincorpora a la mesa. Desde el fondo del salón, un hombre obeso alza su mano solicitando la palabra. Trabón se da cuenta y acercándose al micrófono le pregunta si desea hacer alguna pregunta.)

EL HOMBRE OBESO: Sí, señor Trabón. *(Parece calmo y seguro.)* Sé que la mayoría de los presentes conoció a Sasha, la prostituta. También sabemos que Sasha prestó meritorios servicios para con este grupo de notables, y que fue alevosamente asesinada. Investigaciones realizadas, según creo entender, conducen inexorablemente a integrantes de esta selecta concurrencia que mantuvieron contactos con la prostituta. Mi pregunta, señor Trabón: ¿qué ha hecho usted para que esta investigación no nos perjudique, por culpa de la debilidad de alguno de nuestros compañeros?



*El temor...
ese aguijón traicionero
que se infiltra en la piel
sin dejar más rastros
que una aureola roja.*

(Trabón apaga el enésimo cigarrillo en el vaso de agua.)

JORGE TRABÓN: Todo ha sido resuelto hace pocas horas. Sasha tuvo por un tiempo como amante a un humilde hombre dedicado a destajar pescados. Por circunstancias especiales que no voy a contarles, supimos que se había posesionado de unas esmeraldas de uno de nuestros cargamentos; es decir, de ustedes. Con esos ingresos sostuvo una relación más que ventajosa para Sasha. Al terminar esa fortuna en manos de la puta, la relación con este hombrecito acabó rápidamente. Era el chivo expiatorio perfecto. No nos fue difícil hurtar de la pescadería un cuchillo de destajo con las huellas de este personaje y colocarlo en la escena del crimen. Ya está arrestado. Sinceramente, señores, creo que a este desgraciado no lo salva ni dios. Asunto cerrado. La investigación no derivará hacia algún integrante de nuestro grupo.

(Un suspiro generalizado en la sala aprobó el informe. No obstante, el hombre obeso vuelve a pedir la palabra. Se la otorgan por respeto

a su antigüedad en la organización. Pregunta si es posible conocer el nombre del acusado.)

JORGE TRABÓN: Sí, no creo que haya inconveniente. Su nombre es Rufino Fuerte; en fin, un don nadie. Está encerrado y condenado por su propia declaración. *(Le entregan a Trabón los sobres. Los cuenta; son exactamente cincuenta y cuatro. Abre su portafolio y los acomoda. Prende un último cigarrillo y se retira. Augusto del Franco ocupa su lugar, aguardando que la sala quede en silencio.)*



*Sólo había que encontrar
el muñeco de trapo,
herir el género con un trinchete
y encender una hoguera
para culpar a la víctima
que sólo atina
a mirar al cielo.*

AUGUSTO DEL FRANCO: Estimados amigos y compañeros, sobre ciento cuarenta casos concretos y fehacientes de corrupción, hemos logrado, luego de mucho esfuerzo y dinero, el ochenta y cinco por ciento de absoluciones. Debo aquí hacer una pausa y honrar la memoria de nuestros dos compañeros asesinados. *(Augusto sonríe, y con un comentario fuera de micrófono provoca la risa de las*

primeras filas de concurrentes.) Son nuestros fusibles, muchachos; son las ratas del barco. Pero vayamos a lo nuestro. Estamos en una situación muy especial y también peligrosa. Todos los que estamos acá y los conocidos que han sido sobreseídos en causas renombradas, tienen sentencia de muerte por estos lunáticos anónimos. La única forma de desenmascararlos es colaborando con nuestro amigo Trabón. Es el único que en estos momentos puede darnos no sólo pistas sino también protección. Para garantizar que esta protección sea eficiente y garantice nuestras vidas, se deberá girar, vía las habituales empresas offshore, medio millón de dólares por persona a la cuenta habitual, MCA38453AG. *(Un nuevo murmullo de desaprobación recorre la sala.)* Tendremos un gasto millonario. Vamos a tener que contratar investigadores, recompensas a buchones para que den información y coimas. ¡Sí, coimas! Las coimas que siempre damos para ganar dinero, ahora servirán para salvar nuestro pellejo. *(Estas últimas palabras, de nuevo, aplacan el murmullo de los asistentes. En el tenso silencio, se oye la tos de Bartolomé Lleitras. Es su turno. Pone todo el cuidado en su exposición. No desea perder los nervios nuevamente ante Valdivias y la concurrencia. Debe medir sus palabras.)*

BARTOLOME LLEITRAS: Estimados señores, si bien todo lo que tengo que decir, ya lo dije en nuestra reunión anterior, la muerte de mi jefe de redacción me obliga a hacer algunas apreciaciones.

Mañana aparecerá un artículo en mi diario y en los medios de comunicación que dirijo. No se extrañen ni crean que dicho artículo pasó a imprenta sin mi conocimiento. ¡No! Es más; ha sido redactado prolijamente por mis propias manos. He sufrido una extorsión que no puedo en este momento obviar, y que justifica su aparición. No deseo entrar en detalles. No es el momento. Pero como les decía; mañana, leerán el artículo que se contradice con nuestra línea editorial de las últimas décadas. *(Vuelve a toser, como en una llamada de atención.)*

Concretamente, si yo tuviera noción acerca de dónde se ocultan estos fanáticos que han alterado nuestras vidas, ¡no lo duden!, los compraría en este instante. Todos tenemos un precio... Y estos homicidas también. Pero el caso es que, como ustedes, no sé en dónde se ocultan, ni quiénes son. De manera que, mañana mismo, debo acceder a su extorsión en mi periódico y medios de mi propiedad. Debo informar a la comunidad de sus actividades clandestinas y hacer un relato sobre los asesinatos ocurridos, trama y objetivo. Difundir siglas y consignas. *(Un hombre delgado, de improviso, se para y alza su voz.)*

EL HOMBRE DELGADO: ¡Eso es traición! *(La voz retumba en la sala en completo silencio.)* ¡No podemos acceder a esto! ¡Si lo hacemos irán a por más! *(El hombre delgado, un empresario dueño de una de las fortunas más grandes del país, exaltado exige que se discuta en la asamblea lo que se debe hacer. Bartolomé trata de calmarlo pero el empresario hace caso omiso.)* ¡Señores, tuvimos

dos asambleas! ¡Y en medio de todas ellas, cadáveres por todos lados! No tenemos una sola información concreta y nos piden que aceptemos algo que desconocíamos y que saldrá mañana sin nuestro consentimiento. ¿Nos nombras en ese comunicado, Bartolomé? ¿Das algún dato sobre nuestras ganancias o actividad que realizamos con nuestras empresas offshore en los paraísos fiscales? ¿Qué grado de afectación tenemos en esa nota nosotros, los socios más leales y antiguos? *(Un murmullo ensordecedor agita la sala. Bartolomé trata de conciliar. No lo escuchan. Los reclamos se multiplican y corean consignas claras.)* ¡Queremos saber qué dice el comunicado en este mismo instante! ¡Queremos protección ya! ¡Queremos que Trabón dé explicaciones más concretas! *(Una vez más, Valdivias golpeó con el puño la mesa, haciendo caer los vasos y la jarra de vidrio. La audiencia se paralizó.)*

EL JUEZ VALDIVIAS: *(Con tono amenazante y autoritario.)* ¡Basta! ¡Esto no lo voy a permitir! Estamos en una situación muy delicada. Esto no puede ser tratado como un hecho más, ni pensarlo, y menos aún hacer asambleas deliberativas. ¡Pero es que se han vuelto locos de remate! A la mayoría de ustedes los he absuelto yo o mis pares. Todos han hecho fortunas gracias a la tarea de esta mesa de enlace que ahora critican ¿O les ha dado un ataque de democracia? Esto no tendrá mayor explicación y menos aún será puesto a consideración de ustedes. ¡Lo único que nos faltaba,

someter a votación! Por otra parte, Trabón ya se fue a cruzar la información que entregaron. Mañana leerán el artículo de Bartolomé y sabrán a qué nos ajustamos. ¡Y con esto se da por terminada la reunión! *(Toma una serie de documentos dispuestos sobre la mesa y marcha sin ofrecer más explicaciones. La sala comienza a vaciarse lentamente entre un murmullo lejano y tímido.)*



XIV



MATILDE Y MIGUEL



*Sólo te espero...
aun cuando el tiempo
permanezca quieto.*

MIGUEL ESPERABA pacientemente a Matilde sentado en el bar donde acostumbran a tomar café cada mañana. Leía el diario, indignado con un artículo basado en un informe yanqui sobre la corrupción en Argentina. Un tema que él dominaba a la perfección. Furioso apresuró su café y pidió otro. Pensaba con qué autoridad moral los americanos pueden hablar de corrupción en un país ajeno. ¡Esos coimeros! No hay corrupción sin dos partes. ¿Acaso la crisis mundial justamente no tuvo su origen en las defraudaciones en el corazón de los EEUU, con cifras multimillonarias e inimaginables casi? Pareciera que sólo cuando había sobornos, defraudación y coima en países periféricos, se podía hablar de corrupción. En cambio, cuando la corruptela germinaba en los propios Estados Unidos, lo denominaban crisis financiera y jamás

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

había responsables. Miguel pasó mucho tiempo justamente investigando casos de corrupción en la Argentina y naturalmente tuvo que seguir el rastro del dinero mal habido luego de triangular en paraísos fiscales, que acababan siempre en bancos honorables, mezclando cuentas secretas de coimas, con narcodólares que permanentemente se lavaban en paraísos fiscales que ellos mismos utilizaban en transacciones y ocultamiento de fondos. ¡Qué hipocresía, por dios! La corrupción debería tener el mismo nombre allí donde sucediera, con todas sus letras claras y limpias, ni más ni menos, ¡y punto, carajo!

En estas disquisiciones, Miguel dejó pasar el tiempo. ¿Qué hora era?



*Muchas veces
hay que sumergirse en el barro
para encontrar la razón
de la injusticia.*

Matilde llegó como siempre tarde, agitada pero bellísima. Ojos almendrados, largas pestañas, cada movimiento de sus párpados con un ritmo parejo y seductor. Miguel la miraba complacido, intentando disimular su furia por la lectura del diario. Vestía una blusa escotada que insinuaba con delicadeza el nacimiento de sus pechos firmes; la falda lisa a medio muslo, sus piernas talladas y las

rodillas asomando, desafiantes a cualquier caricia. Ella no bien tomó el vaso de refresco, se dirigió con seriedad a Miguel.

—¡Esto se está pudriendo, Miguel! Tengo miedo. Mucho miedo —y sus ojos almendrados se llenaron de lágrimas. Miguel esperó que ella se calmara. Nada se podía hacer, si ambos no controlaban los nervios. Hablaban de cualquier cosa, hicieron algunos chistes y luego de unos minutos, la conversación se dirigió como flecha a temas que ambos tenían pendientes.

Matilde había recibido una segunda nota del GAC, donde se marcaban sus movimientos en las últimas cuarenta y ocho horas con la frase “*te vigilamos*”. Ella repasó los horarios reflejados en el papel. Efectivamente, coincidían con sus movimientos, en su mayoría.

—Me quiero ir, Miguel; debemos irnos. Están matando gente muy cercana a nosotros.

—¡No! —dijo Miguel golpeando la mesa. Matilde dio un salto.

—¡Estás loco, Miguel!

—¡Sí, lo estoy!, pero no me iré por amenazas. Estoy loco, Matilde, pero de frustración. Loco por ver toda esta sombra que hay a mi alrededor mientras yo sigo trabajando como un estúpido. ¡Loco de bronca con los personajes que se me acercaron en estos últimos

días, con ofrecimientos, insinuaciones venenosas, promesas... donde estabas vos incluida!

—¿Yo? ¿Cómo? —empalideció bruscamente.

—Sí, vida, vos... Valdivias me prometió que te entregaría como ofrenda si yo no me incorporaba al grupo.

—¡Maldito sea! —explotó indignada—. ¡Mira si va a disponer de mí!

—¡Sí, Matilde, lo hará si él quiere! Tiene poder para hacerlo. Somos muñecos y sabes lo peor, Matilde, presiento que cada vez me parezco más a ellos. ¿Te das cuenta, Matilde, hasta dónde llegamos? En realidad no nos conocemos nunca del todo: siempre nos sorprendemos un poco ante el espejo. A veces, cuando miraba un cadáver, me quedaba observando el perfecto círculo que la bala dejaba en su cráneo. Lo comparaba con los bordes de volcanes dormidos y sentía un orgullo extraño, porque sabía quién era ese cadáver y cómo había sido de hijo de puta la víctima. Suspiraba orgulloso por esas muertes... —mientras terminaba de hablar, observó que Matilde mantenía la cabeza gacha y el rostro apesadumbrado.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—¿De verdad me amenazaron, Miguel?

—No, no es que te amenazaran; te advirtieron. Si quisieran matarte, te matarían sin aviso —de inmediato, Miguel se arrepintió de estas palabras, e intentó suavizarlas—. Bah, no te preocupes. Sólo

quieren que sepas que ellos saben de ti. De tu conocimiento de las causas. De tus contactos, movimientos y hasta de nuestra relación. Sólo te advierten. Debes quedarte tranquila.

La imagen fantasmagórica de Sasha dio por aprobada la reflexión. Estaba sentada en la tercera silla desocupada. Se la veía radiante. Asentía con su cabeza mientras miraba a Matilde con alegría. Matilde, sin ningún miedo, la observaba con curiosidad. Era la segunda vez que se le aparecía.

—¿La ves, Miguel? —preguntó en voz baja.

—Ver, ¿qué cosa? —contestó Miguel, siguiendo la mirada de Matilde hacia la silla.

—Nada, nada —dijo, y supo entonces que era la única que podía ver a Sasha. Sintió una extraña vergüenza por no poder explicárselo a Miguel. Miguel retomó el eje de la conversación, ajeno por completo a las apariciones. Prendió un cigarrillo para calmarse un poco; realmente estaba muy ofuscado en aquellos días por lo sucedido y le costaba hablar con tranquilidad.

—Bueno, Miguel, tratemos de buscar soluciones y no ver todo tan negro, ¿verdad? Hasta ahora no perteneces a ningún grupo. Tienes tu trabajo y también un futuro

—¡No lo creas, Matilde! ¿Quieres que te diga la verdad?
—ella nuevamente agachó su cabeza y apenas pudo susurrar una

afirmación audible— ¡Tengo un camino sin alternativas! Entro o me matan. Así de fácil.

—Pero al menos me tienes a mí, Miguel.

—Sí, mi vida, eso es cierto —mientras sostenía su mano amorosamente, observando cuán delicada y frágil era, sintió un miedo calcinador por Matilde... y por él mismo.





XV



MIGUEL Y AUGUSTO



*Se puede ser libre en nombre de algo,
pero también en contra de algo,
pero nunca frente a la nada,
porque dejaría de ser libertad.
¿Libre de qué?
El problema es identificar
qué libertad anhelamos.*

AUGUSTO DEL FRANCO tenía su propio edificio. El estudio jurídico era uno de los más grandes de Argentina y casi similar a los de Nueva York. Se había dedicado a delitos económicos cuando nadie quería incursionar en esa especialidad. Gozaba de fama y dinero, contactos y agentes leales en su trabajo y con resultados a la vista. Le costó más de cuarenta años construir no sólo el edificio, sino el grupo de abogados full time. Un centenar de abogados incondicionales, cuidadosamente seleccionados y formados. Su política de recursos humanos fue

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

siempre tener los mejores profesionales en cada área; para ello los enviaba al exterior a completar estudios y prácticas legales, y de paso establecer contactos en otras capitales que le pudieran rendir en el futuro algunas ventajas.

Al entrar, Miguel pudo comprobar que el despacho era al menos cuatro veces más grande que el suyo. La biblioteca de cuatro paredes daba cuenta de una enorme bibliografía en diferentes idiomas. Los pocos cuadros en esa exuberancia de libros recordaban a hombres y mujeres destacados en empresas, políticos, fuerzas de seguridad y medios de comunicación sonrientes. En todas, Augusto estrechaba sus manos. Leyendas como: “Gracias, Augusto” con distintas letras y firmas, rubricaban las imágenes. Miguel Dezoís abrumado por el escenario, sonrió y estrechó la mano de Augusto cuando entró al despacho. Se sintió uno más entre aquellas fotografías.

—¡Miguel —dijo el hombre setentón pulcramente vestido—, un gusto! Tome asiento.

Del Franco ordenó a su secretaria dos cafés medianos y ocupó el sitial en su escritorio. Comenzó en forma directa la conversación sin esperar que Miguel planteara el por qué de la audiencia.

—¡Usted viene por estar confundido e indeciso! No me cabe duda. Pero le diré algo para comenzar. Tengo absoluto respeto por su trabajo. Sé que los resultados no son los que usted anheló, no porque

su investigación sea deficiente, sino porque me obliga usted a contactar regularmente mis relaciones en el poder, para descalificar sus pruebas. Usted me sale caro, Miguel, pero me gusta litigar con su fiscalía por la seriedad de su trabajo. Ahora bien, en estas semanas usted ha entrado a nuestro grupo de trabajo aceptando las reglas de juego.

—¡Aún no! —replicó rápidamente, Miguel.

—Lamento, Miguel, que me diga eso. Usted no tiene opción en este juego. Ya está dentro con o sin consentimiento. Usted ha visto, escuchado y conocido la cúpula de nuestra organización. Ya no hay otro camino —del Franco había abandonado toda la cortesía anterior con un solo parpadeo, y avisó—: de lo contrario, usted juega con su vida y la vida de su prometida o como se llame —lo dijo en un tono sereno, sin ostentación de violencia verbal, como si lo que dijese no tuviese implicancia legal. Extrajo un álbum de fotos, lo abrió y se lo alcanzó a Miguel.

—Puede usted revisarlo. Hay más de cuarenta fotos de hombres y mujeres que se negaron a trabajar con nosotros. Todos fallecieron, Miguel, por accidente. Casos cerrados y ningún culpable. No me gustaría que su foto estuviese en ese álbum, Miguel; usted es inteligente y tiene un gran futuro a nuestro lado. Es más, lo aprecio sinceramente y es nuestro deseo que una vez que se jubile se

incorpore a nuestro plantel como asesor. Imagine su sueldo y bonificaciones.

—¡Doctor del Franco, aún no me ha dejado un pequeño espacio para que yo hable!

—¡No es necesario, Miguel! Usted no puede vivir de sueños. La lógica, mi amigo, es adaptarse al mundo que le toca vivir. Nosotros tratamos con gente poderosa. Debemos ser entonces igual que ellos y cobrar por esos servicios. Usted no perjudicará a nadie. Al contrario, va a aportar una notable ayuda a la sociedad. Ya se lo han dicho varias veces, Miguel, y yo se lo vuelvo a repetir... ¿No se cansa usted? El mundo tiene una organización delictiva aceptada. Empresas, bancos, financieras. ¿Y todo para qué? ¡Para que la utilicemos, Miguel! ¡Para que hagamos negocios y con estos negocios demos trabajo a tantos pobres diablos que ni imagina! Las leyes están hechas para dar marcos, no sentencias; permite utilizar estos recursos, evitando condenas innecesarias. El dinero mueve montañas, corrompe la más pura de las inocencias. Es la pescadilla que se muerde la cola. No es difícil encontrarlos o detectarlos. La necesidad y los problemas económicos de cada uno los conservamos en nuestros registros. Sabemos a quién vamos a tentar. Nada es obra de la casualidad. En el caso suyo es distinto. Su vida está por medio y también la vida de Matilde. Usted es un caso especial. Ha llegado a un límite que pone en peligro nuestra organización. Tiene dos alternativas: ¡aceptar o aceptar! —sonrió ante esta sentencia. “Todo

lo tiene bajo control”, pensó Miguel, paralizado. En el rincón derecho, pudor observar el reflejo de una lente. “Me están grabando”. Quedó en silencio, sentado, sin fuerzas, con la mirada fija en la cámara. Del Franco se dio cuenta.

—¡Sí, lo estoy grabando, amigo! Y esta será una prueba contundente para el día de mañana. Sólo debo registrar cambios de voz; los actores seremos usted y yo, pero quien me tratará de corromper es usted, amigo Miguel —y largó una carcajada vulgar y ronca—. Y será válida y aceptada como prueba por Valdivias, que como juez será quien lo sentencie a usted. ¡Así es este mundo, muchacho! No hay que confiar en nadie —hizo una pausa como intentando recordar algo importante—. ¿Leyó a Píndaro? ¿No? Le recuerdo: “El hombre es la sombra de un sueño”. ¿Tiene usted sueños, Miguel?

Miguel no atinaba a decir o hacer nada salvo oír y observar, derrotado.

Antes de finalizar, del Franco levantó un pequeño maletín negro, lo puso sobre el escritorio, destrabó las dos llaves y al abrirse surgieron fajos de billetes americanos prolijamente acomodados.

—¡Son quinientos mil dólares, Miguel, ni más ni menos! Para demostrarle nuestra bienvenida... y tómelo como una atención de nuestra organización. No pretenda rechazarlo, es suyo, así lo

demuestra la filiación que compaginaremos —y con un tono de abusiva familiaridad—: ¡déle una buena vida a su hembra!

Cerró el maletín; lo aproximó a las manos de Miguel que tomó la manija como en un acto reflejo que costaba reconocer como propio.



MIGUEL Y BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ LLEITRAS era el propietario de un diario centenario, de esos que aún en la era digital se resisten a morir. Un diario que a su vez, como tantos otros, aprovechó coyunturas especiales en la historia del país, colaborando e impulsando golpes militares, aprovechándose para lograr pingües negocios. Bartolomé manejó en los últimos treinta años, una cadena de medios de comunicación que abarcaba prensa escrita, radial y televisiva. Un emporio multimedia construido lentamente gracias a la ignorancia, nunca escasa en las masas, y a la decisión política de los regímenes de facto, del mismo modo que a los contactos en distintos poderes públicos y empresariales. Fomentó y logró una plantilla de periodistas dispuestos a seguir una línea clara y obediente a las

directivas de sus responsables más directos. “Periodista que cruza la raya, queda sin trabajo”, era su lema. Las reglas para ingresar, también claras: “Acepta o rechaza. Si las rompe, es despedido”. Hombre de consulta del poder de turno, nunca aceptó que lo ignorasen y menos aún que lo atacaran. Bartolomé anualmente reunía a sus colaboradores y repetía con vehemencia: “la libertad de prensa soy yo”. Y en verdad, todo comenzaba y acababa en su criterio entre loas y aplausos del plantío.

Miguel conocía al detalle sus movimientos. Lo había investigado a fondo en tres casos que comprometían a la prensa mediante ramificaciones del mundo empresarial. Durante los gobiernos militares, tenía abiertas las puertas del poder, a cambio de que la información en diarios, radios y televisión apuntalara el régimen de turno. Se cuenta que cierto General, en un acto público, le comentó a viva voz: “Bartolomé, mientras yo gobierno, usted escribe y me mantiene a nivel de estadista, y de esta manera tendrá abiertos los caminos para hacer todos los negociados que le apetezca”, y Bartolomé de igual modo, sin recato, cuentan que contestó ante la audiencia: “Siempre a su lado, mi General. Governe usted tranquilo. Sus espaldas las cubro yo“, y así se cuenta que estrecharon sus cuerpos en abrazo cómplice.

Sentado en el hall, Miguel aguardaba. La secretaria del Director, Gisela, trajo café negro y unas medias lunas, y se retiró a su escritorio donde cruzó las piernas mostrando unos muslos bien formados. En ese instante, un joven robusto de cara despejada entró con unos expedientes. Saludó a Gisela, abrió la puerta de Bartolomé y pasó sin pedir permiso.

—¿Quién es? —preguntó Miguel a Gisela.

—Marcos Poncio —le contestó ella, con ganas de chismorreó—. La mano derecha del Director, casi un hijo, si le soy sincera.

Pasaron unos veinte minutos. La puerta se abrió y fue Marcos quién le pidió a Miguel que entrara.

—Por favor, señor fiscal, pase, el Director lo espera.

—¡Mi querido amigo, qué gusto verlo! —le recibió Bartolomé con los brazos abiertos—. Cuando Gisela me dijo que usted, nada menos que el Fiscal, deseaba una entrevista con mi humilde persona, le dije que no sólo le otorgara el día y la hora que usted quisiera, sino que para mí era un honor recibirlo en cualquier momento. Permítame estrechar sus manos y presentarle a Marcos Poncio: un amigo entrañable, casi un hijo —Marcos se adelantó y tendió su mano en una actitud estudiada. Miró a Miguel con temeridad. Sus ojos eran gélidos e insondables. Bartolomé lo guió al sillón más mullido e inmediatamente sugirió una bebida.

—¿Toma usted, doctor?

—Poco y nada —contestó—, pero tomaré lo que ustedes.

—Entonces le prepararé un brandy. ¡Ah, el brandy, elixir de dioses! Tengo uno importado que le encantará —abrió un armario y sacó una botella y tres vasos. Gisela entró con una cubitera de hielo y miró con detenida curiosidad a Miguel que correspondió con un gesto de simpatía. Ella salió moviendo sus caderas con una sensualidad premeditado, mirándolo de reojo. Lleitras se dio cuenta.

—¿Le gusta, Miguel? —le dijo con una mirada cómplice—. Es una buscona, amigo, pero muy competente, que puede ser suya si lo desea a un solo gesto de su mano. Es una bestia en la cama, turra como pocas —soltó una carcajada que festejó Marcos, asintiendo. Repartió los vasos y buscó su lugar en el escritorio, sin perder la mirada del visitante en ningún momento.

—Bueno, doctor, dígame, ¿a qué se debe esta importante visita? No es frecuente que un fiscal de la Nación visite este lugar. ¡Ah!, puede hablar con toda franqueza: Marcos es de mi entera confianza —Miguel aceptó el reto. Por otra parte no tenía ya nada que perder.

—Doctor Bartolomé Lleitras —comenzó su exposición—, efectivamente no es común este tipo de visitas. Pero ya estuve antes con Augusto del Franco, Carlos Valdivias y Jorge Trabón. Me faltaba usted. Mi intención es presentar algunos problemas y tener repuestas claras. Imagino que los mencionados hablaron con usted

—Bartolomé asintió con la cabeza—. Debo manifestarle que no pertenezco a ninguna organización. Las conversaciones con sus amigos parecen que tienen un único objetivo: integrarme.

—¡Así es, Miguel! —corroboró Bartolomé—. Pero antes me deberá usted contestar algunos interrogantes que considero importantes.

—¡Pregúnteme, Miguel! —Marcos asintió.

—¿Usted pertenece al grupo desde el inicio?

—¡No, Miguel, soy uno de los últimos! Pero llevo más de veinte años... Vea, yo heredé este monstruo —y con sus brazos abarcó todo el despacho—. Mi padre y mi abuelo lo crearon. Yo lo disfruto. Pero le he dado estructura de empresa y como tal la manejo. Nunca ejercí el periodismo. Al contrario, detesto el oficio. Pero pronto encontré la veta económica y política hasta aquel entonces inexplorada. Nosotros, los medios de comunicación, somos lo que hoy deviene y denominan como el Cuarto Poder. Yo lo visualicé mucho antes. Ellos, mi padre y mi abuelo, se jugaban en gobiernos conservadores y luego militares, por comulgar ideológicamente. ¡Yo no! Soy algo más mercenario, amigo mío —una sonrisa de orgullo se filtró por su rostro—. Mi empresa produce dinero, no intelectuales. Los gobiernos democráticos son mal negocio... ¿Quién compra un diario, escucha una radio o ve un programa oficialista? ¡Nadie, Miguel! Nosotros vendemos otra cosa. Vendemos críticas. Creamos monstruos, y así como los creamos los destruimos. Pero todo tiene

un precio y allí estoy yo. Poniendo las reglas del juego. Todos revolotean alrededor mío. Son dependientes de mí. Me necesitan para todo lo que hacen y lo que no hacen —deteniéndose, tomó un largo trago para luego continuar—. Soy el cerebro de estas buenas criaturas. La neurona que les falta. Odio la democracia. Sí. La odio visceralmente. Pero debo adaptarme a ella y ver de qué forma puedo sacar provecho. Yo luchaba en soledad hasta que encontré a Carlos, Jorge y Augusto. Ellos ya conformaban esta Asociación, pero no tenían al cuarto poder a su lado. ¡Los muy astutos, pronto vieron los beneficios! Les ofrecí mis servicios. Les ofrecí salir de las sombras. Les ofrecí construir una opinión pública servil. Prometí liquidar el periodismo de investigación. Les prometí apoderarnos de la opinión pública. ¡Y lo logré, Miguel! En casi una década... ¡Sólo una década! ¿Se da cuenta? —como si necesitara un testigo de su obra, miró a Marcos—. ¡Dile, Marcos...qué eran ellos antes de entrar nosotros!

Marcos se iluminó ante la pregunta, deseaba apropiarse de esa parte del discurso, ponerle pasión al proyecto, demostrar que nada había sido hecho por la casualidad. Su voz era seca y dura como una piedra:

—¡Basura insignificante, eso eran! —exclamó Marcos exaltado—. Nosotros les dimos la vida pública de la que carecían. Y para eso trabajamos con Bartolomé. Él, con su genial cabeza, su

cerebro privilegiado y audaz. Yo, con la fuerza bruta. Somos un solo cuerpo. El piensa. Yo ejecuto. Somos el ejemplo del éxito. La razón de la fortuna y el corazón del imperio. Pero trabajamos veinticuatro horas, doctor. No descansamos. Tenemos todo bajo control, menos el descanso. ¡Pero sabe qué! El poder que sumamos día a día, nos da ese placer que solamente quienes lo ejercitan lo sienten. El poder y éxito superan todos los momentos de debilidad y nos permiten continuar sin descanso. Potencian el ser humano. Lo hacen soñar y gozar, y a su vez temer para ser temidos. Porque en este mundo todos temen perder, perder cualquier cosa, son unos reptiles ignorantes que quieren más y más. No hay posibilidad de saciar el poder, mi muy apreciado fiscal. El poder nutre y enferma. Vivimos en una gran cloaca, pero no podemos renunciar a ella. Es nuestra esencia de vida.

Bartolomé aplaudió y palmeó su espalda.

—¡Así es, Miguel! ¡Este chico sabe como decir las cosas!
—llenó las copas y pidió alzarlas en un brindis de hermandad. Miguel los observaba, en silencio.



*¡Ah!... La ambición que despliega tentáculos de hierro
y asfixia al hombre para convertirlo en su esclavo.*

Mentalmente ubicó en tiempo y espacio la constitución del grupo. Bartolomé fue el último en integrarse, este dato era importante para Miguel. Entonces hizo su segunda pregunta, directamente.

—Doctor Lleitras, usted va a publicar un artículo exigido por el grupo asesino. Según usted, así lo tengo entendido, lo justifica porque de otra manera el nuevo jefe de redacción o usted mismo podrían perder su vida. Me gustaría acceder a él antes de ser enviado a prensa. ¿Puedo?

—Por supuesto, fiscal. ¡Marcos! —ordenó—, entrégale una copia a nuestro visitante —Marcos abrió el primer cajón del escritorio y alcanzó una copia que Miguel comenzó a leer con detalle. Cuando terminó, miró a Bartolomé y con asombro preguntó si era suficiente a las exigencias de los GAC, para que las amenazas no se llevaran a cabo.

—¡Lo es, lo es! Mi compromiso es detallar todo lo que ellos han hecho, pero también informar los alcances de este grupo y sus objetivos. Será publicada en la segunda página. Pero pasará inadvertida, porque cubriremos la primera hoja y columnas de fondo con otra noticia impactante. Le comento, por supuesto: no hay nada que ocultar en estas instancias... Vamos a inventar la muerte de un funcionario. Un personaje que no será identificado durante días. En realidad, hemos buscado un linyera. Lo vestiremos de traje y corbata

y le anexaremos unas carpetas de gobierno. La sangre que emane del corazón, se encargará de darle más veracidad a la nota. ¿Cuál será el título de la portada en el día señalado? “Asesinan al secretario del Ministro del Interior de la Nación”. Ese será. Lo asesinaremos a puñaladas, antes de quemarle la cara con ácido. El linyera tiene las mismas características físicas que el funcionario, así que no habrá problemas con la identidad. La foto estará arriba del comunicado que los GAC exigen publiquemos, y todos los medios se abocarán al comentario del caso que nosotros vamos a imponer, sutilmente, a la opinión pública en primera plana. Nosotros, Miguel, manejamos la opinión. ¡Nunca, nunca olvide eso! Por otro lado, ya tenemos la seguridad que el Gobierno no dará desmentidas, porque no podrán ubicar a este funcionario durante cuatro días. Está bien resguardado en Portugal, con una señorita que enviamos para que pase unos días en la costa, el muy turro. Cuando desmientan la identificación del linyera-funcionario, ya habrán pasado las setenta y dos horas que necesitamos para que la información central, que es la de esta organización nefasta, quede relegada al más mísero de los olvidos.



*¡No deben pensar!
¡No deben!
Yo soy la luz*

que ilumina la razón.

—¿Mataron un linyera para esto? —repuso escandalizado Miguel.

—¡Efectivamente! —se adelantó Marcos, sediento de protagonismo—. Yo personalmente me encargué. El infeliz estaba en el lugar correcto. No me costó ubicarlo, comprobar los parecidos, las características físicas, entrar en el domicilio del secretario ministerial, sacar la ropa necesaria, alguna documentación y preparar la simulación. Mañana tendrá usted oportunidad de leer la noticia. Será macabra, pero la necesitamos así. De paso, aprovecharemos la coyuntura para incrementar la manida sensación de inseguridad que tanta mella hace a este maldito gobierno de hipócritas y falsos progresistas. El público consumirá la noticia, nunca la desmentida.

Bartolomé miró a Marcos con profunda admiración. Parecían dos tórtolas adorándose el pico mutuamente.

—¡Este muchacho es capaz de todo! Cuando usted se encuentre en problemas, Miguel, no dude en contactarlo —Marcos agradeció el comentario y prosiguió hablando del caso; cada mínimo detalle parecía extasiarlo.



*Y a veces las palabras escapan,
escapan inconscientes a un vacío extraño.
Caen, por no poder mantener su vuelo,
se pierden en una nebulosa insana.*

—¿Están ustedes locos? ¿Se dan cuenta que están confesando un crimen ante un fiscal de la Nación? —incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—¡Por supuesto que nos damos cuenta! La ventaja que ahora tenemos, señor fiscal, es que a partir de este momento usted ya es cómplice de todo lo que acontezca. ¡Y cuidado con lo que está diciendo! Podría tener seria consecuencia para usted y su entorno, incluida su amiga Matilde. ¡Jugosa hembra, por cierto, Miguel! —las groserías por parte de ambos, que reían entre sus palabras soeces, dio un giro definitivo a aquella cortesía inicial—. Me repudre esa yegua, me la pone realmente dura. ¿Me la presta unas horas, Fiscal? Yo se la devuelvo cansada y fría...

—¡Miguel! —intervino Bartolomé, aminorando la brutalidad de su protegido—, a ver si nos entendemos... El mundo gira de acuerdo a leyes físicas, pero el hombre actúa según sus conveniencias; tenemos un problema: usted, y debemos darle a eso solución. Hay mucho dinero de por medio, Miguel. Muchos intereses. ¿Usted vio el asunto del hijo del presidente? Ocurrió lo que tuvo que ocurrir. Fue avisado. No escuchó. Lo mataron y luego asesinaron uno por uno a cada testigo: acompañantes, compañeros y hasta contactos íntimos. El material sospechado que se hallaba en el

helicóptero desapareció. Todo desaparece, Miguel, cuando no interesa ver. Es fácil. Es prudente; es razonable que así sea. Nosotros cuidamos a nuestro país y sus intereses... A veces hay que matar para que haya vida. Eso hacemos, Miguel —hizo una pausa y comenzó a buscar algo en los cajones—. ¡Ah! Casi me olvido: Valdivias le envía este sobre. Se lo entrego en mano. Me dijo que usted sueña comprar una buena casa en un barrio elegante y cambiar el puerco auto ése que conduce. ¿No es así? ¡Felicitaciones, fiscal! Hizo una buena elección. Ahora, si me disculpa, tenemos que proseguir con las labores que tanto le escandalizan. Nada debe quedar librado al azar.

Se levantaron. Saludaron a Miguel y se retiraron no sin antes decir a Gisela que tratara como es debido y merecía el señor Fiscal. “Dale todos los gustos que vos sabés”.

—¡No me costará, será un placer! —susurró ella, cerrando la puerta del despacho tras de sí

Miguel quiso levantarse, pero estaba como mareado. Sus piernas no le obedecían. Miró a Gisela acercándose lentamente, desprendiéndose de su blusa, el sostén, quitándose la falda y bombacha.

Apenas recordará los labios calientes recorriendo su cuerpo hasta llegar a su sexo. Apenas recordará el cuerpo suave y excitado pegándose al suyo, y las caricias de esa muchacha que lo llevó a

lugares húmedos y oscuros mientras sentía su boca trabajando entre sus piernas. Antes de cerrar los párpados, entendió que había sido drogado. Gisela desnuda, cabalgando sobre su sexo y sacando unos billetes del sobre, fue la última imagen en su retina.

XVI



DESPERTAR



*¡Orgullosamente bella!
Bañada con hebras de sombras
y luces de media mañana,
repartiendo indulgencias
a propios y extraños.*

NO PUDO SABER si era de día o de noche al abrir los ojos. Estaba en una habitación extraña, desnudo y sobre una cama revuelta y húmeda. A su lado derecho, un par de fotos de él con Gisela, en posiciones más que explícitas, fornicando.

Sin embargo, Miguel no recordaba nada. Un dolor intenso en la cabeza, una sensación de presión y deseos de vomitar... Trató de incorporarse inútilmente. Cayó al primer y segundo intento.

Observó una nota sobre la almohada, escrita con lápiz labial: “Adiós, amor, te dejo unas fotos y un gran corazón rojo”.

Gisela cumplió las órdenes de Bartolomé. No le costó demasiado. Incluso lo disfrutó, porque ésa era su tarea: complacer sexualmente previo pago, y Miguel era un tipo más que apetecible.

A su vez Gisela realmente disfrutaba del sexo más oscuro, y sentía una satisfacción enfermiza en poseer a un hombre sometido e inconciente de sus actos. Su propio jefe le entregaba los narcóticos: luego fotografiaba a sus víctimas o las filmaba.

Miguel miró el techo y las paredes de la habitación, todas espejadas. En los bordes, pliegues de cortinas moradas atadas con cordeles dorados. No necesitaba mucha imaginación para darse cuenta que había sido fotografiado y filmado en diversas posiciones que ampliaban las fotos encontradas. Imágenes como las que acostumbraba a ver en oficio. Cámaras ocultas usadas en toda clase de extorsiones.

Se sentó al borde de la cama. Miró la puerta del baño entreabierta. La luz prendida. Se acercó lentamente. Empujó la puerta y halló a Gisela, en un baño de sangre, sentada en la bañera. Un grito de horror escapó de sus labios. Desnuda, inerte y con un agujero limpio en el pecho. El orificio ya había dejado de sangrar. Buscó el arma en el baño y la habitación. No encontró nada. Comenzó a sonar un teléfono que no podía localizar a simple vista. ¿Quién podía ser? ¿Dónde estaba? ¿Qué hora era? ¿Por qué le estaba sucediendo todo aquello? El teléfono no dejaba de sonar.

Desde la puerta, una voz oscura y cansada preguntó:

—¿Miguel Dezoís? El conserje le anuncia que hay un señor que lo busca.

—¿Quién me busca? —preguntó confundido.

—Un tal Marcos —contestó con voz seca.

—Que pase —dijo abrumado por los acontecimientos. Marcos abrió la puerta. Inexplicablemente se mostraba excitado, verborrágico, ansioso, y lo apartó de un golpe.

—¡La mataste, Miguel! ¡Hijo de puta! ¡La mataste! ¿Qué hizo? —se dirigió al baño donde encontró a Gisela. Lloró al lado de la bañera, acariciando la cabeza inmóvil; introdujo el índice derecho en el agujero del pecho—. ¡Hijo de puta! Mataste mi único amor.

Lloraba como un niño. De su boca caía una baba blanca y espesa, desesperada. Miguel tardó en reaccionar. Todo era irreal como una pesadilla imposible.

Marcos se levantó bruscamente, encarando a Miguel, aún disminuido físicamente y aturdido. Miguel esperaba que lo golpearan. No pudo más: cerró los ojos y lanzó un grito salvaje, un aullido de lobo en la montaña, un grito desgarrador y bestial. Pero sucedió lo contrario. Marcos puso su mano derecha en el hombro de Miguel y dijo en voz baja:

—Tenemos que sacar a Gisela, Miguel —abrió los ojos, como borracho—. Debemos borrar toda huella posible. ¿Y el arma?

—No tengo arma —susurró Miguel.

—¿La escondiste?

—Nunca tuve un arma. Yo no le disparé.

—¡Ah...sí, se hirió sola, pobre imbécil! Vamos, hay que sacarla de aquí. ¿Y el encargado de abajo? ¡Maldita sea! ¡Espérame!

—bajó con agilidad felina. Se oyó el estampido de un disparo. A los pocos minutos apareció nuevamente, mientras Miguel temblaba de terror.

—¡Listo! Vamos, Miguel, ayúdame a mover el cuerpo.

La arrastraron entre ambos por las escaleras hasta la calle. Subieron el cuerpo en el baúl del auto de Marcos. Miguel obedecía como un zombi.

Regresaron a la habitación, limpiaron el baño, los grifos, los vasos, se llevaron las sábanas y fundas. Sacudieron el cubrecama y embolsaron las pertenencias de Gisela en una bolsa de basura. Subieron al auto. Marcos conducía con naturalidad, sin señas del hombre violento ni del hombre desesperado que lloró ante el cadáver de Gisela. ¿Lloró?

—¿Dónde te dejó?

Miguel respondió como un autómatas:

—En mi departamento —no sabía cómo reaccionar ante la nueva actitud de Marcos. “Dios mío, si la maldad existe, tiene el rostro de esta bestia”, pensó.

Al bajar del auto, Marcos, antes de arrancar, le dijo:

—Yo me ocupo de todo. Vos no salgas hasta media mañana.
Te llamaré. Ya eres de los nuestros...

Apenas pronunciadas, aquellas palabras retumbaron en su maltrecho cerebro. Cuando entró a su departamento se dio cuenta que aún tenía las dos fotos en su mano derecha. Allí estaban él y Gisela, gozando una relación que nunca tuvo pero que nunca ya podría desmentir.



*¿Es el sueño el inicio de la pesadilla?
¿O es la pesadilla el inicio del sueño?
¿Quién podrá quitar el velo de la duda?*



DÍAS DESPUÉS **ante VALDIVIAS**

VALDIVIAS hablaba despreocupado. Se le notaba más relajado de lo habitual; seguro de sí mismo.

—¡Vea, Miguel! No le voy a relatar lo que usted ya sabe, pero le haré un recuento de lo que es la mafia en este bendito país nuestro. Sólo algunos ejemplos que le servirán. No busque el estilo de Al Capone. ¡No! Aquí se aplica el sistema de sicarios. Hombres preparados que se dedican a vender su oficio al mejor postor. Tienen sus códigos y el principal es el silencio. Eso sí. Usted debe pagar lo que ellos le pidan. Para qué le voy a recordar casos, usted supongo que ya los conoce. Pero como el ser humano es un animal de poca y extraña memoria, ¿no cree?, le quiero mostrar algo —tomó una carpeta y le hizo prestar atención a algunas observaciones marcadas prolijamente en rojo.

—¿Comprende, Miguel? Así actúa la mafia: observe y lea. Sin contemplaciones ni remordimientos. Fijan objetivo, víctima, momento y ejecutan cuando saben que alguien puede hablar de más o no pagan su cuota. ¿Y usted, Miguel, investiga sólo en casos económicos? Miguel no sea tan iluso. No hay crímenes puros. Tampoco hombres puros. Menos aún sicarios puros. Todo está relacionado. Lo político, lo económico, empresas, iglesia, bancos, carteles de drogas, etc. Nosotros nos circunscribimos a lo económico, pero tenemos contactos con quienes hacen la parte penal. Todo está relacionado y hermanado.

Miguel, ante aquella letanía, miraba al vacío, inexpresivo.

—Ya lo ve, Miguel, esta organización, GAC, ¡malditos!, también gozan de este estilo mafioso. Y lo peor es que no sabemos ni quiénes son. Y es difícil defenderse de fantasmas sin rostros. En cambio, usted ya nos pertenece, ya conocemos su verdadero rostro. Usted ha sido testigo de la confesión de un crimen, y lo calló. Después le descubrimos cogiendo con una puta, que cobardemente mató.

Miguel pareció despertar, colérico.

—¡Yo no maté a nadie, hijo de puta!

—¿Puede probarlo, Miguel? —sin inmutarse ante el insulto y su ira—. Las pruebas que tenemos hablan de usted. Huellas en el arma, fotografías, rastros en las sábanas, vagina, baño... ¡Qué puedo

decirle! ¡Dr. Miguel Dezoís, bienvenido a la organización!
¡Bienvenido a casa, muchacho!

Tenso, mordiéndose los labios, Miguel sentía cómo la rabia incontenible hacia todo y todos, incluyéndose a sí mismo, crecía hasta ahogarlo.

—¿Sabe usted en dónde está el cadáver de Gisela, Miguel?
—prosiguió implacable en el tormento—. Congelado. Hibernando, lo mismo que la película grabada y las fotos. Lo podemos hacer aparecer cuando nosotros dispongamos. Y usted no querrá, supongo, ¿verdad? —Miguel negó desconcertado con la cabeza—. Ya supuse... Creo que ahora es usted inteligente. Además, por cierto, debo felicitarle: ¡tiene usted muy buen gusto con las mujeres! Su mina es una hembra muy jugosa. Es una bella hembra su querida Matilde, ¿no cree? —Miguel sintió ganas de arrancarle a esa bestia el corazón con sus propias manos, pero contuvo su ataque de ira; Valdivias concluyó sus reproches, aplacando ánimos—: vaya tranquilo, hombre, y trabaje con libertad absoluta, pero a partir de ahora, antes de presentar acusaciones como fiscal, tendrá que pasar por mi despacho y revisaremos los cargos.

Miguel no pudo articular palabra. Conmovido y enmudecido, avergonzado y extorsionado, se sentía una auténtica piltrafa humana. Una sensación de impotencia y odio incontrolable lo atravesaba. Sí... ¿Acaso no era uno de ellos?



XVII



JORGE TRABÓN



*Yo soy aquel villano inculto que rescató tu prosapia.
Yo soy aquel ramplón andrajoso que preservó tu fulgurante orgullo.
Yo soy aquel vesánico vacío que cuidó tu concupiscencia.
Yo soy aquel que hoy no soy,
porque tu sagaꝝ encono me condenó a un sempiterno destierro
y al deslucido vejamen del olvido.*

JORGE TRABÓN apoyó a Gisela suavemente en la cama. La desvistió con notable paciencia observando un cuerpo majestuoso. Sentía el orgullo perverso de tenerla en su propia cama sin resistencia. Sin una sola palabra de queja y ella inmovible. Tendida sobre la sábana oscura, Gisela resaltaba su cuerpo y sus bellas formas. Una piel blanca, pálida, tersa. Quizás le faltase algo que le otorgara más tibieza, pero ya se encargaría él de

dársela. La cabellera desprolija se abría en abanico sobre la almohada, el cuello desnudo mostraba una delicada cadena de oro, los hombros permitían que sus brazos se abrieran a la espera; las perfectas caderas, los muslos entreabiertos, su sexo libre y rasurado. Trabón se colocó a los pies de la cama mirando la mujer que siempre deseó. Se desvistió con tranquilidad y excitación creciente. ¿Cuántas veces practicó ese momento sublime, extrañamente sensual? Habló con palabras obscenas como acostumbraba con sus putas; le anunció lo que haría con ella. Le gritó que siempre deseó hacerla suya. Como repuesta a aquel silencio mortuario, la castigó con el cinto de su pantalón una y otra vez, dejando marcada la lonja de cuero en su piel de porcelana. Ella no se quejó. El cuerpo recibió el maltrato necrófilo. Estaba ausente, malherida, inerte, ingenuamente inocente. Aun así, en ese estado de entrega helada, Trabón la poseyó una y otra vez. La besó con desenfreno sin ser correspondido. La insultó. Se burló de ella. La escupió y cacheteó su rostro con la palma de su mano abierta. Saciado de sexo, se levantó bruscamente como si fuese el cazador que había desollado su presa, mirando a Marcos sentado al costado de la cama, testigo del acto, lanzó un aullido salvaje y ordenó:

—Llévatela antes que se pudra, hazla desaparecer.

No era sino un cadáver translúcido, ofertada a la perversión de Trabón. Una hora antes, Marcos comunicó a Trabón que llevaría a Gisela para hacerla desaparecer.

—¿Dónde la tienes? —preguntó ansioso.

—En el baúl —contestó Marcos—. Tengo amigos para hacerla invisible, Jorge.

—¡No! —dijo Trabón—. ¡Traela a mi casa! La quiero antes de que la conviertas en ceniza.

—¡Está muerta! —le objetó Marcos.

—Exacto. Eso es lo que quiero y me gusta.

—¡Sí, jefe! —dijo Marcos obediente. Aquella mañana le acercó el cuerpo de la mujer. Asistió entusiasmado al acto sexual entre la bestia y la bella. Aplaudió incluso, cuando Jorge Trabón se levantó triunfante.

—Eres de los míos, Jorge. Sabía que eras una rata psicópata.

Como respuesta, Trabón le dio una trompada en pleno rostro. No era la primera vez que lo hacía. Había una complicidad entre ambos largamente incubada y sostenida; una relación enfermiza.

Consumado el acto, Marcos la llevó rociada de fluidos al crematorio. Sus amigos esperaban con el horno encendido.

—¡Tardaste, muchacho! —dijo uno de ellos—. ¿Estás herido, muchacho?

—¡No, me caí!

Sacaron la joven del baúl. Parecía que hubieran dibujado sobre su piel: las manchas amoratadas, verdes grisáceas, púrpuras, cubrían lo que fue el cuerpo de una mujer hermosa. Nadie la reclamó. Era ya ceniza y olvido.



*El cuerpo inanimado,
frío, seco, rígido
y ausente,
nunca imploró clemencia.*



LA ENTREVISTA

—Soy el fiscal federal Miguel Dezoís —dijo con autoridad al guardia cárcel que estaba en la mesa de entrada.

—¡Sus documentos, por favor!

Los entregó junto a la chapa, y el carcelero dio orden que lo acompañaran a ver a Rufino.

—¡Celda 247! —gritó.



Gustavo Adolfo VACANARVAJA

Miguel siguió al guardia cárcel. Abrieron varias rejas internas. Llegaron al fondo de un pasillo oscuro y frío. A la derecha, una hilera de ventanillas enrejadas, permitía vigilar a los presos. La mayoría mataban su tiempo fumando y jugando a las cartas. No había gritos ni violencia. Todo permanecía bajo una sombra que aparentaba ser eterna, con luces mortecinas en pasillos y una luz natural, desvaída, que caía en la celda desde una claraboya altísima y protegida. El guarda cárcel al llegar a la celda 247, anunció:

—¡Macaco, tienes visita! Le dicen macaco, le aviso —aclaró el guardia mientras aparecía un hombrecillo de aspecto desmedrado, confirmando su apodo.

Pequeño, delgado, de brazos largos y finos. Su rostro plano, realmente simiesco, le impedía ser el hombre apuesto que él hubiese soñado. La celda estaba aislada. Una catrera de cemento, un colchón sucio y deshilachado, la almohada desvencijada y una mesa empotrada de cemento. A la derecha en el rincón, un inodoro que perdió el color blanco, se veía amarillento con bordes anaranjados. El fondo despulido. La canilla de agua era de plástico y goteaba constantemente. Colgada de una saliente de la pared, una toalla desgastada casi marrón. Un vaso de plástico con jarra de plástico sobre el piso. Rufino lucía la ropa raída, gris, sucia y aún con olor a pescado. Barba desprolija mal afeitada y dos lagañas en la comisura de sus párpados. “Una ruina en vida, vale más muerto que vivo”, pensó Miguel.

—¡Soy inocente! —atinó a declarar en cuanto enfrentó a Miguel.

—Lo sé —lo tranquilizó Miguel, sentándose al borde de la cama—. ¡Siéntese, por favor, Rufino! Tranquilo, sólo vengo a conversar con usted por Sasha.

—¡Sasha! —repitió Rufino sollozando—. Yo no la maté. Yo la amaba.

Miguel le pidió que le contara toda su relación con Sasha. “Debe usted contarme todo Rufino, todo”, le insistió. Rufino comenzó nuevamente su historia, como una extraña película de terror con ribetes de amor prohibido, que se proyectara regularmente en su cabeza. Cómo la conoció; cómo la conquistó. Habló de las piedras preciosas encontradas y su desprecio cuando se le terminaron. Habló de su vida, de sus complejos y sus miserias. Durante dos horas habló de él y Sasha, observando a Miguel como si fuese el cura que oye una confesión. Al terminar, lloró y dijo en voz baja.

—Era una puta; sí, lo era, pero yo la amaba y ella también llegó a amarme. Perdona que llore. Supongo que no soy muy hombre por hacerlo, pero ¿usted piensa que una puta puede amar, señor?

—Sí, Rufino. Hasta una puta tiene derecho a amar —le replicó Miguel, midiendo sus palabras en un tono alentador ante aquel pobre desgraciado— Es más, he conocido putas que conocieron el amor antes, durante y después de ejercer la

prostitución. Me alegra que Sasha le haya amado a usted, Rufino. Se lo merece. Hay que reconocer que el amor duele, Rufino, se sea puta o santa.

—¡Sí, señor, usted sí me comprende! Duele y mucho. Yo estoy dispuesto a morir mil y una veces si pudiera verla una vez más en mi vida. Porque mi vida se terminó el mismo día en que supe que ella murió. Yo soy poca cosa, pero dejé en ella todas mis ilusiones. Me conformé con poco: las horas que Sasha pasó a mi lado, y no me importa que haya sido por dinero. Ella me dio el cariño que nunca tuve y se lo agradeceré toda mi vida. ¿Usted cree en el amor?

Miguel estaba desconcertado ante la fidelidad y el compromiso de este hombre por una prostituta.

—Es usted un buen hombre, Rufino —contestó Miguel tratando de cambiar el eje de la conversación.

Miguel confirmó en el relato de los hechos, que el Juez Valdivias era uno de los clientes más importantes de Sasha. La descripción y los datos del automóvil coincidían.

Miguel nunca había odiado. Pero después de aquella conversación y de ver a Rufino con esa pureza e inocencia arrojadas al rancio suelo de una prisión, se dio cuenta que algo se movía en su interior. Un hombre que amaba a pesar de su condena y del engaño, hablaba mucho de la extraña condición humana. Se retiró de la cárcel con la pregunta de Rufino martilleando sus oídos. Sí, ¿creía Miguel en el amor? ¿Sacrificaría su vida, como Rufino, por el ser amado?

Una lámina finísima de llovizna caía sobre la ciudad mientras Miguel se acercaba a su coche.



*Tú que caminas senderos infinitos,
¿sabes lo que es el amor?,
¿lo sabes?
¿Alguna vez sangró tu corazón en silencio?
¿Llenaste océanos con tus lágrimas?
¡No, no lo sabes!*



MARCOS PONCIO VISITA A MATILDE

MARCOS PONCIO sabía la ausencia de Bartolomé, y aprovechó la ocasión para visitar a Matilde. Como siempre, la encontró en su escritorio ordenando expedientes. Su rostro, sin embargo, denotaba preocupación, algo demacrada y ojerosa. Su primera reacción al ver a Marcos fue sorpresa y temor.

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

—¿Busca al doctor?

—No —dijo con voz pausada y rotunda—. La busco a usted. Tengo que hacerle algunas preguntas sobre Sasha, la puta que asesinaron —Matilde se puso rígida.

—¡Era mi amiga! —dijo convencida, descalificando la adjetivación de Marcos.

—Amiga o no, era una puta barata y si vivía con vos, es de pensar que también lo eres.

—¡Me está faltando el respeto, señor!

—¡Respeto, las pelotas! Vas a contestarme lo que te pregunto y no me creas estúpido. Más vale que sepas lo que vas a contestar. Se acercó a Matilde, que retrocedió temblando de miedo y a su vez ahogada en ira; se sentó en el escritorio y le habló tan de cerca que podía sentirse su aliento, mientras apoyaba una mano en su hombro.

—¿Le comentaste a alguien de la relación de esa puta con el doctor Valdivias?

—¡No! —dijo Matilde intimidada.

—¡Mientes! Yo tenía razón: eres una puta mala como tu amiga. ¿Quién más lo sabe? —y colocó una bofetada en su pómulo derecho.

—¡Nadie lo sabe! —aseguró con voz trémula y llorosa. Hizo rodar la silla hacia atrás, como un lisiado intentando huir ante un tren de carga.

—¡Así que te gusta jugar, perra! —Marcos la tomó de sus cabellos y la besó en la boca—. ¡No está mal! —dijo soltándola y golpeando esta vez con su puño el otro pómulo—. ¡Me gustas! —se acercó nuevamente amenazante, metió la mano bajo la blusa y el sostén atrapando el seno derecho—. ¡Te voy a violar, puta, si no me dices quién lo sabe!

—¡Nadie! —insistía Matilde con su mejilla ya ensangrentada.

Marcos volvió a agarrar su seno, la tomó de los hombros y la arrojó sobre el escritorio. Los expedientes cayeron. De un golpe seco bajó la falda y le arrancó la bombacha.

—¡Te va a gustar, perra! —gritaba mientras su mano penetraba violentamente en su vagina—. ¡Vas a hablar! ¿Lo sabe alguien más?

Matilde se abandonó. Su herida en el pómulo sangraba cada vez más. Marcos lamió su rostro; absorbió su sangre como si fuese néctar. Al terminar la tiró al suelo. Apretó el cinto y le dio una patada en el abdomen.

—¡Más te vale, perra, que no le digas a nadie, porque la próxima vez te pongo un plomo encima!

Abandonó la habitación mientras Matilde aún se retorció de dolor sobre el suelo. Sentía en el abdomen una puntada intensa que se irradiaba a los flancos. Vomitó un líquido verdoso, amargo y

observó que había pintas de sangre muy roja. Se desvaneció apoyando su cabeza en ese charco de sangre y vómito.

Cuando despertó estaba en el hospital. A su lado Miguel, apoyando la cabeza en el estrecho margen que quedaba entre su brazo derecho y el borde de la cama. Tenía dolorido el rostro, lo sentía hinchado, presionando las vendas. Una venda abdominal y despierta.

—¡Menos mal! —le susurró Miguel—. Hace cuarenta y ocho horas que no despiertas —tomó su mano y la besó—. Ahora descansa. Tranquila. Ya pasó todo.

—¿Que me pasó, Miguel? Me duele todo.

—Te operaron, Matilde. Te quitaron el bazo, te estalló.

Ella cerró los ojos y lloró por unos instantes en silencio. Las lágrimas brotaban al igual que las últimas imágenes cuando era golpeada y violada.

—¿Quién te golpeó, Matilde? —preguntó en un susurro, suavemente, como si la misma pregunta pudiera causarle la explosión de otro órgano.

—¡Poncio! —dijo ella sin agregar nada más. Ocultando su agresión por vergüenza y también temor. Se sentía tan sucia, tan miserablemente sucia.

“Descansa, mi vida”, susurró Miguel, mientras acariciaba su cabeza con un gesto paternal. Descansar, descansar. Matilde se

volvió a dormir con esa frase dentro suyo. Serena en la presencia de Miguel; al fin, protegida.



XVIII



MUERTO



*No hay voces.
El silencio es el amo.*

AUGUSTO DEL FRANCO permanecía sentado en su sillón mullido de cuero. En su frente, un orificio limpio, oscuro con un hilo de sangre que se desplazaba por su borde inferior; los ojos abiertos y ausentes. La boca dejaba caer por su comisura derecha una baba espesa y blanca, con algunas burbujas de aire. Sus dos manos atrapaban los dos brazos del sillón con los

dedos crispados. En el escritorio, una hoja blanca con una sola inscripción en rojo: **GAC**.

Jorge Trabón miraba el cadáver con indiferencia mientras exhaló el humo blanco del cigarrillo. Su orden fue no tocar nada y dejar que la policía forense realizara su trabajo. Disimuladamente tomó una pequeña libreta de direcciones y teléfonos, al lado de un carpetón de cuero sobre el escritorio. Lo ocultó en el bolsillo del saco y ordenó el seguimiento de llamadas por teléfono de las últimas cuarenta y ocho horas.

—Quiero la lista completa impresa —dijo con su voz seca, ordenando. Con su pañuelo levantó el auricular del teléfono fijo. Estaba sin tono y volvió a colgarlo mientras siguió con la mirada el cable hasta el enchufe de la pared. Desconectado. Desde su celular, marcó el número de Valdivias.

—Augusto está muerto —anunció y sentenció—: sí, el GAC. Luego de oír el reclamo al otro lado de la línea, se dirigió a cuatro jóvenes abogados que se hallaban fuera de la oficina, apartados de la escena del crimen.

—¿Quién de ustedes tiene los detalles de los últimos casos judiciales en los que Augusto trabajaba?

—¡Yo! —dijo el más veterano.

—¿Alguno de importancia?

—Las coimas del Senado —precisó.

—Quiero todos los expedientes, de inmediato.

Asintió el abogado, pero se quedó mirándolo por un instante como indeciso.

—Dije de inmediato....

—¡Sí, señor!

Se fue rápidamente a su oficina, para entregárselos. Jorge Trabón se retiró con los expedientes en la mano sin despedirse, y encargó a su segundo que vigilara el lugar del crimen hasta que finalizaran las pruebas indagatorias de los peritos.



BARTOLOMÉ PUBLICA LA INFORMACIÓN

“Con hondo pesar en el día de ayer, el Dr. Augusto del Franco, colaborador y amigo de este medio gráfico, fue alevosamente asesinado en su propia oficina. Un balazo en la frente. Se constituyó en forma inmediata el equipo forense a cargo del Jefe de seguridad Jorge Trabón, quien ha desarrollado la hipótesis de móvil político. El destacado abogado, presidente de estudios jurídicos más prestigiosos e importantes de Latinoamérica, habría estado investigando los fondos económicos de una célula terrorista por lo que se sospecha se trate de una respuesta de estas organizaciones que aún operan en el país... Se guarda celoso secreto de sumario...”.

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

Mientras leía distraídamente, Trabón escuchaba a la vez por los altavoces, el diálogo reproducido fidedignamente por una “clandestina grabación” en su biblioteca, entre el Obispo Clarisetti y Augusto del Franco, dos días antes de ser asesinado



LA GRABACIÓN



DEL FRANCO: ¡Gusto de verlo, Obispo! No lo esperaba, es una grata sorpresa. Pase usted, tome asiento. ¿Un café?

OBISPO CLARISETTI: Gracias, doctor. Aceptaré un café si no es mucha molestia.

DEL FRANCO: Al contrario, Obispo, es un honor para mí.

OBISPO CLARISETTI: ¿Se preguntará por qué vengo y por qué no le hablé antes de hacerlo? En realidad, estoy bastante preocupado por lo que estamos viviendo. La violencia y corrupción han convertido mi vida en una pesadilla, a pesar de vivir en gracia de Dios. Se interrumpió unos segundos. Tenemos problemas, doctor. ¿Estará al tanto del asunto Caja Sur, supongo?

DEL FRANCO: Absolutamente, estoy trabajando con mis abogados locales y dando asesoría a mis colegas de España.

OBISPO CLARISSETTI: ¡Dios lo bendiga, doctor!

DEL FRANCO: Bendiciones no, Obispo. Dinero. Trabajo por dinero. ¿Pero qué le preocupa a usted en este caso? No pertenece al grupo sospechado, su nombre no aparece en los expedientes judiciales, nadie me habló de alguna vinculación con usted. Aparte, con nuestro trabajo hemos logrado que Caja Sur se fusione con Unicasa y Caja Provincial, esto le da seriedad al desastre de Caja Sur. También oculta las defraudaciones hechas por importantes funcionarios eclesiásticos. Habíamos logrado con el desplazamiento de la presidencia de Caja Sur del megalómano sacerdote Miguel Castillejo, calmar el ambiente hace unos años; pero el sucesor Gómez Sierra fue un desastre. Son ochocientos millones de euros, Obispo. No es poca cosa. Y estamos hablando de casi algo más de cuarenta millones de euros en “comisiones”. Coimas, para ser exacto.

OBISPO CLARISSETTI: Lo sé. Lo sé. ¡Alabado sea el señor! Pero hable en voz baja.

DEL FRANCO: Mire, Obispo. A Castillejo lo puso el mmo Vaticano en tal cargo. Hizo negociados que dejan al escándalo del banco Ambrosiano hecho un poroto. ¿Recuerda este caso? Es su amado Vaticano. Castillejo fue gestor de Caja Sur; él venía de

administrar Monte de Piedad y la Caja de Ahorro de Córdoba. Con estas dos hizo una: Caja Sur, y desde allí comenzó a robar, defraudar y blanquear dinero de origen “no santo”, y por supuesto repartir.

OBISPO CLARISSETTI: Lo sé... Lo sé....Por favor, baje la voz.

DEL FRANCO: Disculpe, pero estas cosas hay que decirlas. Una cosa es decir públicamente que uno está contra la corrupción y esta maldita violencia que vivimos; pero otra, es ser santo en el infierno. Usted sabe cómo es la cosa. Yo no juzgo. Cobro. ¿No entiendo cuál es su problema?

OBISPO CLARISSETTI: Parientes, doctor. Usted sabe, Caja Sur tiene una superoblación de empleados. Casi todos son parientes de hombres de la iglesia. Más de mil cuatrocientos empleados, muchos sacerdotes y entre ellos, cuatro parientes míos. Sólo que uno de ellos, es gerente en una sucursal y tiene problemas serios.

DEL FRANCO: ¿Qué problema?

OBISPO CLARISSETTI: Cuentas secretas en paraísos fiscales. Mucho dinero.

DEL FRANCO: ¡Y bueno, pero eso es en España!

OBISPO CLARISSETTI: ¡Virgen santísima!... ¡No!... Ese es el problema. Están a mi nombre y creo que me están rastreando.

DEL FRANCO: ¿No me diga que viene a contratar mis servicios?

OBISPO CLARISSETTI: Sí... ¡Por el amor de Dios, déme una mano!

DEL FRANCO: ¡Las dos, obispo... pero con fondos! Yo trabajo, ya se lo he dicho, por dinero. ¡Y soy caro!

OBISPO CLARISSETTI: Lo sé. Lo sé. Estoy dispuesto a pagar lo que sea.

DEL FRANCO: Dígame una cosa Obispo.... ¿Tiene temor sólo por sus cuentas secretas o por su vida?

OBISPO CLARISSETTI: Ambas, doctor. Usted nombró el caso Ambrosiano; recuerde que fue el mismo cardenal Marcinkus el que envenenó a Juan Pablo I Albino Luciani en septiembre del setenta y ocho. Después asesinaron jueces, cardenales, abogados y sacerdotes involucrados en el caso y los documentos desaparecieron por supuesto. Acá va a pasar lo mismo. Van a eliminar a los probables testigos; entre ellos, mi pariente o yo. ¡Por amor al cielo, doctor! ¿Se da cuenta de lo que estoy hablando?

DEL FRANCO: Me doy cuenta, Obispo. Tanto, que será el cuarenta por ciento.

OBISPO CLARISSETTI: ¿Cuarenta por ciento? ¿De qué me habla?

DEL FRANCO: El cuarenta por ciento de lo que tenga en el paraíso Fiscal...

OBISPO CLARISSETTI: Sea, doctor. Por resguardar nuestra institución, ¡acepto!

DEL FRANCO: ¡Por supuesto, Obispo!....Brindemos por nuestra institución...



ACABA LA GRABACIÓN



¡Carajo! ¡Putá mierda! Jorge Trabón salió enfurecido y entró a la oficina de redacción pateando la puerta.

—¿Dónde está este hijo de puta?

Bartolomé en un rincón hablaba con la redacción impartiendo la línea editorial: “Recorten la información de éxitos del gobierno nacional... No quiero logros de estos comunistas que informar. Quiero fracasos, intrigas, enfrentamientos, cambien números en forma sutil, inventen declaraciones que molesten a la opinión pública, que la inquieten; creen zozobra; desprestigien al orador oficialista con detalles burdos. ¡Es que tengo que estar en todo!”.

Cuando se dieron cuenta del violento ingreso de Trabón, ya se había descolgado con una trompada que hizo que Bartolomé golpeará contra el vidrio y lo rompiera. Trabón se desprendió de dos periodistas que intentaron sujetarlo.

—¡Suéltlenme! ¡Ni se atrevan! —conminó amenazante mientras se abalanzó nuevamente sobre Bartolomé.

—¿Quién te autorizó a poner mi nombre y el móvil del crimen, pelotudo? —acomodó un culatazo en su pómulo izquierdo mientras le imprecaba. Una herida de tres centímetros se abrió comenzando a sangrar profusamente.

—¡Valdivias fue! —susurró en el suelo con el rostro ensangrentado. Trabón le pateó la cara, aplastándole el rostro contra el suelo, al oír la confesión. Se dio media vuelta y mientras se retiraba, le advirtió:

—¡Y no llamen a la policía.... porque la policía soy yo, manga de cagones!



XIX



TRABÓN ENCUENTRA A PONCIO



*¡Ah...¿y el color de la derrota?
Negro humo, rojo sangre, gris ceniza.
Pero huele mal, huele a carne podrida,
Carne abandonada sin nombre,
sin rostro, sin alma que la habite.
¡Ah....el estiércol!*

JORGE TRABÓN estaba fuera de sí. Situación más que anormal para un hombre acostumbrado a transitar los abismos humanos de los cuales se nutría en su profesión.

Poncio estaba sentado en el mullido sillón de cuero con los pies sobre el escritorio leyendo el diario de la mañana. Su primera reacción fue hacerle una chanza a Trabón cuando lo vio entrar.

—¿Así que ahora sales en los diarios? —y soltó una carcajada pegajosa que se interrumpió con la patada que Trabón dio en la mesa haciéndolo casi caer.

—¿Y vos? ¿Qué tienes que ver en esto, imbécil?

—¡Nada! —dijo Poncio levantándose—. ¡Te juro que no tengo nada que ver!

Se corrió del lugar para evitar la trompada que Trabón le lanzó. Trabón, indiferente, fue directamente al bagueño simulado en la biblioteca. Abrió y sacó una botella de Vodka, sirviéndose un buen trago mientras encendía un cigarrillo. Mirando el cuadro de Valdivias, pintado al óleo, comentó:

—Esto se está yendo de las manos. Estos hijos de puta me exigen que haga el trabajo sucio... Alguien más está asesinando, los fiambres no son casuales. Son perfectamente estudiados para golpear la organización. Es alguien de adentro —mirando con desprecio a Poncio—: ¿No serás vos por casualidad, marica idiota?

—¡No, por dios! —exclamó—. No dudes de mi lealtad...

—Cuando hay dinero, no hay lealtad. Hay ganancia y vos siempre has sido anormal —contestó Trabón mientras tomaba otro trago de vodka.

—¿Y por qué no vos? —sugirió Marcos con duda, y al instante se arrepintió de la pregunta. Trabón lo miró con repulsión, arrojándole el vodka en la cara mientras le escupía toda clase de insultos.

—Perro, puto de mierda, ¿dónde está Valdivias?

—Está por llegar —contestó Marcos con voz temblorosa mientras secaba su rostro con la mano abierta—. Está en una audiencia. Lo estoy esperando.



LA REUNIÓN DEL GAC



¡Rebelde! ¡No existe la devoción que tejen los cielos! Esos nimbos retozan en formas extravagantes como vendavales y borrascas, en el vacío impetuoso, facilitando el arrebató de sus alas cuando recién aprendía a volar; ahora permanece enclavada entre hacinadas muchedumbres, viviendo en estiércol de resumideros pestilentes. Y como la borrasca, devastando playas refinadas donde el paisaje se nubla de gris ceniza.

HABÍAN QUEDADO que ese viernes la reunión fuese a las ocho de la noche. Las invitaciones fueron hechas de acuerdo a estrictas reglas de seguridad establecidas por el jefe del grupo. Sólo el número 1 conocía los integrantes, a los que comenzó a hablar:

—Los he llamado para informarles de nuestros éxitos, compañeros. Se sembró lo ansiado: dudas, temor, sospechas. El objetivo está logrado. En la opinión pública, y no les miento que ello me sorprende, late el miedo pero a su vez el apoyo. Curioso. Tenemos un grado de aceptación interesante, por lo que no estamos errados en lo que establecimos al inicio. Por tanto, he decidido que el número 6 y el 8, se hagan cargo de este señor que está sentenciado con su data en este papel —serenamente, a ambos, se los alcanza—. Luego de leer la data del sentenciado, quemen el papel.

—Compañeros, ya saben quién es, dónde trabaja y qué grado de responsabilidad tiene. No hace falta decir nada más. A partir de este instante, en quince días, ustedes tendrán que ejecutarlo. Conocen sus movimientos y el cómo hallarlo en su propia casa, o en el lugar donde concurre semanalmente a coger sus putas. La estrategia es clara, con movimientos simples: entrar en su domicilio u otro lugar y liquidarlo. Consumada esta orden de ejecución, renunciarán al grupo por seguridad de todos. El secreto y el silencio nos salvarán. Ya saben que faltar a estas premisas, está castigado con la muerte para el ex integrante y su familia. Compañeros, queridos compañeros, no somos un partido político. Tampoco una organización guerrillera, ni una secta de fanáticos. Somos la justicia en las sombras. Esto es lo que somos. A cada uno de ustedes los elegí con mucho criterio y paciencia. Analicé sus vidas y sus trabajos, sus amistades, sus

denuncias contra la corrupción, incluso sus familias. Confié en ustedes como los miembros indicados para llevar a cabo tan altos propósitos de justicia. Si traicionan esta confianza dada, no lo duden: habrán decretado su muerte y la de los suyos. Si respetan la promesa, nadie sabrá de ustedes ni les amenazará por el resto de sus días, sabiendo que cumplieron con su deber. Este lugar ya no será para reuniones. Yo les informaré con detalle en dónde será la nueva cita.

Hubo un silencio absoluto en la sala. El número **1** acomodó el pequeño micrófono que deformaba la voz transformándola en aquella voz metálica, casi infantil. Levantó la mano y declaró la reunión disuelta. Fueron abandonando el lugar de uno en uno, por un lapso de diez minutos, evitando así la salida y el encuentro entre ellos sin las máscaras.



LAS ANDANZAS DE PONCIO



*¡Ustedes, cuerpos inanimados que invernán en el frío recinto desnudo de las
sombras eternas, invisibles de luz, eclipsando el alma...!
¡Eh, ustedes!, esculturas de bronce y mármoles, de piedra, arcillas, barro y agua...
permanezcan inmóviles para siempre y ¡quietas!*

MARCOS PONCIO recibió la llamada a las cero y cuarenta horas del día martes. Conocía a Tulio desde hacía más de veinticinco años. Siempre aguardaba su llamado con una extraña ansiedad, pues implicaba siempre el reinicio de un apartado oculto y privado de su vida más íntima. Atendió

luego de bajar el volumen de su televisor. La voz de Tulio, siempre discreta, anunció:

—Tengo dos potranquitas de esas que te gustan y disfrutas.

—¿Cuándo llegaron? —preguntó mostrando un interés inmediato.

De inmediato una erección abultada apretó su pantalón mientras hablaba por teléfono con Tulio, palpable incluso a través de la tela.

—Hace unos minutos. Ambas te esperan como siempre —y lanzó una carcajada recordándole que el precio de estos favores se había multiplicado por la inflación.

—¡Te aprovechas de mí!

—¡No! Yo cumplo y tú pagas.

Cortó, se sirvió un trago y apresuradamente se cambió. La casa estaba a no más de unos minutos. Había alquilado ese departamento pensando siempre que la distancia entre su vivienda y el placer, debía ser corto.

Tulio ya estaba en la puerta con las llaves en la mano derecha.

—¡Aquí tienes! —dijo mientras le arrojó el juego de llaves y una tarjeta magnética. Marcos a su vez le entregó un sobre con dinero.

—No estoy de acuerdo con la suba, pero hoy no me pondré a discutir. ¿Están en el mismo lugar?

—¡Como siempre, amigo! Te las dejé en la dulce espera. No dirán nada a nadie.

Abrió la puerta y entró. El habitual recorrido de siempre: pasillo, puerta central y el cuarto especial a la derecha. Al avanzar, Marcos pensaba malhumorado el cómo Tulio se ganaba el dinero sin dar un golpe al aire, pero no era tiempo de reclamos. Al abrir la segunda puerta vio las dos jóvenes. Tenía razón: Tulio no exageró. Una más bella que otra, tumbadas en el colchón, con una sábana púrpura cubriendo el tercio inferior de sus piernas. Las dos muy cercanas con sus brazos paralelos al cuerpo, dejando que toda la desnudez se brindara a quien pagó por sexo. Ninguna de las dos habló desde su hermosa lividez. Un absoluto silencio envolvía la habitación, a las mujeres y al cliente, a la vida misma. Marcos se desvistió, mirándolas fijamente. Subió al colchón y se sumergió entre ambas. Acarició a una y otra. Luego a las dos a la vez, vientres mansos sin reclamos ni reproches. Gozó Marcos como hacía mucho no lo hacía. Penetró a una y otra, rompiendo aquel silencio. Les comenzó a gritar palabras soeces, grotescas. Mordió como una bestia sus carnes heladas, marcándolas, mientras su miembro entraba y salía indistintamente de ambas. Acabó en un grito sobre el rostro de ambas. Miró sus fluidos deslizándose por las mejillas y la piel amoratada de las putas, y se levantó para ir al baño. Lavó su

miembro, se peinó y regresó disfrutando los momentos pasados con las jóvenes. Ya se encargaría Tulio de ellas, que pare eso le pagaba.

Llegó al final del pasillo, la puerta de entrada se abrió al colocar la tarjeta en la ranura. Una brisa fresca golpeó su rostro. Guardó en su bolsillo la tarjeta magnética y llaves de la Morgue que le había entregado Tulio, el morguero. Se sonrió al recordar recomendaciones: ¡Nunca dejes que un cadáver se ponga rígido! Tienes veinte minutos para hacer lo que quieras. Marcos estaba satisfecho de haber logrado cinco minutos más. Era su triunfo sobre la inflación. Le fascinaban los cadáveres femeninos.



LA MUERTE DE PONCIO



¡Ab...locura... locura!

*Ideas sin sombra
que se escriben en el estiércol
cuando el hongo de la muerte
se eleva.*

LAS CAPUCHAS 6 Y 8 cubren las dos cabezas. Ambos aguardaban el regreso de Marcos Poncio dentro de su departamento. Un edificio lúgubre, solitario en la cuadra cercana a la Morgue Nacional. “¡Este degenerado recibirá un trato especial!”, dijo el número 8. “¡No hagas nada que no sea la rutina indicada!”, dijo el 6 disgustado. Estaba allí, a la espera, para aplicar sentencia y no para la venganza. “¡Pero es un degenerado!”, dijo el 8.

—¡Hay muchas de estas porquerías sueltas! Pero lo nuestro es distinto. Él es quién traslada el dinero de las coimas de Valdivias. Un hombre sin escritorio, con portafolio de Carlos, listo para cumplir compromisos. ¡Malditos sean! ¡Gusanos!

Marcos Poncio entró al edificio sin tomar las habituales precauciones. En su cabeza, el sabor y el recuerdo del placer ocupaban la atención de su pensamiento errático. Abrió el departamento silbando. Estaba realmente contento. Prendió la luz y cerró la puerta con llave. Al girar su cabeza hacia el living, encontró dos figuras encapuchadas con pistola. Las capuchas perforadas con dos orificios simétricos que lo observaban; el resto, un género naranja que se perdía en la base del cuello; en la zona de la boca, una plancha metálica agujereada.

Intentó mecánicamente llevar su mano derecha a la axila donde cargaba un treinta y ocho corto.

—¡Yo que usted ni lo intento! —le advirtió el número 8, martillando su cuarenta y cinco mientras le ordenó que se sentara de inmediato.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó bajando su mano y encaminándose al sillón.

—¡No importa quiénes somos sino a qué venimos, muchacho! —dijo el 6.

—¿Quieren dinero? ¡Les doy lo que quieran! ¡Lo que quieran!

—No precisamente buscamos dinero, muchacho. Venimos a saldar una deuda, degenerado, y nos la vamos a cobrar.

—¿Acaso no es usted el gran Marcos Poncio? —preguntó socarronamente el número 8 acercándose a la oreja derecha de Marcos.

—¡Sí, lo soy!

—¿Es usted quién paga dinero de coimas a personajes que Valdivias compra?

—¡Sí, pero yo no tengo nada que ver, sólo cumplo órdenes! ¿Qué quieren de mí?

—¡Nada, muchacho... nada más que tu vida! Una pregunta antes... ¿Te gustan los fiambres?

Un balazo en la frente inmovilizó a Marcos. El orificio terminó con su vida. Marcos Poncio quedó sentado en el sillón en una permanencia tan natural, que parecía extraño que no continuara

hablando y defendiéndose. El número 8 acomodó los brazos prolijamente sobre los bordes del sillón. Abrió las manos dejándolas en descanso sobre la punta. El número 6 colocó el papel blanco con las legras en rojo **GAC, CORRUPTO Y DEGENERADO**. Ambos limpiaron con detenimiento perillas de la puerta, vasos que habían utilizado y levantaron colillas de cigarrillos. Se fueron, cerrando cuidadosamente la puerta. No hallaron a nadie en los pasillos mientras llegaban a la puerta de salida, donde cada uno tomó su camino

—No nos veremos más, compañero. Suerte

—¡Nunca más! Misión cumplida.

Ambos desaparecieron lentamente, sin mirar atrás, entre las sombras y el bullicio incipiente de la ciudad nocturna.



XX



MATILDE Y MIGUEL



Llagas... ¡Ah, desazón que zarandea los sueños como nimbos culposos de oscuridad, que se desploman sobre el espejismo sofocando la ausencia de misericordia!
¡Consciente y lóbrega profecía!
Humedece de esperanza, y deja que el brebaje de la vida riegue las llagas abiertas.

M

ATILDE FUE dada de alta a la semana. Los golpes internos no dejaron secuelas. Sin embargo, estaba débil y muy pálida. Miguel había decidido cambiar de domicilio. Un amigo le prestó un departamento en barrio Belgrano. No podía arriesgar más a Matilde. Sin preguntarle, la llevó en un taxi. El departamento era amplio pero modesto. El living gozaba de todos los

implementos necesarios para un buen pasar. Una biblioteca cubría gran parte de la pared más grande.

—¡Podrás leer tranquila, Matilde!

—¿Miguel, de quién es este departamento?

—¡No debes saberlo! Mientras menos sepas, mejor...

La llevó a la habitación donde la cama matrimonial aguardaba pulcramente hecha, impoluta. Ayudó a desvestirse a Matilde. En el tórax y vientre, aún permanecían los colores oscuros de los hematomas. La cicatriz limpia prometía cerrar sin contratiempo. Miguel admiraba a esa mujer. Aún en tales condiciones, conservaba orgullosa la dignidad de su hermosura.

Acomodó su cuerpo en la cama, lentamente, como si temiera romperla, y la cubrió con el sobretodo. Era hermoso cuidarla, pero bien sabía de los riesgos que implicaba amar a alguien en esa situación. Necesitaba pensar. Aún no le ha dicho nada a Matilde acerca de la muerte de Marcos Poncio. Ya se daría la oportunidad. Durante la semana de internación sucedieron muchas cosas, demasiadas muertes...

Miguel había desarrollado una hipótesis de trabajo diferente a la de Trabón con respecto al GAC. Guardaba información paralela y algunas pruebas que la policía descartó en las visitas al lugar del crimen. Fundamentó sus investigaciones no sólo en los hechos de corrupción local, de su país, sino en las grandes defraudaciones

cometidas a nivel internacional que superaban los montos económicos más fantasiosos, como el escándalo de Madoff, por ciento veinticinco mil millones de dólares y estafas en dieciocho países; o el robo de Stein, malversando dinero de la Guerra de Irak, y tantos, tantos otros. Era consciente que hubo más de setecientos mil millones de dólares anuales del narcotráfico que se buscaban blanquear, y para ello se usaron corruptamente toda clase de paraísos fiscales.

Miguel era conciente que esa madeja resultaba de difícil disección, porque el cuerpo social estaba involucrado en la corrupción de una forma u otra. Aunque él prosiguió con casos emblemáticos aportando pruebas suficientes y contundentes para llevarlos a juicio, sólo ahora, ya muy tarde, vislumbró que el ciclo de la corruptela y los turbios negociados marcaban líneas que llevaban irremisiblemente a la Sociedad. Todo cerró, en verdad, perfectamente cuando conoció la Sociedad de jueces, empresarios, políticos y medios de comunicación: nombres, cuentas, destinos y distribución del dinero negro. Todo gracias a más de quince años siguiendo pistas como un sabueso policial. Pero ante esa organización delictiva tan aceitada, poco o nada pudo hacer, y más ahora que había sido incorporado sin consentimiento e involucrado como testigo de aquellos asesinatos. ¿Y cómo protegería satisfactoriamente a Matilde de esta maraña? La miraba durmiendo en su cama, y se le destrozaba el corazón. Ya estableció medidas de

seguridad para él y Matilde. Ordenó custodia permanente. Se abocó en proseguir sus investigaciones sin comentar a nadie los resultados, prometiéndose a sí mismo encontrar solución, aún a costa de su propia vida. Estaba en el fango: ya no importaba ensuciarse. Al menos, el certificado médico de Matilde la apartaba por treinta días de su lugar de trabajo.

Por la mañana, antes de salir a la fiscalía, Miguel dio la novedad.

—Murió Marcos Poncio, Matilde. Asesinado.

Describió detalladamente su incursión en la morgue; las perversiones sexuales con cadáveres; la declaración del encargado de la morgue que lo comprometía y la forma de su muerte. Matilde escuchó como si estuviese en un sueño, en la peor parte de una larga pesadilla.

—¡Por eso me violó con sus sucias manos! ¿No era el cadáver deseado?

—Efectivamente, Matilde, no eras un cadáver. Por suerte. Ahora el cadáver es él.

Al abandonar el departamento, Miguel aseguró con llave la puerta, verificó los datos de la custodia. Estaba decidido a reparar todo aquel entuerto. Ordenó la excarcelación de Rufino al día siguiente. Decidió ordenar el cambio de carátula del expediente. En lugar de imputado por homicidio, lo registró como testigo.

Días después, Rufino fue a verlo con un agradecimiento exagerado.

—¡Lo que usted quiera, doctor! ¡Pídame lo que quiera! ¡Me sacó del infierno!

—Tranquilo, Rufino, ya utilizaré algunos de sus datos registrados en la declaración anterior. Pero un consejo; tome mi número del teléfono celular, salga de su casa y cambie de trabajo, y yo lo llamaré cuando sea necesario.



TRABON RECRIMINA LA PUESTA EN LIBERTAD



*Un fango hecho
con barro de almas negras,
aún seco,
no podrá ser esculpido
ni torneado.*

—¡Pero sos un pelotudo! —gritó Trabón—. ¿Cómo permitís la salida de Rufino? ¿Te has vuelto loco? El único sospechoso y con

declaración firmada de culpabilidad, y lo dejás en la calle nuevamente. ¡Me tomaste por boludo o qué!

—¡No es culpable! —replicó Miguel con el mismo tono de voz y con un gesto de rechazo evidente—. ¡Es más, no soy ni pelotudo ni virgen! Esa declaración fue forzada vaya a saber de qué manera. Es absolutamente inocente y el cambio de carátula les desmorona el ardid que ustedes montaron.

Trabón quedó perplejo. No estaba acostumbrado a que nadie le respondiera de esa forma.

—¿Así que te haces el gallito? ¡Pendejo de mierda, mientras vos estudiabas, yo estaba en la calle domando a criminales!

—¡No es un delincuente! Has fabricado un asesino al igual que muchos casos anteriores. He seguido tu paso en la Federal. A pesar de que limpiaste tus antecedentes, yo tengo originales que empañan tu trayectoria.

—¡Así que me amenazas, pendejo!

—No amenazo, sólo te hago saber que sé quién eres.

—Decime, pelotudo burócrata... ¿estás con nosotros o quieres que te limpiemos?

—Ni uno ni otro. Soy el Fiscal y actúo como mi criterio jurídico me dicta; no necesito un permiso y menos con tus antecedentes.

—¡Así que te animas a enfrentarme! ¿Lo sabe Valdivias?

—No he hablado con él aún. Pero lo haré cuando te vayas de esta oficina.

Trabón pateó el cenicero de pie, que se proyectó contra la pared. Luego tiró el sillón rompiendo parte del brazo de cuero. Salíó insultando y escupiendo mientras gritaba.

—¡No sabes lo que has hecho, pendejo!

Miguel no contestó. Notó que su calma se evaporaba. El temblor de las piernas hizo que se sentara. Luego sacó una botella de whisky del primer cajón y tomó un trago largo. Se dio cuenta que acababa de generarse el peor enemigo posible... y quizás el último.



VALDIVIAS RECIBE A MIGUEL



*A veces por salvar a terceros,
se hunden....*

¿Un acto cobarde?

¿Un acto valiente?

¿Quién es digno de someterse al veredicto?

Se hunden... se hunden.

—¡Mi querido Miguel, pase, por favor! —dijo con voz suave, casi musical—. Me llamó Trabón hace unos minutos. Me dijo cosas muy desagradables que seguramente son fantasías de ese psicópata —dio una palmada en el hombro derecho de Miguel y le instó a sentarse—. Mi querido amigo, esto se va complicando y no veo personas inteligentes a mi alrededor. Lo de Marcos Poncio era previsible, pero no tan rápido. Me han quitado mi brazo armado. Mi hombre de confianza para trabajos sucios... Eso duele, Miguel. Pareciera que todos son inoperantes y que esta secta, grupo, núcleo o como le llamen, tiene más sutileza que nosotros —entonces buscó su vaso de licor y continuó—: ¡No me haga dudar de mi elección con usted! Nosotros somos distintos, Miguel. Somos los intelectuales del delito. Pertenecemos al grupo selecto, el más inteligente, el más sutil y el más oculto. Tenemos métodos especiales para hacer y deshacer, mi querido Miguel, y usted acaba de dejar libre al tarado de Rufino. ¿Sabe qué significa eso, Miguel? Que hemos quedado en pelotas. ¡En ridículo con un hombre a quien nadie reclamó y que firmó su declaración de culpabilidad con puño y letra! ¿Y ahora Miguel, qué hacemos? ¿Qué explicación daremos a la prensa? Sasha tenía también relaciones amorosas con periodistas que hoy se van hacer un festín con esta noticia. ¿Y sabe por qué? Porque ellos saben que yo era el amante número uno de Sasha, y ellos comen del suelo como

reptiles, Miguel. Ahora van a tirarme roña. Ya hablé con Bartolomé Lleitras, no obstante. Pero siempre hay un rebelde, un osado; un marginal que piensa que la prensa es independiente y mete la bosta de sus investigaciones en algún diarucho o en la red. Eso no podemos manejarlo... ¿Se da cuenta, Miguel, el daño que ha hecho?

Trabón estaba furioso. Gesticulaba con sus manos como un mono colérico al hablar. La tibieza inicial se había desvanecido. Golpeó el escritorio con violencia.

—¡Yo no le voy a preguntar si está con nosotros o no, Miguel! Lo he llamado porque ya hice matar a Rufino. Al decírselo a usted, de nuevo lo estoy involucrando en forma directa. Y no pretenda hacer nada, porque de otra manera Matilde la pasará mal, pero esta vez de verdad.... —Miró a Miguel con profundo desagrado—. ¡La tengo, Miguel! —Miguel se alzó de un golpe de su asiento, demudado—. Está en un lugar seguro, asistida como corresponde, siempre y cuando usted calle y deje pasar este lamentable asunto de Rufino y la puta como un simple acto de venganza... Y usted en el molde, Miguel. ¡Quieto y serio! ¿Acuerda o también quiere ser responsable de la muerte de Matilde, y de la suya propia? ¡Linda hembra, Miguel! ¡Hay que cuidarla!

Miguel, paralizado, no podía creer que Matilde hubiera sido localizada. Eso era imposible. Inmediatamente le replicó al doctor Valdivias:

—¡No me creo que tenga en su poder a Matilde!

—¿No lo cree? —preguntó mirando fijamente a Miguel mientras sacaba un celular del bolsillo del saco—. ¿Quiere llamar a su amada, Miguel?

Miguel le arrebató el celular; era el de Matilde: lo reconoció de inmediato.

—¿Le dicto un número, Miguel, o lo marco yo? —le arrebató a Miguel el celular y comenzó a marcar. La voz no se hizo esperar. Valdivias ordenó poner a Matilde al teléfono—. ¡Tome, Miguel, y hable con ella! —Miguel escuchó un sollozo y palabras de angustia apenas discernibles; era Matilde. Cortó.

Se quedó mirando a Valdivias con odio. Por vez primera, el odio era infinitamente superior al asco.

—¡No, Miguel, no me mire así! ¡El culpable es usted por hacer lo que hizo! Le aviso que en este mismo instante, afuera está la prensa. Preparé una conferencia donde usted dará la información de esta muerte pasional. Rufino muerto. No importa quién lo mató. Problema solucionado. Usted dirá lo que le dije y dará el tono necesario como para generar veracidad a la información. No hablará sobre el cambio de carátula, por supuesto; yo tengo el que modificó —dijo mostrándole el expediente—. Trabajaremos con el primer original, el de Trabón, con la declaración de culpabilidad firmada y usted se encargará de embarrar la figura de ese maldito parásito hasta el final de sus días, maldita sea... Cuando termine la conferencia de

prensa, si lo hace correctamente y según hemos convenido, tendrá a Matilde en el mismo lugar en donde la dejó, Miguel. Le doy mi palabra al respecto.

Miguel pasó al salón. Una decena de periodistas con cámaras, micrófonos, flashes, le aguardaban. Bartolomé estaba al fondo del salón, atento, serio, imperceptible controlando a sus empleados. A su lado, Trabón sonriente, hizo una disimulada señal con su mano derecha en el cuello, que sólo él observó, estremeciéndose. Miguel abrió la conferencia de prensa. Relató hechos leyendo el informe preparado.

En la rueda de prensa, un periodista se atrevió a salir de su protocolo:

—Señor Fiscal, ¿cómo es posible que un asesino confeso recupere la libertad por una orden suya?

Miguel reaccionó rápidamente:

—La democracia, señor, se basa en la igualdad ante la ley. El acusado pagó la fianza impuesta y pudo obtener la libertad bajo estricto control domiciliario hasta el juicio, que será inminente, según me informó el Juez Valdivias. ¿Alguna pregunta más? —sin otra petición, Miguel cerró la conferencia. Ahora ya era un gusano, un reptil más, hundido en ponzoña. Al pasar cerca del Juez, le ordenó en voz baja que quería a Matilde en su hogar, en ese mismo instante.

—¡Allí estará en media hora!



XXI



MATILDE REGRESA



*Esa grieta
despierta el tiempo...*

*Esa grieta
filtra palabras
que desean la libertad.*

*¡Déjalas volar!
Deja que recorran
aires perfumados de vida...
de emociones...*



EN LA COLA de los taxis, Matilde vio a Miguel pasar dos veces, pero no se animaba a llamarlo. Se dijo a sí misma que él volvería, y así fue. Sus manos jugueteaban nerviosas

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

en el deseo postergado de abrazarlo. Aquel reencuentro fue como a cámara lenta, denso. Esta vez no hubo una luna plateada que mostrar. Tampoco una calle de sendero blanco que cruzar. Ni aguas encrespadas que escuchar. Ninguno habló durante el largo abrazo. Miguel no contó su denigración ante Valdivias y Matilde silenció los detalles de su secuestro.

Ya a salvo en el hogar, se entregaron el uno al otro, como si nunca antes hubiera sucedido, deshojando la ropa, cayendo como copos de nieve bajo una tormenta de invierno. Todo lo pasado se evaporó mágicamente; bajo el cuerpo a cuerpo se imponían las ramas de los besos bajo el viento, la pasión. Desnudos y húmedos, el abrazo cabalgó sobre la silla de los sueños entregados al gozo. El jadeo lacerante. El movimiento hondo y perfecto. El pulso de la entrega, presente del amor loco. El deseo volcado en una cama roja, con almohadones espías, titilando todo. Plenitud bajo la luz de la vela amarilla, en el vuelo del manto purpúreo, en la sábana trémula, una hoja de tela china, tan viva y creciente como un jardín de siemprevivas, en el suave vuelco de los cuerpos enlazados, que se apartaban y retornaban, sedientos de su carne. Así comenzó la noche, quebrada hasta los amaneceres naranjas, cuando Matilde descubrió en sus propias aguas el cansancio de la entrega, y acurrucada se cobijó contra el pecho de Miguel, entre sueños.



*Avasallante imagen
que invade la quimera
de un destino intrépido,
la belleza tan viva
derramando la estela de sus deseos.*

Una luz blanquecina se filtraba por la puerta entreabierta al final del pasillo. Lamía el piso con sigilo. La mañana se alzó bajo un tibio amanecer, venciendo el dulce rechazo del descanso, con el despertar al fulgurante deseo que volvía a retozar en el jardín de sus sábanas, mezclando las pieles tibias. Una y otra vez. Una y otra vez. Una y otra vez como tormenta sin fin, como furia y lava de volcanes, sin acusar sed ni hambre. Sólo el gozo, tan puro, alimentaba aquellos cuerpos. La media mañana sentenció su final y el comienzo de otro paréntesis ante el pasado doloroso, que se desvaneció en la bruma de un nuevo día. Los sufrimientos ausentes, el rencor desplazado por el profundo amor renacido.



*Brumas blancas.
Manto desplegado de suplicantes
nubes... Nubes cubriendo cielos
y brumas blancas,
mares mitigados de algodón.
Nubes blancas,
blancas e ingenuas...*

Un cielo transparente acompañó el desayuno, el baño de espumas blancas entrecortadas por tiernas caricias, los dibujos caprichosos de los cuerpos benditos por las tibias aguas, deslizadas en los caminos que atrapaban sus lenguas para un secado cómplice. Besos de prístino manantial. Risa contagiosa. Miradas cómplices cicatrizando aquella separación de largas horas en el abismo funesto del día anterior. Una fractura del tiempo caprichoso que al atardecer cubrió el vacío. Expectativa y encuentro. La actitud temerosa de Matilde. El seguimiento férreo de Miguel. El diálogo resplandeciente hasta que ambos vencieron el silencio acudiendo al placer de un jardín soñado, rojo anhelante a la espera de nuevos roces, caricias al viento y suspiros del sudor compartido de los amantes.



*No hace falta que duermas
 ¡No..., no hace falta!
 Sueña con tus fantasías,
 despierta con tu arte
 y creatividad potenciada,
 y deja que fluya....
 Deja que esas imágenes,
 libres del cadalso,
 cobren una vida exultante,
 libertadas de la sórdida
 penumbra de la mediocridad reinante.*

*No hace falta que duermas.
¡No..., no hace falta!
Estás viva...*

—Puedes hablarme, mi vida. Puedes contarme todo lo que ha pasado, necesito tener más datos de tu cautiverio, necesito atar los cabos suficientes para actuar rápido. Esas alimañas han descubierto este lugar, y ni siquiera este departamento está registrado, era desconocido para todos. Es la mejor señal que nos vigilan. Nos persiguen, pero no se atreven a matarnos... ¿Por qué, Matilde? No logro entenderlo.

Matilde contó con detalle todo lo ocurrido, incluyendo las horas en soledad que pasó sin maltrato alguno, simplemente aislada, en una habitación desconocida.

—Tengo una sensación extraña. Evitan dañarnos —insistía Miguel.

—Es cierto; pero no puedo comprender el por qué. No pude ver un solo rostro ni escuchar una voz. No puedo reconocer manos ni ropa. Usaban guantes y una media de color en sus cabezas. Todo era demasiado aséptico.

—¿Qué quieren de nosotros?



XXII



BARTOLOMÉ LLEITRAS



El temor...

*Ese aguijón traicionero que se infiltra en la piel
sin dejar más rastro que una aureola roja.*

BARTOLOMÉ CONVOCÓ a todos sus periodistas, pertenecientes a medios gráficos, radios, cable y televisión que su empresa acumuló gracias a las políticas de privatización de los últimos quince años. Estaba decidido a terminar con las deserciones producidas en las últimas dos semanas. Trabón lo había acusado de no saber manejar su tropa; eso dolía. Durante esas décadas había sido fiel al juramento de colaboración con la

Asociación. Aunque el ambiente de la redacción estaba enrarecido, todos acudieron al patio en donde se decidió hacer la asamblea informativa y fijar la línea de trabajo por venir.

Bartolomé Lleitras tomó la palabra. Fiel y leal continuador de la estirpe periodística sumisa y dependiente al poder, supo no sólo darle la continuidad ideológica, sino que aprovechando la permisividad de los gobiernos de facto, fundó sin escrúpulos un imperio mediático que manejó a su antojo. Sin su recomendación, no había trabajo. Sin su evaluación, no había continuidad laboral. La noticia nacía y moría con su decisión. Sin embargo, su rostro no era el un plácido empresario exitoso; más bien, el de un hombre abatido por los hechos.

—¡Señores! —inicia su discurso con voz cansina—. Nosotros somos la parte más pura de la democracia. La esencia misma de ella y quienes tenemos la responsabilidad de informar. Sabemos que todos ustedes, dependen de cómo manejemos la empresa. Todos sabemos que de ustedes mismos dependen sus fuentes de trabajo y su futuro. Es por eso que bajo mi conducción han logrado el bienestar económico y estabilidad del que ahora gozan. No admito desviaciones en mi línea editorial. Nosotros dependemos de factores extra poder, que alimentan nuestras arcas y de allí provienen nuestros sueldos. Hoy vivimos una situación delicada. Saben de este grupo clandestino que está matando nuestros

aliados día a día. Saben cómo hemos tenido que encubrir los verdaderos objetivos de estos anarquistas. Hemos perdido mucha gente valiosa y leal. Hemos sabido desdibujar estos asesinatos, con lo más sutil de nuestro patrimonio intelectual. Pero nos siguen matando. A partir de hoy, y hasta tanto se aclare toda esta pesadilla, ustedes tendrán que escribir con más virulencia, ¿comprenden? Céntrense en la crítica gubernamental, debemos ocultar el GAC bajo un manto de noticias ajenas: busquen todos los escándalos posibles. Hagan hablar a ciudadanos inventados. Encuentren hechos macabros. Entreguen a nuestros columnistas materiales de denuncias de cualquier tipo. Fotos de cualquier especie; chimentos agresivos, crueles. Busquen barro. Miseria humana. Necesitamos quince días completos hasta que la investigación, ya en marcha, dé los frutos deseados. He unificado el trabajo periodístico en un pequeño comité de emergencia, estará presidido por nuestro vicepresidente, Claudio Chambero. De allí saldrán las directivas a nuestros medios gráficos, radios y televisión. Cada cinco días nos reuniremos para evaluar los resultados y el calado obtenido en la opinión pública... —alzó su mano de manera intimidante—: cuidado de aquel que escriba una línea sin el consentimiento del comité, y en especial, de Claudio. Un error será despido. Una mala intención será el retiro de su habilitación en todo el país. No quiero quejas ni consejos. No quiero a nadie deliberando. Cada uno tiene su función y debe cumplirla. Con esto doy por terminada la reunión.

Al dejar el micrófono, una vez disuelta la reunión, se dirigió a Claudio, ordenándole:

—Vos venís ahora mismo a mi despacho, tenemos que afinar la letra chica de este comité.



CLAUDIO CHAMBERO Y BARTOLOMÉ



*Una mirada sin regreso,
una despedida sin palabras,
un recuerdo perpetuo.*

—¿Cuánto hace que trabajas para mí, Claudio?

—Veinte años, Bartolomé.

—¡Bien!, lo suficiente para que te tenga confianza absoluta...

—¡Puedes tenerla!... Lo he demostrado en las mejores y peores circunstancias.

—¡Ya lo sé! Lo sé... Conoces todo los secretos de esta empresa y también a sus posibles traidores. Vas a quedar al mando del comité. No quiero errores. Toda nuestra artillería debe apuntar al

Gobierno, ya lo sabes y no me importa repetirlo. Debe ser nuestro único blanco. Busca todos aquellos elementos que puedan irritarlo; encuentra todos los defectos. Agrandas casos aislados de asaltos y crímenes. Llévalos a tal repetición, que un asalto parezca cien por día. Aprieta a tus empleados que para eso están, y bien rentados por cierto. Despide al más reacio, al que ponga en duda la autoridad de la empresa. Reportajes a la oposición; enaltece figuras mediáticas, entrevista a jueces y fiscales que trabajen para la asociación. Muestra la miseria de las villas; saca relucir desigualdades, contaminaciones y cualquier hecho que pueda ser explotado en contra del Gobierno. Pon en duda las cifras que el gobierno entregue a la opinión pública. Potencia conflictos gremiales. Defenestra aliados del Gobierno. En fin, debes....

—¡Ya sé! —dijo Claudio—. ¡Descalificar y calumniar!

—¡Exacto! Eso es, tal cual. A ese grupo de asesinos, hay que relacionarlo con la guerrilla de los setenta, sea como sea. Que los columnistas se encarguen de relacionarlos e incorporar la duda en la opinión pública. Tenemos que poner nuestra maquinaria en funcionamiento y, una cosa fundamental, Claudio, a Trabón ni bola. Manéjate con Carlos Valdivias... ¿Alguna pregunta?

—No, jefe.

—Pues yo sí, y te la hago de inmediato y quiero total sinceridad. ¿Tuviste algo que ver con Sasha?

—¡Nunca, jefe! Era su hembra; para mí era algo prohibido. Siempre me enamoró, y eso se lo confieso sin rubor, como a cualquier hombre, pero jamás le puse un dedo encima sin su consentimiento... Nada tengo que ver con su muerte. Sé que ya no está y la extraño.

—Dejate de extrañezas, puto. ¡Buscaremos otra!

—¡Jefe, no lo sé! Ella era algo especial. Siempre supe que Valdivias me llevaba la delantera con ella, pero la compartíamos. Ambos sabíamos que era de los dos, pero nunca la pusimos como problema. Nos daba mucho placer, ¡era tan hermosa la muy turra! Usted la conoció —quedó pensativo, como queriendo decir algo difícil de pronunciar—. ¿Y con Miguel y Matilde, jefe?

—¡Vigíalos! Están asustados, pero no harán nada. Están hasta el cuello. Contacta con los directores de los otros dos diarios y dales las directivas. Si bien no somos dueños, tenemos el sesenta por ciento de las acciones y han recibido mucho dinero. Harán lo que les digamos...

—Jefe... ¿y lo de Marcos Poncio?

—¡Ni lo menciones! Muerto está. Me importa un carajo. A los muertos no hay que llorarlos; hay que olvidarlos.

—Jefe... Ya son muchos muertos. ¿Alguna pista concreta?

—¡Nada, Claudio! Y eso desespera. No tenemos ni una hipótesis sólida sobre la que podamos continuar una investigación

seria. En estos instantes, Trabón está cruzando los datos; veremos qué hay de común entre todos o si hay algún elemento sospechoso que nos ayude a orientar esta investigación funesta... El traidor está entre nosotros. ¡Estoy seguro! Es como si los oliera...

—Le creo, jefe; usted siempre tuvo buen olfato.



*¡Esa grieta...
despierta el tiempo!
¡Esa grieta...
filtra palabras
que desean la libertad!
¡Déjalas volar!*

—Jefe, a veces pienso cuánto tiempo más podremos controlar a los periodistas. Hay ente ellos gente muy bien formada, de bagaje intelectual más que destacable y capaces de...

—¡Claudio! No hay periodistas; hay empleados de empresas periodísticas. ¿Entiendes? ¡No me defraudes! ¡No permitiré esas dudas! Me importa un carajo su formación; con que sepan leer y escribir es suficiente. Lo único que deben hacer es escribir lo que se les ordena. Basta con este tema. ¡Ah!, y pídele el sobre de dinero a Valdivias, que se lo entregarán esta tarde. Una parte es para nosotros; cada fajo tiene destino propio con nombre y apellido. Lleva a la cita

una maleta disimulada, como si fuese un maletín de correspondencia y lo guardas en la caja fuerte.

—¿Mucho dinero, Jefe?

—Mucho. Nosotros lo repartimos, o sea, haremos el trabajo del difunto Poncio.

—¡Pero a él le pagaban por esto, Jefe!

—También te pagarán, Claudio, ya lo arreglé con Carlos.

—Gracias, Jefe.

—Nada que agradecer. Ahora me voy al rancho de la costa. Tengo que descansar. No doy más.

—Descanse, Jefe, yo me encargo.

Bartolomé marchó, mientras Claudio abría la caja fuerte, organizando expedientes y dejando lugar para el maletín. Cerró con la clave y se fue al Juzgado, satisfecho. El dinero debería estar allí en unas pocas horas.



TRABÓN-VALDIVIAS-CLAUDIO



*Las noches...han quedado relegadas a sus secretos,
postergadas entre sombras, alejadas, huérfanas
de todo habitante y extrañas de silencio.*

—¿Y bien, Jorge? ¿Qué noticias traes?

—¡Noticias, pocas! ¡Sospechas, algunas! Veamos —se sirvieron un vodka. Mientras Trabón prendía un cigarrillo, se sentó en el sillón preferido y preguntó por Matilde.

—Treinta días de reposo, justo ahora que la necesito. Tendré que poner otra chica —comentó Valdivias. Trabón le replicó con violencia

—¡Ni se te ocurra!, no más gente extraña. Te mandaré un muchacho de la policía y, de paso, te cubrirá las espaldas.

—¿Y el fino Fiscal?

—¡En su despacho trabajando!

—¿Es de los nuestros?

—Lo es, por supuesto. No es tonto. Está comprometido en dos asesinatos y fue él mismo quien dio la conferencia para justificar lo de Rufino, vos estuviste...

—Sí, lo vi, pero no le confío nada.

—No te preocupes. Ya sabe hasta dónde podemos llegar, y el saberlo le asusta. No volverá a jugar en contra.

—Sí, pero no me gusta ese tipo, es un cagón soplón e hipócrita.

—Quedate tranquilo respecto a ese tema, y ahora dame las novedades —Trabón prendió un nuevo cigarrillo. Esperó unos segundos y comenzó a detallarle lo descubierto.

—Sé que Sasha era tu hembra, pero reconozcamos que la muy puta en realidad se cogía a medio mundo...

—¡Conmigo era distinta! —replicó ofendido.

—Distinta, las pelotas, hasta con ese pendejo del Rufino anduvo —Valdivias bajó la cabeza como ante una señal irrefutable—. Esa puta pasaba información. Encontramos algunos datos en sus escondites del placard y en una libreta de direcciones y teléfonos. Pareciera su guía de teléfonos.

—¿Ella?

—¡Sí, la perra! Ahora bien, ¿para quién trabajaba? Ese es el punto. Ahora sabemos que los datos salían de ustedes y ella los pasaba a esta organización. Sin embargo, hay alguien más metido en esto que no logramos por ahora precisar. Ustedes en la cama hablan como muñecos, pero los datos finos no los pudo conocer ella. Ya metí a tres en el calabozo como sospechosos, dos trabajan en este sector y uno en el grupo empresario. Hablarán o les rompo la cabeza. Para llegar al final habrá que eliminar algunos otros, pero para esto debo tener su consentimiento...

—¡Los que sean! No me importa quiénes ni cuántos. Estamos en riesgo y no puede haber contemplaciones.

—¿Qué me dices si comienzo por el fiscalito y su hembra?

—¡Por ahora, todos menos esos dos! No creo que sean ellos, pero si fuese necesario te daría la orden... Miguel nunca tuvo acceso a la información más importante, y Matilde menos.

—Bien, comenzaré con los que tengo, pero si avanzo y los toco, ya es cuestión mía.

Sonó el teléfono. Valdivias atendió directamente.

—Esto de no tener secretaria me jode. ¡Hola!... Sí... ¡Qué tal ,Claudio!... ¡Sí, venga! Ya sabe todo lo que tiene que traer, no lo olvide. Estoy acá, esperándolo... Era Chambero —le dijo Valdivias a Trabón.

—¡Ah! ¡El muchachito pulcro! —repuso con sarcasmo.

—Olvida el sarcasmo: te aseguro, Jorge, que es mejor que Bartolomé, más decidido y obsecuente. Hizo hasta hoy todo lo que le ordenamos...

—Doy fe en ese sentido —sonriente ante Trabón—. Incluso te ayudó con un fiambre. Lo despachó y nunca nadie supo de él... ¿Te acuerdas? ¿Cómo se llamaba ese periodista? ¡A ver, a ver! ¡Marcelo! Sí, Marcelo, ahora lo recuerdo...

—¡Yo también recuerdo, nunca olvido! Claudio es efectivo, no hay duda, y viene a buscar el dinero.

—¿Y el mío?

—También está acá...

En ese mismo instante, Claudio entró con su portafolio, saludando con su habitual solemnidad y cortesía.

—Señor Juez, señor Trabón, mis respetos. Buenas tardes. Es una alegría volver a verles —mientras saludaba a ambos ya abría el maletín, como si alguien lo corriera—. Usted sabe... Tengo que llevar un dinero, señor Juez.

—¡Sí, Claudio, y acá está! —sacó los fajos de dólares con etiquetas perfectamente selladas con nombres de cada destinatario, y se los entregó. Claudio guardó y cerró el maletín. Cuando intentó despedirse, Valdivias le rogó que se sentara un instante.

—¡Espere, Claudio!, me gustaría conversar con usted tres o cuatro palabras, si tiene tiempo, por favor.

—Si es necesario, dígame —contestó.

—Estimado Claudio, me explicó Bartolomé que usted había quedado interinamente a cargo del diario y los medios...

—Es cierto. Bartolomé está muy estresado y necesita un poco de descanso.

—¡Bien! —dijo Valdivias adulador—. Todos necesitamos descanso, pero él tiene la suerte de tenerlo a usted.

—Gracias, señor.

—¡No agradezca, Claudio! Es la verdad. Ahora bien, usted debe entregar ese dinero. Tiene las direcciones y sobres. Que sea entre esta noche y mañana, no podemos perder mucho tiempo.

—Señor, observé que en el listado hay gente nueva.

—Efectivamente, son buchones y soplones. Tenemos que solucionar esto rápido.

—¿Está cómodo, Claudio, en el diario?

—Muy cómodo, gracias a usted, señor.

—Así es, y me alegra que usted lo nombre —respondió Valdivias—. Usted nunca me defraudó, del mismo modo que Bartolomé siempre ha reconocido su lealtad y su predisposición al trabajo.

—Modestamente, lo confieso: soy un enfermo del trabajo, señor, un adicto.

—¡Igual que yo, Claudio! —dijo exultante Valdivias—. Lo felicito.

Claudio guardó silencio, a la espera que Trabón nombrara de una vez el meollo de la conversación.

—¿Qué opina usted de todo esto, Claudio?

—Opino lo que ustedes opinan —contestó sumiso. Valdivias lanzó una carcajada.

—Eso está muy bien, muchacho, ¿pero debe tener una idea propia?

—Sí, señor, la tengo. Creo que no hay que cerrar el abanico de las sospechas. Sinceramente, no creo que sea únicamente gente de nuestro medio la sospechosa.

—¿Por qué lo dice? —preguntó intrigado Trabón.

—Lo de Sasha y Gisela son muertes que no pertenecen a nuestro sector ni están relacionadas.

—¡Cierto! —dijo Trabón, afinando la sospecha—, pero estaban relacionadas con ustedes...

—¡No conmigo! —replicó rápidamente Claudio.

—¡Lo sabemos, muchacho, lo sabemos! Dígame Claudio, ¿tiene alguna hembra fija?

—¿Por qué, señor?

—Porque, mi estimado amigo, yo no concibo un hombre sin historias amorosas... Soy un hombre de antiguas convicciones, amigo mío —Claudio dudó interiormente de su sinceridad, pero se decidió a contestarle.

—Sí, tengo una hembra, pero permítame no mencionarla.

—¡Bien, muchacho! Al menos nos dejas tranquilos; en algún momento pensé que eras gay...

—No, señor, no lo soy —contestó, sereno, sabiendo que todo era una sutil provocación. Entonces preguntó entonces si alguna vez había tenido relaciones con Gisele o Sasha.

—No, señor, son hembras de mis jefes. Me están prohibidas.

—¡Bien, muchacho! Esos principios merecen una felicitación.

—Gracias, señor, y si me permiten, debo iniciar el reparto...

—Bien, muchacho, vaya. No queremos entorpecer su misión. No dude en llamarme o venir si necesita algo. Lo mismo respecto a Trabón, llamas y listo.

—Gracias, señor. Buenas tardes —cuando estaba por abrir la puerta entró Clarisetti.

—¡Mi estimado Claudio, qué gusto de verlo! —e hizo la señal de la cruz rápidamente en el aire.

—Igual yo, señor Obispo.

—Saben, estuvimos conversando en profundidad con este buen señor los otros días —dirigiéndose a los presentes— Es un hombre muy bien estructurado.

—Gracias, Obispo —mientras se dirigía a la puerta.

—¿Se va, Claudio?

—Sí, señor, me tengo que ir a trabajar.

—Lástima. Me alegró saludarle nuevamente. Que Dios lo acompañe, joven.

—Gracias, señor obispo, bien lo necesito —Trabón largó una carcajada.

—¡Sí, Claudio, todos vamos a necesitar al Señor, especialmente el Obispo!

—¿Por qué?

—¡Porque el diablo anda suelto! —Trabón redobló su risotada.



XXIII



BARTOLOMÉ EN SU RANCHO



Tan distante del pueblo y del oleaje manso, tan espesa la bruma sitiando la techumbre adormecida; tan lejana y tan cercana, la rutina diaria.

Me alejo y me acerco, en un ir y venir, mis brazos son remos convertidos en alas con aleteo decoroso puedo navegar a distancia de playas bañadas de sal, con arenas de memorias tibias, desiertas y brillantes y un recuerdo cercano: el balago de un sol presente en este mar desolado.

EL SEGUNDO DÍA de Bartolomé en su rancho, alejado de la civilización, ya produjo un milagro. Logró dormir y comer sin molestias. Se dedicó a ordenar papeles, organizar sus cuentas bancarias, hacer una agenda bien estructurada con los asuntos por resolver. Fue entonces cuando decidió telefonar a Claudio.

—¿Cómo están las cosas, Claudio?

—Bien, Bartolomé, ya distribuí el dinero. Mucha gente nueva en nómina.

—¿Gente nueva? —preguntó Bartolomé intrigado.

—Sí. Me dijo el Juez que eran buchones, soplones, informantes... Pero ya está todo resuelto. Repartí el dinero y las cosas parecen bien encaminadas.

—¿Está solo, Jefe? —se atrevió a preguntar, indeciso.

—Sí, Claudio, y muy tranquilo.

—¿Quiere que le mande algo de alimentos o diarios?

—¡Nada, Claudio! Le agradezco. Aquí vine a olvidar, no a estar informado. Confío en vos para que lleves adelante mis negocios.

—Gracias, señor, lo estoy haciendo. Hay una chica que conseguí. Joven y hermosa, tal vez cuando usted lo diga, la mando. Le aseguro que le va a gustar.

—¡Gracias, Claudio! Yo te aviso, por el momento sólo necesito relajarme. Tal vez en un par de días te la pida.

—Como prefiera, Jefe, está a su disposición. Se llama Elena.

—Yo le aviso —colgó y acto seguido llamó al celular de Clarisetti.

—¿Puedes venir al Rancho? —el obispo le preguntó si necesariamente debía de ser ese mismo día—: Sí, hoy a la tarde, necesito hablar con usted, es urgente.



*Siempre habrá un traidor
taciturno en espera
que robará tu sueño.*

Preparó su almuerzo disfrutando del arte culinario. Era un especialista en carnes. Saboreó un buen vino y dejó lista la mesa. Se fue a nadar en la pileta de agua transparente y climatizada. Clarisetti llegó puntualmente. Recién dieron las seis de la tarde. Encontró a Bartolomé con cara distendida, tranquilo y reflexivo.

—Permiso. ¿Todo bien, hijo mío? —preguntó el obispo.

—Todo bien, pero necesitaba hablar con usted, obispo. Estoy en un momento difícil y me gustaría recibir confesión.

—¿Confesarte? ¿A qué se debe?

—Ya sabe, obispo, este asunto de las muertes me ha afectado mucho, no sé como sigue esta película, pero tengo miedo y debo poner mis cosas en orden.

—¡Ah, hijo mío!, si todos los católicos fuesen como vos, la Iglesia estaría orgullosa y libre de muchas cargas. No hay problema, Bartolomé, aquí estoy, siempre listo para ayudar.

Bartolomé se confesó. Fueron momentos difíciles para él. Una larga lista de pecados y secretos que tuvo que transparentar. Clarisetti lo bendijo, dio algunas penitencias y luego ambos se sentaron a tomar café. Bartolomé aprovechó para hablar y descargar sus frustraciones, sus equivocaciones en la vida, y también sus ambiciones.

—Ya sabes, esto se nos está complicando mucho. Si bien puedo hacer este retiro espiritual, no me reconforta del todo. Hemos jugado una larga partida con la Asociación, he tratado de defenderla con mis mejores herramientas y ofrecer mis medios de comunicación para su servicio.

—Dios te bendiga, hijo, pero creo que exageras. No va a tardar en descubrirse esta banda. Y todo será como antes.

—Lo dudo, Clarisetti, nada será como antes, incluso en mis diarios y canales. Hasta ahora supe mantener un férreo control en mis empleados, pero cada día tenemos más profesionales que quieren ser independientes...

—¡Pero son los menos! —intervino el obispo.

—Sí, los menos, pero tienen mucha documentación que puede perjudicarnos. Son como las hienas, esperan una pequeña debilidad para atacar. Sé que hay periodistas muy capaces, pero no son para esta época tan competitiva. Necesitamos coherencia en nuestro discurso, necesitamos responder a quien entrega

mensualmente dinero para que funcionemos adecuadamente y establecer pautas a desarrollar en la semana. Nosotros tenemos sólo enemigos en el estado denunciante. Allí es donde nosotros podemos promocionar nuestras habilidades. Tratamos de cercarlo; marcar la cancha y hasta ahora nos ha dado resultado. Pero esta tecnología nueva de Internet nos está rompiendo el negocio; incluso nos desmienten sin ningún respeto. No basta con ser propietario de medios, hay que generar políticas de comunicación que beneficien nuestra empresa, y en ello estamos.

—¡Rezará para que esto se solucione, Bartolomé! La ayuda de Dios, lo hará posible. Tenga fe...

—Obispo, no sé si alcanza. Pero te debo pedir un favor...

—¡El que sea! Preparé este maletín con documentación muy importante, y no confío en nadie más que la Iglesia, llegado a este punto crucial.

—¡Le agradezco su confianza, Bartolomé!

—Te lo entrego para que los guardes. No pueden caer en manos extrañas, son documentos comprometedores, y tengo miedo, por primera vez en mi vida tengo auténtico miedo.

—¡Lo haré, Bartolomé! Estará bien resguardado.

—Gracias. Esperaba este gesto —le entregó el maletín cerrado.

—¿Tiene llave o código de entrada?

—Sí, esta es la clave —y deslizó la tarjeta en la mano del Obispo

—¿Pusiste el documento que ambos conocemos? —preguntó Clarisetti.

—¡Fue lo primero que hice! —contestó Bartolomé. Al despedirse de Clarisetti, sintió por primera vez un alivio real en su espíritu. Libre de culpa y responsabilidades, ahora sí podía. Decidió darse un baño caliente, preparar una buena cena y llamar más tarde a Claudio para que le mandara la jovencita



—¿Claudio?

—Sí, jefe, soy yo... ¿Pasa algo?

—Nada especial, muchacho. Mañana mándame la chica, estoy listo para que me entretenga. ¿Es realmente bonita?

—¡Muy bonita! Ya la verá. Disfrute.



XXIV



MATILDE RECIBE CARTA DE MIGUEL Y DECIDE REGRESAR

¡El olvido! La prisa de mirar sin leer, pero lo importante es que este mensaje lleve estas palabras de aliento a tus nubes. Si llega a destino, cumplió ese objetivo tan misterioso, donde las palabras viajan de un papel cercano a cientos de kilómetros, para plasmarse en la pantalla de tus ojos. Entonces, ya estarás lista para la partida y nerviosa por tanta espera. La ansiedad de llegar y también de regresar. Pero te hizo bien; te permitió oxigenar la mente; alejarte de la rutina y de este zafarrancho. Descansa, pequeña. Descansa y sueña con tus sueños, con tus deseos. Con tus misterios. Con tus logros y caminos sorteados. Descansa tu cuerpo y goza tu alma. Todo saldrá bien.

Miguel



*He visto
dos enormes nubes blancas,
blancas,
muy blancas,
pasar frente mío.
Parecían dos barcos sin rumbo,
dos barcos,
sólo dos,
estaban muy cerca,
muy bajas...
Casi podía tocarlas.*

MATILDE MIRABA la carta con ansiedad. Releía una y otra vez el texto, como buscando un tesoro oculto entre aquellas palabras. El sentimiento de Miguel se abría lentamente junto a sus palabras y se sintió feliz de ello. Pensaba que al regresar, después de dos semanas de un descanso forzado, podría afrontar su trabajo sin la actual angustia, y al fin entrar al departamento sin temor al fantasma de Sasha.

Miguel aguardaba en el aeropuerto, sentado en el bar, leyendo el diario. Ella se acercó con sigilo, con su valija rodando. Lo

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

sobresaltó cuando le saludó, a su espalda. Miguel se levantó y la abrazó, la besó una y otra vez como si cada beso fuera una prueba de realidad. Le decía que recién había llegado de la ventanilla y que le comentaron que el vuelo iba atrasado, pero que ahora, ahora ella estaba allí, ante él, como en un pequeño milagro...

—¡Pues ya ves!, estoy nuevamente a tu lado, mi vida.

En el estacionamiento buscaron el coche, Miguel abrió nerviosamente la puerta y sacó dos rosas que habían quedado medio chamuscadas por sentarse arriba de ellas en un descuido. Se sonrieron de las flores y partieron en busca de un hotel lejos de la ciudad.

—¿Vamos al Tigre?

—¡Sí, me encanta la idea!

Encontraron nuevamente la paz en una vieja casona reacondicionada estilo francés, que abrió sus rejas y les permitió entrar a los jardines de una suerte de paraíso. El conserje tomó sus datos, firmaron y subieron en un pequeño ascensor a una habitación deslumbrante.

El enorme balcón miraba al delta, y fue la mágica noche de media luna blanca la que iluminó el pequeño balcón de oro, a sus pies, donde el blanco lunar encendía las sombras en los árboles regalados de grises hojas nocturnas. A pocos metros, fue ese río

rugiente y revoltoso de espumas chocolates que luego navegarían, el que imaginó acunar huellas de lanchas que hirieron su espejo de madrugada. Y las aguas se abrían sin dejar huellas visibles. ¡Olas... olas que danzan y enfrentan el silencio hasta quedar todas ellas bajo el manto de las sombra familiares! Y fue en la mágica madrugada, cuando el sol aún no abrió sus ojos amarillos fuego, cuando el horizonte se tiñó de rojos y naranjas como una convergencia de prodigios y colores. Y fue una ventana sin lágrimas, una ventana de gozos, una ventana de fiesta, la que permitió el ingreso de los amantes. Y el balcón tuvo la gentileza de acunarlos en su cauce, batas blancas con pies descalzos, a las que siguieron caminos espejados hasta encontrar el límite del espacio: la baranda gris piedra donde las manos asientan sus sueños para mirar amaneceres y atardeceres. O tal vez la belleza imaginable del deseo todo.



*Y esa noche, de madrugada prolongada y placeres,
fue seguida y premiada por la tarde
incendiaria en agotadora muestra de primaveras.
Dejó que ella sumergiera su cuerpo en tina blanca,*

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

*como si fuese sirena ansiada de navíos errantes,
así flotaron sus sueños en aguas tibias.*



VISITA A BARTOLOMÉ



*La tristeza es una llovizna tenue y perseverante,
que envicia sin querer y nubla las posibilidades
de luz a la lóbrega lividez;
Crece sobre la piel seca y las manos vacías que imploran.
Cuando rebasó ese filoso cuchillo de la vejez
afloró un camino saturado de estaciones intermedias
que sólo postergan la autopsia.*

—¡Un momento!... ¡Voy! —el timbre volvió a sonar. Bartolomé estaba en la ducha. Aquel día se levantó a las seis de la mañana, exultante, eufórico. El hecho de haber sacado los documentos de su casa le dio la tranquilidad ansiada. Tomó la toalla, se cubrió con ella y salió del baño apresuradamente. Por la mirilla de la puerta vio una mujer joven, rubia, de ojos claros, bien escotada. El rojo carmín resaltaba en sus labios carnosos, insinuantes, sensuales.

—¿Señor Bartolomé Lleitras?

—¡Sí!

—Me envía Claudio. Me llamo Elena.

—¡Ah, Elena! Un momento —sacó los cerrojos y abrió la puerta. Una hermosa muchacha se ofrecía con un espectacular cuerpo ante la mirada atónita de Bartolomé, que sólo atinó a parpadear por unos instantes.

—¡Pase, por favor!

—Gracias, permiso —contestó ella, con voz seductora. Bartolomé le indicó el living. La toalla blanca cubría su pelvis y mostraba su torso desnudo donde los signos de la edad eran ya inamovibles. Observando las curvas de la mujer, sintió una profunda vergüenza de su propio cuerpo. Cómo deseaba y odiaba aquella belleza.

—¡Siéntese, por favor! Regreso enseguida, estaba bañándome...

Ella intervino rápidamente:

—No se haga problema, Bartolomé. Si usted me permite, me encantaría enjabonarlo —Bartolomé quedó absorto y tardó en reaccionar. Claudio le dijo que esa muchacha estaba dispuesta a todo y que le haría olvidar a Sasha.

—¡Bien, muchachita! Si ya estás lista para complacerme, bienvenida. Vamos al baño, tengo todo listo.

Elena pasó mientras Bartolomé quedó observándola. Al caminar, fue quitándose la ropa; la arrojaba displicentemente hacia

los lados. Al darse vuelta, pudo comprobar a un Bartolomé excitado y asombrado. Antes de llegar a la puerta del baño, Elena ya mostraba su total desnudez con desparpajo agresivo. Al llegar al baño, Elena se dio media vuelta, mostrándose completamente desnuda, con su sexo entreabierto. Lo llamó a su lado y besó la boca de Bartolomé. Mientras lo besaba, apoyó los senos en su pezón que pellizcó, sosteniendo con la otra mano su sexo endurecido.

Elena actuaba como curtida profesional del sexo, aplicando las reglas de un manual amatorio. Bartolomé explotó en sus pasiones más descontroladas. Respondió con agresividad, abofeteando la sonriente joven, golpeando sus glúteos, penetrándola como un animal en un éxtasis de salvajismo. Ella toleró todo sin queja, permitiendo que el tosco viejo se desatara para ella. Bartolomé lanzó un grito desesperado e incontenible al acabar. Se mantuvo aún con sus piernas abiertas, mientras Bartolomé, encima de ella, dejó caer en ese instante una baba blanquecina de su boca, que terminó esputando sobre su rostro. Ella abrió su boca y lamió su propio rostro.

Bartolomé se dirigió a la ducha. Se detuvo un instante ante el espejo y se contempló: su rostro mostraba una enloquecida expresión de satisfacción, como una máscara grotesca, el rouge descorrido alrededor de su boca le daba un aspecto payasesco y macabro.

Insospechadamente, la puta le hablaba como si fuese un niño, reprendiéndolo por su velocidad de eyaculación, reclamándolo de nuevo porque le daría algo más que lo haría enloquecer.

Bartolomé la miraba con el rostro desencajado, en silencio. Pasaron al dormitorio, donde Elena cayó a cuatro patas, y como un felino, comenzó una felación sin manos, hasta lograr que el viejo eyaculara nuevamente en su cara.

Bartolomé estaba realmente extenuado aunque ciego de vicio. Le ordenó que hiciera un café negro, bien negro, que lo despertara, para que nuevamente ella le mostrara sus habilidades.

—Pero antes, mi amor, llámás a Claudio y le decís si estás conforme con mis servicios. Creo que está esperando tu llamado.

Bartolomé admiró esa voluntad de satisfacción y de reconocimiento en la joven puta. Mientras preparaba el café, tomó el teléfono y llamó a Claudio.

—¡Hola!... ¡Sí, Claudio! Me has enviado una diosa, una divinidad, una verdadera gata, es espectacular, maravillosa. ¿De donde la sacaste?... ¿Una agencia?... ¡Felicitálos!... ¡Gracias, muchacho! ¿Ah, ya le pagaste?... Bien, gracias, gracias.

Elena reapareció con la taza de café humeante. Sus pechos acompañaban libremente a su andar felino.



*Esa bala...
que atravesó su cuerpo,
manchó de púrpura su alma
¡ya púrpura!*

—¿Cómo estás, cariño? —le susurró entregándole la taza de café.

—¡Como los dioses, Elena!... Ya hablé con Claudio. Está muy contento con lo que le comenté... ¡Así que sos cara, pequeña!

—Creo que valgo lo que cobro. ¿No opina igual?

—¡Ya lo creo, lo vales!

Elena le dijo que iba a buscar sus cigarrillos. Estaban en la cartera que dejó en el living.

—¡No fumes, pequeña, eso te mata!

Nuevamente aquel cuerpo bello y desnudo desfiló ante los ojos lascivos de Bartolomé. Regresó con la cartera en la mano, sentándose al borde de la cama. Se giró y lanzando una larga bocanada de humo, le preguntó a Bartolomé sobre su oficio, sus actividades. Bartolomé contó, fanfarrón, del mismo modo que solía hacerlo con Sasha, mientras tomaba su café. A su vez, ella le explicó su vida, miserias, necesidades.

—¿Quieres un poco de merca? —le dijo Elena, sorpresivamente.

—¿Tienes? —contestó Bartolomé, sorprendido, reincorporándose de la cama.

—Sí, y de la mejor...

—¡Quiero!

Ella sacó un pequeño paquete de papel blanco que rápidamente distribuyó en cuatro líneas sobre la mesa de luz. La aspiraron de a dos, rápidamente.

Elena, ante la mirada extasiada por la coca de Bartolomé, empezó a vestirse con tranquilidad.

—Mi amor, ahora te voy a dar lo mejor, la guinda del pastel, mi vida, es algo que no olvidarás jamás, te lo prometo...

Bartolomé sonrió complacido. Elena abrió la cartera y prendió un nuevo cigarrillo, mientras sacaba un arma pequeña de dos caños. Disparó a bocajarro, sin que Bartolomé pudiera reaccionar. Dejó un orificio entre las cejas, perfectamente delimitado, limpio y sin sangre. Miró el reloj, las once de la mañana. Acomodó el cuerpo de Bartolomé, aseando con un paño todos los lugares por donde estuvo. Tomó otro pañuelo y envolvió el celular de Bartolomé, mientras se acababa de vestir, con total serenidad. Antes de salir, llamó a la policía, dando la localización de la casa, donde hallarían un hombre asesinado. Finalmente lanzó un beso al aire dirigido a Bartolomé que yacía inmóvil, con los ojos abiertos. Elena dejó un papel sobre su cuerpo con la inscripción **CORRUPTO**, y escribió en el respaldo de la cama: **GAG**.



*¡Nada después que la luna se opaca!
La brisa invisible barre su historia.
La tristeza del adiós... sucumbe
ante voluntad de vida.
Implacables tempestades
se desprenden del mármol funerario.*



XXV



TRABÓN EN CASA DE BARTOLOMÉ



*El avaro acumula y el prestamista engorda,
yo orino y mi vecino vomita, el enemigo defeca, la miseria aúlla.
El desnutrido mira al vacío.
La infancia es un sueño pasajero.
La púber busca repuesta, el joven busca oportunidades;
el maduro busca una esposa,
la mujer busca un hijo y el anciano persigue la paz.
¿Dónde están?*

LA POLICÍA CONSTATÓ el cadáver y su identidad. Llamaron a Trabón de forma inmediata. Esa era la orden que tenían los servicios de seguridad. Trabón no tardó en hacerse presente en el rancho de Bartolomé. Encontró el cuerpo tal cual él lo imaginó. El orificio entre cejas y los carteles de CORRUPTO y GAG. Revisó el cuarto, y preguntó si hubo robo o saqueo.

—Todo en orden, inspector —contestaron los agentes—. No robaron ni las monedas de oro que había en la mesa de luz; la

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

billetera, intacta; caja fuerte, intacta; placard, sin sufrir ningún daño...

Trabón, visiblemente irritado, llamó a Claudio.



—¡Claudio!... Sí, habla Jorge... Asesinaron a Bartolomé... ¡Ah, vaya! No sabía eso... Dime a qué hora hablaste con él entonces... ¿A las once?... Bueno, sí, lo mataron entre las once y las once y treinta. ¿Con quién estaba?... Claro que sé que no estaba solo, y vos seguro le ayudaste. Este cabrón no sabía estar solo... ¿De dónde sacaste la puta?... ¡Ah!, dame la dirección exacta de la agencia y el teléfono.... Bien. Ya tomé nota. ¿Cuánto tardas en llegar?... ¿Dos horas?... ¿Por la autopista?... Bien te espero y veremos si reconoces a la mina.

Cortó y se comunicó con la central, entregando la dirección de la agencia y el teléfono.

En el suelo observó restos de un polvo blanco. ¡Maldición! ¡Se daba con todo el viejito! No dijo nada, pero con el pie trató de esparcirlo. No quería la Federal en el caso. Se ocupó personalmente de examinar el cuerpo junto con el forense.

—¿Tomó muestras de sangre, doctor?

—Por supuesto —contestó el médico—, ya están listas las muestras para analizarlas.

—¡Démelas! Yo las custodiaré.

El médico obedeció. Conocía el carácter de Trabón y que convenía no contradecirlo. A la hora indicada, Claudio se presentó, pálido, con sudor en la frente y un temblor perceptible en sus manos. Claudio miró la cama de Bartolomé y el cuerpo inanimado de su jefe, que mostraba en su frente el orificio circular impecablemente limpio de la muerte.

—¿Fueron ellos, Jorge?

—¡Sí, carajo! ¿Quiénes iban a ser, los siete enanitos? Cuando hablaste con él... ¡Quiero saber qué te dijo!

—Que estaba agradecido; que la puta era superior a todo lo imaginado; que estaba contento y feliz... Poco más.

—¿Hablaste con ella?

—No, me dijo que le estaba preparando café.

—Vaya, una puta ama de casa —bromeó

—¿La localizaron ya, Jorge?

—Aún no, di la orden de allanar la agencia y meter presos a todos. Irás conmigo a identificar a esa zorra.

—¡Por supuesto! Yo la vi. También pagué sus servicios.

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares.

—¿Qué?

—Era su tarifa, Jorge.

—¿Tiene la concha de oro, demonios?

—No lo sé, pero eso cobraba por el servicio completo...

—Claro... será que debía incluir el servicio de matar al viejo cabrón con un tiro en la frente... ¡La puta que la parió!

El oficial a cargo se acercó a Trabón y le dio al oído una información.

—¡Qué! —Trabón golpeó la mesa—. Llámenlo inmediatamente, que venga ya, esté donde éste.

—¿Qué pasó, Jorge?

—¡Clarissetti estuvo acá!

—¿Clarissetti? —reiteró Claudio.

—Eso dije, ¿estás sordo vos también? ¿Qué hacía esta mierda de cura pedófilo con Bartolomé?

—No lo sé, Jorge. Ni imagino cómo supo la dirección.

—Va a tener que aclarar muchas cosas este cura de mierda.

Tomaban un café en la cocina cuando Trabón recibió una nueva noticia. Otro agente se acercó para hablarle al oído.

—¿Cómo que es un baldío? ¡La concha la lora! ¿Y el teléfono? ¡La reputa madre que la reparió! —golpeó furiosamente la mesa, de nuevo—. A ver, Claudio, dame las características de la puta asesina —Claudio, con voz temblorosa, la describió lo mejor que pudo, con los detalles que podía recordar.

—¿Y quién te dio ese número?

—Del Franco me lo pasó, para que Bartolomé pudiera olvidar a Sasha.

—¡Pero son todos boludos! ¿Sabes en dónde está la dirección de la agencia?

No respondió Claudio, limitándose a negar con la cabeza.

—¡En un baldío! ¡Malditos imbéciles, estoy rodeado de imbéciles, ineptos! ¿Sabes en donde está el celular de la puta? Claro que no lo sabes, qué vas a saber vos. En el mismo baldío con un cartel que dice GAG. ¿Te das cuenta, estúpido? Nos están tomando el pelo.

Golpearon la puerta y Clarisetti se presentó compungido.

—Señores, acabo de enterarme... ¡Mis condolencias!

—¡Qué condolencias ni qué carajo, cura puto! ¿Qué hacía usted acá? ¿A qué carajo vino?

Clarisetti se sintió descubierto; temblequeaba.

—Yo... —titubeó—, vine porque él me llamó...

—¿Para qué?

—Para confesarse.

—¿Confesar qué carajo?

—Confesarse él.

—¡Ah, sí! Ahora también resulta que era un puto católico chupacirios, el muy hipócrita... Casi me alegra que le dieran un tiro entre cejas.

—No, señor, él era un ferviente católico.

—Déme de inmediato, cura de mierda, su celular —fue toda su respuesta. Llamó a uno de los oficiales y le ordenó que rastreara todas las llamadas hechas desde aquel aparato—. Tendrá que acompañarme a la Central, cura de mierda. Usted y la puta son las personas que vieron con vida a Bartolomé antes de ser asesinado. Ambos apestan a culpa.

—¡Por dios, Trabón, qué dice, nada tengo que ver en esto! Pero no hay inconveniente, estoy a sus órdenes, haré lo que usted decida —dijo el Obispo, sumiso y atemorizado—. ¡Ya sabe, Trabón, que siempre he colaborado!

—¡Cállate, cura puto! Ya tendrás oportunidad de registrar tu declaración....

—¡En cuanto a vos, Claudio!, ¿cómo se te ocurrió mandar una putarraca desconocida?

—No era desconocida, Jorge; es más, tengo el papel que me dio del Franco con puño y letra, te lo mostraré.

—¡Claro que me lo vas a mostrar! ¡Más te vale, pendejo de mierda! Vos también me acompañas a comisaría.

Jorge Trabón subió a los dos hombres en su coche y se fueron directos a la Central. No habló durante el trayecto. Esta pensativo, furioso y alterado. Allí dos oficiales tomaron la declaración a Claudio y Clarisetti. Los hicieron firmar sus declaraciones y los dejaron libres, bajo fianza.

—¡No pueden salir de la ciudad, y deben comparecen por comisaría cada veinticuatro horas! Si no lo hacen, van presos definitivamente, hijos de puta.



VALDIVIAS



*No podemos hablar de la muerte.
Sólo podemos saber que llega sin aviso.
Si caminas buscando tu imagen,
encontrarás el boceto en tu bronce,
y en el portarretratos, el féretro que te inmortaliza.*

VALDIVIAS ESTABA consternado. Trabón acababa de informarle sobre el asesinato de Bartolomé.

—¿Pero es que ya no tenemos posibilidad de salvarnos, Jorge? ¡Nos siguen matando y vos sólo me traes teorías! —Trabón callaba—. En realidad no tienen un solo sospechoso contundente.

—Sé que usted tiene razón, Valdivias, pero le comento lo que tenemos hasta ahora. No voy a engañarle: no tenemos nada fijo en nuestras investigaciones.



Gustavo Adolfo VACA NARVAJA

El teléfono sonó. Al otro lado de la línea, el obispo Clarisetti le rogó que se vieran lo antes posible.

—¡Sí, Obispo! Lo espero hoy. Ya sé lo que ha pasado... ¡Por supuesto, que venga también Claudio, no hay problema! Colgó.

—Vienen para acá —le concretó a Trabón—. Me gustaría que estuvieras presente. Me dijo que ha sido maltratado en la Central.

—¡Cura puto, no quiero ni verlo! Yo me voy, Valdivias. La verdad es que tengo mucho trabajo y lo que tenía que hablar con esos dos, ya lo hablé. Trabón salió, dando un portazo, sin saludar siquiera a Matilde recién incorporada.

Valdivias aún asombrado por la falta de respecto de Trabón, llamó por el intercomunicado a Matilde:

—¿Puede venir, Matilde?

Solicita pasó a su despacho, mientras Valdivias la invitaba a tomar asiento.

—Necesito preguntarle algo, Matilde. ¿Realmente está en condiciones de trabajar?

—Sí, lo estoy, doctor; no puedo estar eludiendo para siempre mis responsabilidades.

—¿Supiste lo de Bartolomé?

—Sí, por la televisión, doctor.

—Bueno. Ahora vienen Claudio y Clarisetti. Por favor, encarga unas masas secas y prepara café; al llegar ellos, lo sirves y puedes retirarte a tu hogar. Nos veremos mañana, como siempre.

—Como usted diga, doctor.

—Por cierto, ¿sabes en dónde está Miguel?

—No, doctor. Sé que estaba fuera de la ciudad, haciendo unas investigaciones.

—Cuando lo veas, Matilde, dígame que me contacte urgente. He llamado al celular y no da señal.

—Así lo haré, doctor.

Clarisetti y Claudio llegaron en menos de media hora. Entraron apresuradamente. El rostro del Obispo mostraba una ofuscación más que palpable.

—Vengo a hablar con el Juez, más que al amigo. ¡Estoy indignado por el trato recibido en la Central! Me interrogaron como si fuese un criminal. Exijo una reparación inmediata y que Trabón se ocupe en forma personal de ordenar la renuncia a esos dos policías que me maltrataron.

Valdivias oía sin inmutarse, observando al Obispo con desprecio, mientras Claudio parecía indiferente a todo aquello.

Con voz serena pero firme contestó:

—Debo decirle, Clarisetti, que lo suyo es una impertinencia algo peligrosa. En primer lugar, usted no es nadie para dar órdenes. En segundo lugar, le exijo respeto... Demasiadas cosas ya he tolerado de usted. ¡Ubíquese, o aténgase a las consecuencias! De manera que se calla, y si no sabe guardar compostura prefiero que sea Claudio el que explique la versión de lo sucedido.

Claudio asintió. Clarisetti quedó inmóvil, mientras Claudio tomaba la palabra luego de sentarse.

—Doctor, estuvimos siendo interrogados en la Central de manera poco común, eso es verdad. Yo diría un poco agresiva. El Obispo en realidad se ofuscó, antes que comenzara el interrogatorio. Tal vez, por falta de costumbre. No lo culpo. Pero la verdad es que tanto él como yo estuvimos en contacto con Bartolomé en sus últimas horas. Él, personalmente. Yo, por teléfono. La mujerzuela que me exigió, salió del número telefónico que del Franco me entregó en mano y que, se lo confirmo, ya tienen los servicios de inteligencia. Personalmente... yo no me quejo, pero la realidad es ésta.

—Gracias, Claudio —el obispo permanecía sentado, inmóvil, callado, como una estatua en misa.

—¿Localizaron la mujer?

—No lo sé —repuso Claudio—. Trabón está a cargo de las investigaciones.

—El pecado... El pecado lo llevó a esta perdición, la carne y sus podredumbres —moralizó el Obispo...

—¡Qué pecado ni carne ni qué pelotas!... Estamos ante una organización fantasmal. Nadie ha logrado saber dónde están ni quiénes son. ¡Qué demonios tiene que ver eso con el pecado y la maldita iglesia! Hablamos de terrorismo, maldita sea...

—Bartolomé me entregó documentos considerados secretos —repentinamente confesó Clarisetti, para sorpresa del juez—; es lo único que sé y tengo. No lo dije en la Central, porque mi intención es entregárselo a usted —dijo mirando a Valdivias con seriedad.

—¿Le comentó su contenido? —preguntó Valdivias.

—En el nombre de Dios, sí, lo hizo, pensando que era importante compartir el secreto.

—¿Y lo es? —preguntó Valdivias astutamente

Clarisetti vaciló por unos instantes, mirando fijamente el suelo del despacho.

—¡Creo que sí!

—¿Cómo que cree que sí! ¡O lo son o no lo son!

—Muchos de ellos son cuentas bancarias en el exterior, documentos personales de políticos, empresarios y demás. Cartas... y algunos documentos que espero usted pueda entender mejor que yo.



*La intriga es una duda oculta
que lastima con el silencio.*

Valdivias había aprendido durante su largo trayecto judicial, a semblantar los personajes que desfilaban por su juzgado. Intuyó que Clarisetti estaba deslizando un mensaje subliminal. Tal vez algo que le competía exclusivamente a él y que la presencia de Claudio le impedía relatar.

—¿Los tiene acá, Clarisetti?

—En el auto, señor. Se los traje para entregárselos.

—Mandaré a un agente que lo acompañe, y por favor súbalos de inmediato.

Se levantó, acompañado del agente, y salieron a buscar los documentos. Al salir, se cruzó con Matilde que entraba con masas y café.

—¿Se marcha usted ya, obispo?

—Ya vuelvo, déjeme el café en el escritorio, por favor.

Una vez dispuestos sobre la mesa, el juez le ordenó que ya podía retirarse a su hogar. Matilde sintió un gran alivio en su interior cuando abandonó aquel despacho.

Claudio se sirvió el café, y le preguntó a Valdivias sobre el estado de los restantes miembros de la Asociación. Valdivias dijo con desánimo

—¡Sólo sé que cada vez somos menos!

—Precisamente es por lo único que no debiera preocuparse. Somos centenares —replicó firmemente Claudio—. Pero sí... También pienso que todos están asustados, diría paralizados de miedo —y desafiante, seguro de sí mismo, se atrevió a preguntarle—: ¿Y usted, señor?

—Yo no, Claudio; tal vez sea por mi edad. Mientras más edad se tiene, se le teme más a la vida que a la muerte. Pienso que en un año más me retiro tranquilamente y lo mando todo al infierno...

—¿Y la conciencia, señor? —Valdivias lo miró asombrado

—¡Perdón! ¡De qué me habla, Claudio!

—Me explico. ¿Cómo se siente uno al llegar al final de la carrera y saber que deja de pertenecer al poder? —dijo, rebajando la tensión que estaba creándose entre ambos.

—¡Desamparado, Claudio! Mi fortuna no es nada sin el poder, y el poder no es nada sin mi fortuna. Son dos cosas separadas y unidas a la vez. Usted es joven, y yo quizás triplico su edad; pero su juventud lo hace más osado. Yo, en cambio, estoy de regreso de todo. Uno ve diariamente la caída. Pero... no los convoqué para quejarme de los vaivenes de la vida... Dígame usted, antes que

venga Clarisetti, qué opina de todo esto. Le ruego... No, no le ruego..., le conmino a la mayor sinceridad.



¡Ah!

*Hay un sólo momento
en que la verdad aparece
y nace... del mismo cuerpo
o de cuerpos ajenos...
Tarda mucho, mucho,
pero llega hiriendo.*

—Así lo haré, por supuesto, juez. Yo creo que ha llegado el momento de terminar con esta Asociación, regresar a los caminos naturales de trabajo. Impedir que la corruptela siga avanzando. Creo que hemos llegado a un límite muy peligroso y eso se refleja en la aparición de éstos o este grupo de asesinos. ¿Se puso a pensar quién los engendró, doctor?

—¿Quiénes, Claudio?

—¡Nosotros, señor! Nosotros lo hemos creado y se irán reproduciendo en otros sectores si no detenemos esta maquinaria de corrupción. Es más, los últimos sondeos de opinión revelan que comienzan a ser vistos con simpatía por la opinión pública. Creo que hay consenso para su existencia. ¿Se da cuenta? Nosotros somos su

origen y las víctimas, pero la opinión pública apoya a los victimarios y no a las víctimas.

—Interesante, pero vea la otra cara, Claudio. Nosotros defendemos el trabajo, producción, empresas, hogares. Ponemos en riesgo nuestro futuro, nuestro prestigio. Ya le expliqué que la sociedad está corrupta, es corrupta en sí misma. Nosotros somos parte, pero no el todo....

Claudio se tomó unos segundos y contestó:

—Es cierto, pero en los últimos años nos convertimos en delincuentes. Seamos sinceros, juez. Ni más ni menos.

—¿Enloqueció o qué? ¿Pero qué dices, Claudio? ¡Delincuentes!

—Y sí, doctor, esa es la palabra. Usted no sólo hace desaparecer pruebas, sino que también paga su silencio. Y en estos últimos tiempos su mano derecha hizo desaparecer gente, testigos, imputados, sospechosos por órdenes expresas suyas.

Valdivias se puso de pie y le miró fijamente.

—Pongamos todas las cartas sobre la mesa. ¿De qué lado está usted, Claudio?

—Usted me pidió franqueza, que diga lo que pienso, y así lo estoy haciendo. No se me escandalice ahora por la sinceridad. Debemos tener templanza, en estos momentos, ¿no lo cree así? —su mirada era realmente provocadora—. Es necesario replantear la

estrategia, hacer una limpieza a fondo, terminar con toda esta máquina delictiva. Sólo así, podremos sobrevivir —Valdivias estaba sorprendido. Si de alguien nunca dudó, fue de Claudio. Pero ahora un manto de dudas se cernía sobre aquel personaje luego de aquellas palabras.

Clarissetti entró en el instante que Valdivias iba a contestarle. El Obispo se inquietó al ver a un Valdivias extrañamente pálido y algo agitado.

—¿Sucede algo?

—¡Nada! —repuso malhumorado Valdivias.

—¡Déme esos documentos de una vez!

Comenzó a revisarlos con detenimiento. A medida que descartaba papeles, su palidez se intensificó entre aquellos escritos, mirando de vez en vez de reojo al obispo con nerviosismo.

—¿Alguien más los vio?

—Desde que están en mi poder sólo usted, Valdivias.

—¡Bien! Ahora mejor se retiran, hoy he tenido un día muy agitado y no me siento demasiado bien.

—Es cierto, no sé le ve buena cara. ¿Quiere que llame a un médico o le acerquemos algo?

—¡No, gracias! Pueden irse. Gracias por todo.

Valdivias quedó solo, revisando una y otra vez la documentación. Por mucho que mirara y leyera, le costaba creer que todo aquello pudiera ser verdad.



*Herido su orgullo,
como el agua por la quilla oculta,
se abrieron grietas precarias,
como en troncos secos dormidos,
Y allí, en ese papel blanco,
esperó el secreto inmóvil.*



MIGUEL Y MATILDE

MATILDE NO se hizo rogar. Cuando Valdivias dijo que se fuera, no tardó más que unos segundos en cumplir la orden. Miguel la llamó minutos antes para decir que la esperaba en el departamento. “Tengo datos muy importantes, Matilde. Te espero”. Al llegar Matilde, encontró a Miguel desparramado en el sillón de cuero con un vaso de whisky en la mano. Mirando al techo, su cuello abierto y la corbata desarmada. Estaba tan aislado en su propias disquisiciones, que ni se dio cuenta que Matilde estaba ya frente a él, mirándolo con extrañeza,

—¿Qué pasa, Miguel? Nunca te había visto así.



Gustavo Adolfo VACANARVAJA

—¡Yo tampoco! —dijo Miguel reincorporándose—. Disculpa. Estoy terminando de atar cabos. Sé quienes son los integrantes del GAC; dónde viven, quién es su jefe y cómo se agrupan.

—¿Que dices? —Matilde se sentó en el sillón del frente—. ¡Cuéntame eso bien!



XXVI



TRABÓN REvisa LA CASA DE CARLOS VALDIVIAS



*En esa majestuosa casona de años ocultos,
se abrió el jardín de los ensueños
donde una flor sujeta de una hebra de seda
voló hacia un lejano más allá,
en la noche de la malla negra,
preguntando a las estrellas
si un cometa pasó dejando su estela blanca.*

JORGE TRABÓN ENTRÓ sin dificultad a la casa de Valdivias, una mansión de más de seiscientos metros cuadrados rodeada por unas dos hectáreas de parque, murallones de piedra en el perímetro de más de dos metros, y dos torres de guardia en el norte y sur. El portón de rejas se abrió no bien los guardias identificaron a Trabón.

—¡Pase, jefe! Pero el juez Valdivias no está.

—No importa, lo espero adentro.

Condujo su coche por la calle de tierra empedrada hasta el arco de entrada de la mansión.

—¡Señor Trabón, qué gusto! Pase usted, el juez va a tardar un poco aún. Pase, si es tan amable, al escritorio. Yo avisaré —dijo el viejo mayordomo, solícito. Hombre de sesenta años, robusto, con la cabeza afeitada. Según el Juez, era cinturón negro, gran conocedor de las artes marciales.

—¡No es necesario, amigo! —dijo Trabón—. No le llame, yo lo espero aquí, no hay problema. Le agradeceré un café y me sentaré a leer.

—Como usted disponga, señor —lo hizo pasar al escritorio—. Póngase cómodo, ya le traigo su café.

Abrió los grandes ventanales y apareció una biblioteca imponente, cubriendo las paredes centenares de libros. Trabón se quitó el saco, aflojó la corbata, prendió un cigarrillo y se sentó en el amplio sillón de cuero. Se quedó mirando una reproducción gigante de la famosa obra de Goya, El vuelo de las brujas, que Valdivias exhibía

majestuosa tras su escritorio. Recordaba aquella vez que le habló precisamente de ella:

—Goya lo pintó para el duque de Osuna en Madrid. Lo compró por monedas, si tenemos en cuenta el valor de hoy. Las brujas me protegen, Jorge. Son mi escudo, y también mi inspiración. ¿Sabe que las brujas mantenían relaciones sexuales con el diablo?

—No, no lo sabía —había replicado Trabón.

—No lo culpo, Trabón, la ignorancia es grande. Las orgías de brujas se asemejan a las orgías de esta época, sólo que ahora las brujas son pagas, ya sabe —reía ante la mirada sorprendida de Trabón, aturdido por aquella conversación—. Pero no me haga caso, no se asuste. Simplemente soy devoto de ellas. En realidad, eran ancianas hechiceras, que podían transformarse en hermosas jóvenes...

Trabón recordaba esas palabras mientras miraba la levitación de aquellas brujas. Sabía que tras aquel cuadro tenía Valdivias la caja fuerte con todos sus documentos, aquellos que nunca el Juez mostró a nadie. Él había memorizado la combinación obtenida después de observar muchas veces los giros que daba Carlos para abrirla. El mayordomo trajo el café, lo sirvió y le preguntó

—¿Desea algo más?

—Nada más, Tomás. Puede retirarse. Yo me quedaré descansando aquí hasta que llegue.

Trabón supo de la documentación entregada por Clarisetti, mediante los micrófonos ocultos en la casa de campo de Bartolomé, pero se reservó aquella información. A su vez conservaba la grabación de Lleitras con la prostituta. Sonriente, pensó que él a su manera era tan brujo como brujas eran aquellas del cuadro: también

gozaba de poderes especiales a manera de micrófonos ocultos, entre otras posibilidades ajenas al común de los mortales.

Esperó que saliera el mayordomo, y aguardó unos instantes para asegurarse la intimidad. Cuando todo parecía calmado, dio un salto y descubrió la caja fuerte, corriendo a un lado el cuadro de las brujas goyescas. La abrió rápidamente como buen experto en cajas fuertes que era. En primera instancia, halló varios fajos de billetes en dólares, euros y yenes; luego, un sobre papel madera con documentos indudablemente colocados recientemente, porque ni siquiera estaban ordenados, sino más bien amontonados.

Sentado en el sillón de Valdivias, comenzó a hojearlo todo. Cuentas bancarias en paraísos fiscales, códigos de acceso, cartas personales y fotos. Una partida de nacimiento celosamente conservada en plástico transparente y dos fotos de Valdivias con dos niños. Uno de unos cinco años. Y otro de apenas unos meses. Valdivias se veía muy joven y sonriente. Según le comentó una vez, su hijo de cinco años murió en la adolescencia en un accidente; pero nada sabía del otro niño. Es más, Trabón desconocía su existencia. Sabía que Valdivias después del accidente se separó de su esposa y no formó pareja conocida hasta la fecha. Tomó la partida de nacimiento y la leyó detenidamente. Sin pensarlo dos veces, guardó aquel documento en su saco. Salió avisando al mayordomo que no tenía tiempo para seguir aguardando.

—¡Dígale a Valdivias que me surgió un compromiso, y que lo veré en una próxima ocasión.

El mayordomo no atinó qué responder y se limitó a acompañarlo. Al entrar nuevamente al despacho, luego de la partida de Trabón, el mayordomo se dio cuenta que el cuadro de Goya estaba descolocado ostensiblemente.

—Señor, Trabón recién salió de casa. Estuvo esperándolo en su despacho. Recién entré y observé el cuadro desplazado. Temo que haya trasteado la caja fuerte, señor juez.



*Y las palabras abrieron
las primeras dudas de la noche,
y la Lluvia de estrellas aseguró...
que ningún cometa hiriera su silencio.*

—¡Llama a Claudio! —le pidió Miguel a Matilde—. Después te comento lo que descubrí en la casa de la muchacha.

—¿Cuál muchacha, Miguel?

—La tal Elena —respondió Miguel, mientras revolvía su portafolio.

MIGUEL LLAMA A CLAUDIO



—Sí... ¿Claudio?... Miguel quiere hablarle... Sí, es urgente, aquí se lo paso.

—¡Claudio!... Sí, Miguel te habla... Todo bien, todo bien... Mira, acabo de llegar de la casa de los padres de Elena. Tengo datos que me gustaría conversar personalmente con vos de manera urgente... ¡No importa cómo me enteré! Lo que vale es el dato concluyente que tengo, y eso es lo que debo hablar con vos porque necesito tu aporte... ¡Sí, sí! Estaré en mi departamento, estoy con Matilde, seremos nosotros tres... ¡Ah! No le digas nada a Trabón... No me preguntes y hazme caso... Vos ya sabes que no es santo de mi devoción... Confío en vos, que así sea... De acuerdo, te espero a esa hora.



En esa noche de media plata, con luces de faroles amarillos, ordenó la cena en la pequeña mesa de madera lustrada, fueron sus ojos los que brillaron con luces propias, y sus palabras entregaban una cálida esperanza de un mañana.

CLAUDIO LLAMA A VALDIVIAS



—¡Estoy cenando, Claudio! ¿Qué quieres?... Aquí, en mi escritorio, tengo mucho trabajo hoy... ¿Qué si puedo recibirte? ¿Es algún problema serio?... ¡Bueno, te espero!

Valdivias estaba inquieto. Ni siquiera podía cenar en paz. La actitud de Trabón también le sorprendía, y más aún el no tener repuesta a sus llamados. No había observado nada extraño en su caja fuerte, el sobre con los documentos estaba intacto.

Minutos después, Claudio abrió la puerta. El tenía acceso directo al Juzgado. Era la orden de Valdivias. Se le notaba sereno, excesivamente calmo, su vestimenta pulcra y el portafolios en su mano derecha.

—Siéntate, Claudio, esta noche todos están locos. Me van a matar no por el GAG, sino de un infarto.

—No diga eso, jefe.

—¿Pero qué te traes de urgente? ¿Qué ha pasado ahora?

—Señor, me llamó Miguel. Quiere que vaya a su departamento, dice que descubrió quiénes son estos autollamados GAG y que tiene pruebas.

—¿Por qué no me llamó a mí?

—Lo ignoro, jefe. Pero era mi deber hablar con usted antes de ir.

—¡Haces bien, muchacho! Ahora bien, cuéntame lo que pasa y cenemos algo mientras te escucho.



*Toda... toda esa luz que baja del universo oscuro
llega sin reclamos para alertar una noche de sombra.
Escapa ella, cuando la luna
despliega sus mantos plateados.*



MIGUEL Y MATILDE

MIGUEL COMENZÓ a contarle a Matilde su descubrimiento. Fue en la madrugada yendo a la dirección que le entregó el policía custodio en la casa de Bartolomé. En el allanamiento, lo descubrió

casualmente al levantar un papel abollado, junto al escritorio. Era una factura de compra, tirada seguramente al descuido al huir Elena luego del asesinato de Bartolomé. Allí estaban su nombre y dirección.



*Madrugada inesperada,
sentenciada tarde, tarde,
tarde roja,
roja sangre, tarde blanca,
ardiendo en desventura.*

Miguel, atrapado por el sofoco del viaje, respiró profundamente como si el aire pudiera transformar el cansancio en reposo. Prendió un cigarrillo al llegar. Descansó por unos instantes, mientras miraba en derredor para ubicarse. Halló a pocos metros, una suerte de estatua en una esquina, que le permitiría orientarse. Un hombre de espaldas, rígido, perpetuo, petrificado para la eternidad. Qué extrañas las estatuas en la noche. No sabía quién era, sólo veía su espalda gris.

Caminó por la vereda hasta encontrar la dirección exacta. Una edificación adusta, envejecida y gris. Ventanales amplios con persianas metálicas desteñidas y un timbre con el aparato blanco incrustado en la pared lateral izquierda. Ya noche cerrada, la calle

Gustavo Adolfo VACANARVAJA 

aún estaba en movimiento. Una voz aletargada contestó al aparato. “¿Quién es?”.

—¿Vive aquí Elena? —Miguel preguntó con voz apacible.

—¡Sí, pero no está en estos momentos —contestó una voz de mujer—. ¿Quién la busca?

—¡Soy el fiscal del juzgado, Miguel Dezois! Necesito hablar con Elena. ¡Abra inmediatamente!

Tras un instante de silencio, se abrió la puerta. Miguel pasó por un pasillo de unos diez metros. Al fondo, una mujer de unos setenta años aguardaba observándolo. Miguel pasó a un amplio living, ordenado y limpio. A su frente una habitación con una cama bien presentada y de cuidados detalles. Llamó la atención de Miguel una foto enmarcada sobre el estante junto a algunos libros. Quedó absorto. Dos mujeres jóvenes sonreían en la instantánea. Miguel reconoció a una de ellas aunque fuera una imagen de varios años atrás. Estaba seguro que era Sasha. Tratando de mantener la compostura, comentó como al descuido

—¡Lindas muchachas!

—¡Gracias, señor! —replicó la señora, orgullosamente—. Son mis hijas, mis queridas niñas, eran inseparables, pero Dios quiso que una de ellas ya no esté. Por eso Elenita se hizo cargo de mí, cuando Sasha nos faltó. ¡Pobre mía! Siempre atenta a su madre, trabajando y trabajando, y cuidando de su hermanita.

Miguel empalideció ante aquellas palabras de la anciana.

—Siempre decía: tienes que estudiar, sólo estudiar, hermanita. ¡Pobre Sasha! Y fíjese que Elenita es muy parecida, pero más bella. ¿No le parece?



Matilde oyó el relato de Miguel con mirada de asombro. Todo aquello era inesperado.

—¿Su hermana, Miguel? Me cuesta creerlo. Nunca me la mencionó y menos aún que cuidaba de su madre. Supuse que ella rompió hace muchos años el vínculo.

—Sí, lo es, Matilde —confirmó Miguel, tomando un respiro en el relato—; era su hermana menor y aquella anciana era su madre.

—¿Pero ella mató a Bartolomé porque Bartolomé mató a Sasha?

—Sí, así lo hizo. Bartolomé, al margen de su empresa de comunicación, manejaba contrabando de piedras preciosas. Supo que Sasha obtuvo varias, ignorando que había sido Rufino quien se las había entregado. ¡Mafia, Matilde, pura y dura! Pensó que Sasha le robaba. Pero déjame que te cuente lo que sucedió cuando me encontré con Elena. Todo esto me está quemando, mi amor. Necesito contártelo.



*En adelante, no será más que la nada.
La nada... Un espectro, un fantasma.
¡Sabiduría... es ignorancia!*



Elena llegó a la hora habitual, tal como le comentó la anciana. Entró despreocupada, alegre, llamando contenta a su madre.

—¡Mami, dónde estás! ¿Cómo anda mi viejita? —no obtuvo respuesta porque su madre esta sentada junto a Miguel que aún mantenía el retrato en su mano.

—Es el fiscal Miguel Dezoís, Elena, y quiere hablar con vos.

Lejos de amilanarse, Elena se sentó con naturalidad, saludó y preguntó si le habían convidado al menos a un café.

—No tuvimos tiempo, Elena —contestó su madre—. Estuvimos todo el tiempo conversando, pero los dejo solos, y yo voy a preparar un café, aunque antes iré a la panadería de la esquina. Compraré unas masitas para que acompañen el café del señor fiscal.

—Bien, mamá. No te hagas problema. Como prefieras.

Miguel observaba fijamente a Elena. Era una joven muy bella. Más linda que Sasha, pero más fría. Se acomodaba su falda como bajo un tic inconsciente y ondulaba su larga cabellera al tomar la palabra. Miguel, luego de preguntar menudeces para romper el hielo, fue al grano.

—Elena, no voy a andarme con rodeos. El motivo de mi visita es una pregunta tan sólo, y esa pregunta se la planteo sin más. ¿Mataste al señor Bartolomé Lleitras?

Elena mantuvo silencio, sus ojos se llenaron de lágrimas, el rostro se endureció y contestó secamente.

—No, yo no maté al señor Lleitras. Esa bestia inmundada no era un *señor*. A Lleitras.... lo mató Sasha.

—¡Eso es imposible, Elena! Sasha estaba muerta antes de ser asesinado Bartolomé.

—Sí, es cierto. Pero le insisto: a esa bestia inmundada lo mató Sasha, que se posesionó de mí y me ordenó ejecutarlo.

Miguel, que no salía de su asombro ante aquel delirio, decidió atacar a fondo.

—¡Elena, no juegue conmigo! ¿Quién ordenó ese asesinato?

Ella dudó, pero inmediatamente se repuso, y llegó a balbucear algo apenas audible:

—El número **1** —y comenzó a reír como una loca—. El número **1** —repetía mecánicamente, cada vez más fuerte—. El número **1**...

Elena estaba ausente, como alejada del mundo de todos. Su mirada parecía enferma y perdida.

—¿Quién es el número **1**, Elena?

Elena tarareaba una melopea absurda que Miguel no podía entender, mientras se aproximaba a la cómoda. Abrió un cajón cerrado con llave, y sacó una capucha naranja y un revólver.

—Sasha lo mató con esto —Miguel tuvo que dar un brinco, y le arrancó el arma de las manos.

Matilde ni se inmutó. Miguel llamó a la policía, ordenando la detención de aquella criatura enloquecida. Ella continuaba ausente, alejada de la realidad, repitiendo aquellas palabras sin cesar. “El número 1, el número 1”. No tardó mucho en llegar el patrullero y llevarse a Elena en él.

De repente, el teléfono de la casa sonó. Atendió el propio Miguel, al no estar la madre ni la hija.

—¡Hola!... Sí, es la casa de Elena... No está en estos momentos... ¿Quién llama, puedo darle el recado?...

La comunicación se cortó súbitamente. Sin embargo, Miguel ya había reconocido la voz. Del mismo modo, que quien llamó reconoció la suya.



—¿Te das cuenta, Matilde? Reconocí la voz al instante...

—¡Me cuesta tanto creerlo, Miguel! Jamás lo hubiera sospechado.

—Aun así, debo estar seguro... Vamos a buscarlo —se puso el saco, terminó el resto de la bebida y salieron juntos.

—¿Dónde vive? —preguntó Matilde.

—No vamos a su casa. Si él reconoció mi voz, sé dónde está en este justo momento.



*Toda esa luz que baja del universo oscuro...
¡Sin reclamos para alertar las noches sombrías
ni permitir escape!*



VALDIVIAS Y EL VELORIO

VALDIVIAS SE RETIRÓ a una sala no muy lejos del velorio de su amigo Bartolomé. Necesitaba descansar en soledad, aunque sólo fuera unos instantes. Luego regresó para acompañar los restos de su compañero, durante un rato más.

Se despidió de los presentes, alegando que en una horas volvería, y retornó a su casa. Allí, sin pensarlo, se descargó media botella de whisky. Se estiró en el sillón y no tardó en dormirse. El alcohol y el cansancio lo llevaron a un vertiginoso y confuso sueño.

En aquella pesadilla, de sus orificios nasales surgieron extraños insectos que rápidamente desaparecían al llegar a la comisura de su boca. De los pabellones de sus orejas, colgaban raíces de árboles con ramas floreciendo. Aquellas raíces llegaban hasta su cerebro. Sus manos habían adquirido una consistencia pastosa y dúctil, y eran incapaces de responder a su propia voluntad, pues se movían en forma independiente, semejando el movimiento febril de las alas de un murciélago, queriendo alzar un vuelo imposible. Un orificio circular y perfecto en medio de las cejas, mostraba aún incrustada en la carne fresca una bala de plomo. La bala saltó despedida del orificio, y comenzaron a expulsar una y otra más y otra bala desde la herida, cayendo al suelo donde rodaban sin descanso, incapaces de detenerse.

Despertó en un alarido. Miró en el espejo que estaba en la pared lateral y se tranquilizó al ver su imagen absolutamente libre de agregados. Se duchó y regresó al velorio.



*Los sueños
son presagios de futuro.*

A la madrugada, poca gente permanecía junto al difunto. Se le veía extremadamente pálido, a pesar de la oscuridad artificial y el maquillaje, cubierto por una mortaja. Nunca le gustaron las mortajas a Valdivias. Le daban impresión. ¿Por qué deberían cubrir un cuerpo muerto si ya no necesitaba calor ni frío padecía? Era obvio que la necesidad era de ellos, los vivos; adecentar la muerte para que no hiriera la mirada de los vivos. Como una despedida elegante. Muy cansado, salió a servirse un café y allí se encontró con Claudio.

—¿Todavía acá, jefe?

—¡Sí, muchacho! Es lo menos que puedo hacer por un amigo, acompañar, despedirlo, recordarlo.

—Lo comprendo, jefe. Sé que eran muy amigos.

—¡Mucho, Claudio, mucho! ¿Clarissetti no vino?

—Está en el oratorio, ya sabe como son éstos: se pasan la mitad de la vida orando y el resto robando.

—¿Qué dices, muchacho? —Claudio sorprendido por la reacción de Valdivias, trató de cambiar de tema.

—Jefe, por qué no va a la sala de reposo de la funeraria, allí podrá estirarse un poco y relajarse. Faltan pocas horas para que lo llevemos al crematorio.

—Creo que no es mala idea, ¿me acompañas?

—¡Sí, jefe, por supuesto!



*Las fantasías incorpóreas
flotan audaces.*



CLARISSETTI Y EL VELORIO

CLARISSETTI SE LEVANTÓ despreocupado, lentamente. Era su personalidad y costumbre. Setenta años, desprolijo en su vestimenta purpúrea; el pelo desordenado acompañando su abandono general. Una mirada profunda y fría llamaba de inmediato la atención. Puro hielo. Alguien, alguna vez, lo había comparado a Hefesto, por ser algo, cojo y desgarbado.

Clarissetti avanzó, mirando el piso al caminar como si buscara una moneda de oro en un río, hasta llegar a Valdivias. Tendió su mano. Capturó la de su amigo y no la soltó. Sorprendido, Valdivias, con la otra mano libre le entregó el café. Clarissetti clavó por primera vez sus ojos en la retina del funcionario judicial como si sondeara la profundidad de su alma. Lo abrazó de improviso, y acercándose al pabellón de la oreja derecha del juez, mordió el lóbulo carnoso hasta

sentir el tibio fluido sanguíneo en sus labios. Retiró su colmillo diciéndole: “Se acerca el final, los dos lo sabemos”. Valdivias soltó la mano del Obispo, estupefacto y dolorido. Dio media vuelta, aterrorizado por primera vez en mucho tiempo, y ubicándose en el centro del salón sobrio y formal, miró a Clarisetti con asco y pavor. Una luz ambigua pero intensa asomó desde el techo. Las luces laterales se apagaron. Un blanco haz atravesó el oscuro vacío del receptáculo, atrapando la imagen desprolija de Clarisetti, exultante en su desafío. Un temblor de gozo se apoderó de su cuerpo y reconoció ese ambiente como propio, mientras Valdivias con su pañuelo blanco intentaba disimular la herida.

Claudio se excusó para ir al baño. No entendía qué pasaba entre aquellos dos hombres.



*La sangre brotaba silenciosa
humillando la soberbia*

Clarisetti sonrió por un instante. La luz blanca desapareció. El ambiente oscurecido se iluminó entonces de un rojo intenso, y caminó con desparpajo hacia la escalera de diez escalones. La sombra de un perro con tres cabezas y cola de dragón, lo acompañó

Gustavo Adolfo VACA NARVAJA 

cuando se giró con satisfacción, con orgullo demoníaco, y señaló con su dedo índice a Valdivias en forma amenazante. Valdivias se sentó, confundido. ¡Qué demonios estaba sucediendo! La luminosidad roja, mutó blanca; el salón cobró su dimensión original. La sombra del Cerbero desapareció. Fue entonces cuando Clarisetti dijo con voz metálica:

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —Valdivias, incómodo, supo a qué se refería.

—¡Para protegerlo! ¡Para que nadie le hiciera daño!

—¡Mientes! Lo hiciste por egoísmo, perro...

En ese preciso instante, como aparecido de la nada, un hombre con capucha naranja y el número **1** marcado en negro, avanzó con una pistola en la mano. Con voz metálica, aguda, les dio la orden de sentarse.

—¡Hoy acaba todo! —sentenció—. Ustedes dos morirán.

—¿Quién es usted, loco de mierda? —preguntó Valdivias.

—Yo soy... el **GAC**.



*Una imagen,
una sombra gris,*

*un espectro,
un asesino,
un fantasma.*

El encapuchado avanzó con pasos extraños, como si estuviese caminando sobre un campo de minas. Clarisetti retrocedió. Valdivias, perplejo, ni pestañeaba.



*Implacables tempestades
se desprenden del mármol funerario.*

—No sé quién es usted. Pero ya era hora que estuviéramos frente a frente, y mejor aún ante un testigo como el obispo. Lo estuvimos esperando durante mucho tiempo.

Clarisetti, temeroso, se mantuvo en silencio. El encapuchado se acercó a Valdivias, el cañón brillante del arma a la altura de su cintura. Valdivias intuyó un cierto temor o duda en el extraño encapuchado, que aprovechó para lanzarle el ofrecimiento.

—¿Puedo proponerle algo? Creo que sería de sumo interés para todos los presentes...

—Hable, pero mida una por una cada palabra.

—Iré al grano. ¿Cuánto costaría dejar en paz a nuestra asociación? Exíjanos cuanto crea conveniente. Se lo daremos.

—¿Cuánto pido? —contestó el encapuchado—. ¿Cuánto cree usted que vale su vida y la vida de sus cómplices?

—No lo sé —respondió Valdivias—; en realidad yo tampoco lo he pensado. Pero seamos realistas. Estoy dispuesto a dar lo que ustedes pidan. Más aún, le aseguro que no buscaremos represalias. Aquí, si usted quiere, acabará todo...

—¿Esa es su oferta?

—¡Bueno, esto sería el comienzo de una negociación! Estoy abierto a su contra propuesta —aseguró esperanzado Valdivias.

—Ahora le hablaré yo. Preste toda la atención que pueda a lo que va a oír, maldita rata. Usted es probablemente el tipo más miserable que he conocido... No sólo es repudiable su propuesta, sino que es insuficiente. Pero desde ya le aclaro, juez, que ni yo ni mi organización buscamos dinero.

—¿Entonces? No entiendo —replicó Valdivias.

—¿No puede entender? ¿Tanto le extraña que no puede concebir que no queremos dólares, basura inmundicia? ¡El GAC busca justicia, con mayúsculas, señor juez! ¿No le parece asombroso que un juez no asimile ni comprenda el concepto de la búsqueda de Justicia? En cambio, rata, estoy seguro que sabe perfectamente lo que es la inmundicia, y asevero esto ante sus narices, porque uno

siempre reconoce lo que se es o aquello a lo que se asemeja. La inmundicia reconoce la inmundicia. ¿Sabe lo que es la mierda?

—¡No le permito!

—¿Qué usted no permite qué? —contestó el encapuchado, encañonándole la cabeza—. ¿No se da cuenta en qué situación está?

La voz de Clarisetti, temblorosa, se oyó débilmente en el salón. Ni se entendió aquel hilo de voz confuso.

—¿Usted es el obispo Clarisetti? —inquirió amenazante el encapuchado.

—Sí, lo soy...

—Puede tener ese título, no lo dudo por el color de su hábito. Pero usted es otra rata. Pertenece indirecta o directamente a ese núcleo que nosotros denominamos como la Impunidad. Es más, ustedes también han sido beneficiarios de esta red mafiosa, y pronto llegará su hora... Hoy, nuestro grupo ha condenado al juez Valdivias, por ser la cabeza de este núcleo y firme es su sentencia. Debe ser ejecutado. ¡Hágase justicia!

Sin más preámbulo, la mano del encapuchado levantó la pistola a pocos centímetros de la frente del juez: disparó, y el juez se desplomó de una bala entre las cejas, ante el estupor y la parálisis de todos los concurrentes, ahogados por el miedo a ser los próximos.

En verdad nunca pensó que lo lograría; pero su mano se mantuvo firme, el índice sobre el gatillo obedeció en pocos segundos

la orden. ¡Fuego! La bala emergió limpiamente; al comienzo tiritaba y el sudor frío invadía su piel. Pensaba que un asesino debía tener sangre fría, y él no sabía si atesoraba la sangre fría necesaria.

Observando la víctima, desangrándose aún en el suelo, sin ninguna clase de remordimiento, supo que sí lo era. Se sintió todopoderoso. El cuerpo de ese hombre se sacudió en el asombro, y después aceptó la muerte en silencio.

El encapuchado enfundó la pistola y colocó con firmeza un papel blanco con las letras GAC, y comenzó a retirarse. Guardó el arma homicida en un sobre de papel marrón acolchado, y marchó rápidamente.

Sintió mucha sed mientras se alejaba. Calculó que los bares estaban todos cerrados, pero que ya encontraría algún lugar. La imagen del funcionario judicial lo cercaba, el agujero circular en el entrecejo se reflejaba en las paredes.

Al salir, se encontró a Miguel y Matilde sorprendentemente a punto de ingresar. Miguel automáticamente ante el encapuchado, se lanzó encima con toda su fuerza tumbándolo. El hombre perdió su capucha. Los concurrentes se acercaron y pudieron retenerlo.

Al ver su rostro, Clarisetti lanzó un aullido. Un grito que paralizó a todos.

—¡Has asesinado a tu padre!... —Claudio quedó sin reacción, desde el suelo, mirando absorto al Obispo.

—¿Qué dices, maldito? ¿Qué estás diciendo? —preguntó angustiado Claudio, desde el piso, sin la capucha.

—¡Valdivias era tu padre! Tengo la documentación que lo confirma y tengo tu partida de nacimiento.



Así, sin más preámbulo ni explicación, asoma la espantosa verdad, aquella que permanece sin marquesinas en las antesalas de lo anónimo, donde alguien es fusilado por el destino implacable. A veces, las jornadas se derrumban en un tiempo huérfano de brisas y rutinas de pequeñas tragedias. En pocos segundos, se paraliza a un hombre con un arma humeante y venenosa. Una estatua viviente, una ente inerte, sin reacción, con la mirada perdida y ajena a las luces. Todo ese letargo, toda la justicia llevada al sublime calvario, desaparece y se mezcla con el grito desgarrador que abarca todos los sentidos destrozados... "Has asesinado a tu padre".



¡Ay vanidoso y engreído delirante!, ¿Qué has hecho de tu lucha y vida? "Has asesinado a tu padre". Caminaste, caminante, combatiendo al corrupto, luchando en barcos de utopías, profanando las mismas mayólicas sacras y prohibidas, aspirando los mismos bálsamos de la historia, empañado de púrpuras lágrimas, sin saber, sin saber que el camino está hecho de sinuosas formas y largos engaños. Sólo las piedras son eternas, sólo las piedras sin alma ¡Ay delirante soñador de alquimias! A ver si

de una vez despiertas. ¡Es a ti a quién han herido! Sin una gota de sangre, con una sola frase te paralizaron: "Has matado a tu padre".

Miguel desarmó a Claudio, ya inmovilizado. Los agentes lo arrestaron y lo sacaron del lugar. Esposado, en el auto, Claudio deliraba.



Se vio a sí mismo en un sueño de colores dolorosos. La pesadilla lo transportaba a horcajadas de un alazán, que galopaba en el fondo del mar entre sinfonías de corales y arrecifes, allí, ahogado en un espacio submarino infinito, relinchaba veneno. Allí, se sentía a sí mismo. Contemplaba los peces flotando traviesos y resentidos, en una gran pecera de agua putrefacta, y cientos de nubes zigzagueaban con reproche su reptación sobre la tierra. Tarareaba y con sus dedos tecleó sobre el asiento su destino fúnebre. Dudó de esas imágenes y pensó que no lograría echar raíces en este planeta de putrefacciones, nunca más, porque le llovían cacerolas de aceite hirviendo sobre aljibes inundados de estiércol. Las raíces de la tierra emergieron para atraparlo con asteroides inquietos, y la lluvia viajó horizontal, rodeando su figura en un gran anillo líquido que rechazó humedecer la tierra. Claudio observó el tiempo. Claudio observó toda la humanidad marchando al unísono con paso

marcial, transformados sus hermanos en asesinos con celulares y pantallas extraplanas. Las voces ya enmudecieron, nadie le habló, nadie cantaba; todos obedecían; él incluso obedeció... El agente golpeó su rostro enloquecido, haciendo callar su delirio, su paraíso y su infierno, ya para siempre.



A los dos meses fue el mismo fiscal Miguel Dezoís quien aportó las pruebas que lo condenaron a cadena perpetua por homicidio en primer grado. Fue su último caso.



*Los muertos no tienen memoria.
Dejan memoria.
¡Que curioso!
El vertiginoso laberinto de su vida
terminó en esa placa tan simple.
Hoy es una fecha más.*



—¿Cómo lo supiste? —preguntó Matilde mientras viajaban a Misiones, después de haber renunciado al Poder judicial. Miguel se giró en el asiento, y la miró dulcemente.

—Por la fotografía de la madre de Elena. Allí estaban ambos. Claudio era su novio. Claudio y Elena eran el GAC.

—Mi vida, debemos olvidar todo esto y pronto...

—Sí, Matilde, todo termina, antes que tarde...



*Però sempre habrá un traidor
taciturno en espera.*

FIN

INDICE

A modo de prólogo, 7

Intro



CINCO CADÁVERES, II
MANSSOLVO, 17
PRENSA DIARIO LA VERDAD, 18
REUNIÓN PREVIA, 20



CAP. I
REUNIÓN SECRETA, 32



CAP. II
BARTOLOMÉ, 47



CAP. III
EN EL MUELLE, 57



CAP. IV
ESMERALDAS, 69



CAP. V
ELLAS, 74



CAP. VI
LA ENTREVISTA, 82



CAP. VII
MATILDE, 101



CAP. VIII
LA ORGANIZACIÓN, 108



CAP. IX
LAS DUDAS, 126



CAP. X
MIGUEL BAJO AGUSTO, 132



CAP. XI
EL HOMBRE VACÍO, 141



CAP. XII
**EL DIARIO LA VERDAD
Y EL JEFE DE REDACCIÓN, 147**



CAP. XIII
RUFINO, PRESO, 162



CAP. XIV
MATILDE Y MIGUEL, 181



CAP. XV
MIGUEL Y AGUSTO, 187



CAP. XVI
DESPERTAR, 204



CAP. XVII
JORGE TRABÓN, 212



CAP. XVIII
MUERTO, 223



CAP. XIX
TRABÓN ENCUENTRA A PONCIO, 232



CAP. XX
MATILDE Y MIGUEL, 244



CAP. XXI
MATILDE REGRESA, 255



CAP. XXII
BARTOLOMÉ LLEITRAS, 260



CAP. XXIII
BARTOLOMÉ EN SU RANCHO, 276



CAP. XXIV
**MATILDE RECIBA CARTA DE MIGUEL
Y DECIDE REGRESAR, 282**



CAP. XXV

TRABÓN EN CASA DE BARTOLOMÉ, 293



CAP. XXVI

**TRABÓN REvisa LA CASA
DE CARLOS VALDIVIAS, 311**



Esta obra
se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos RyC,
Buenos Aires, República Argentina,
el 20 de Marzo del 2013.

F I N I S C O R O N A T O P U S